

AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

ROSA LUXEMBURGO

LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

AKAL BÁSICA DE BOLSILLO **332**

Serie Clásicos del pensamiento político



Maqueta de portada: Sergio Ramírez
Diseño interior y cubierta: RAG

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4408-6
Depósito legal: M-2.888-2017

Impreso en España

Rosa Luxemburgo

La crisis de la socialdemocracia



ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

Introducción

«Quién no se mueve, no siente las cadenas.»

Rosa Luxemburgo

Rosa Luxemburgo (1871-1919) nació en el seno de una próspera familia polaca de origen judío; era una excelente estudiante que, siendo adolescente, se empezó a distinguir por rebelarse y enfrentarse contra la autoridad. A los 16 años entró a militar en el partido revolucionario del proletariado y, con 18 años, huyó de Polonia por la represión y el riesgo de ser encarcelada. Pasó a ser una estudiante universitaria y activista en Zúrich, formando parte del Partido Socialista Alemán. En 1897 defendió su tesis doctoral, «El desarrollo industrial en Polonia», siguiendo el enfoque metodológico del materialismo histórico; más tarde se trasladó a Alemania, donde pasaría la mayor parte de su vida. Rosa se caracterizó por poseer una gran inteligencia y una enorme curiosidad vital, por su carácter rebelde y su valentía. Tenía grandes dotes de oratoria y de dialéctica, combinando la formación, la docencia y la capacidad de análisis marxista con una activa militancia política. Por otra parte, era muy crítica en el seno de los diversos partidos en los que militó, ganándose el respeto pero también los recelos de muchos de

sus compañeros. Vivió dedicada por completo a la lucha por la revolución socialista, que para ella era una necesidad histórica en términos dialécticos, y los tres ejes centrales de su ideario los podríamos resumir de la siguiente manera: 1) en lo referente a la cuestión nacional, pensaba que mientras persistiera la dominación del capitalismo no tenía sentido la autodeterminación de los pueblos; 2) se posicionó fuertemente en contra del revisionismo teórico de Bernstein[1] que se observaba en ciertas prácticas del parlamentarismo y del sindicalismo de la socialdemocracia alemana; y 3) su lucha contra el imperialismo y el militarismo por ser herramientas de reproducción del capitalismo.

Junto con Karl Liebknecht[2], Clara Zetkin y Franz Mehring, Rosa creó en 1914 el Grupo Internacional *(Gruppe Internationale)*[3], que se convertiría en 1916 en la Liga Espartaquista. Escribieron gran cantidad de panfletos ilegales

---

[1] Eduard Bernstein (1850-1932) y otros socialistas como Jean Jaurès (1859-1914) *revisaron* las ideas de Karl Marx acerca de la supuestamente inevitable transición violenta del capitalismo al socialismo, y afirmaron que la revolución violenta no era inevitablemente necesaria para alcanzar una sociedad socialista. Estas críticas dieron origen a la teoría reformista dentro del movimiento marxista, la que asegura que se puede lograr paulatinamente el socialismo a través de reformas graduales y pacíficas emprendidas desde dentro del propio sistema capitalista.

[2] Karl Liebknecht (1871-1919). Desde su juventud militante del ala izquierda del PSD, su vida corre paralela a la de Rosa Luxemburgo. Sentenciado en 1907 por alta traición por su libro *Militarismo y antimilitarismo*, fue el primer parlamentario que votó contra el presupuesto de guerra en el Reichstag en 1914. Encarcelado por su actividad antibélica en 1916-1918, dirigió, junto a Rosa, el Grupo Internacional y la Liga Espartaquista.

[3] Dicho Grupo Internacional aprobó las «Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional» como programa, que aparecen en el apéndice final de esta edición, pp. 167-172.

firmados como «Espartaco», emulando al gladiador tracio que intentó la liberación de los esclavos de Roma.

Al inicio de la Primera Guerra Mundial, se produjo en el Reichstag alemán la votación a favor de los créditos militares por parte de la fracción socialista. Este hecho significaba la victoria del nacionalismo frente al movimiento internacionalista y la crisis de la II Internacional[4], que se disolvió en 1916. Rosa mostró una crítica encarnizada contra la guerra mundial, pidiendo a través de sus discursos antibélicos la desobediencia masiva. Se le acusó de incitar a los militares a desobedecer a sus jefes y, entre 1915-1918, pasó largas temporadas encarcelada. Mientras cumplía las sentencias redactó este ensayo, *La crisis de la socialdemocracia,* lo que posteriormente se conoció con el nombre de *Folleto Junius,* pseudónimo con el que Rosa lo firmó[5]. Lo terminó de escribir en abril de 1915 y consiguió sacarlo de la prisión, pero la falta de una imprenta y otros problemas, impidieron su publicación hasta abril de 1916. En él explicaba que el conflicto bélico no poseía un carácter defensivo frente al zarismo ruso, sino que constituía una guerra imperialista surgi-

---

[4] II Internacional: organización internacional de partidos y sindicatos socialistas (1889-1914), que pretendía la coordinación de acciones económicas y políticas entre los diferentes miembros. Los acuerdos se tomaron en los congresos internacionales que se realizaron con regularidad; en los periodos entre congresos, fue dirigida por un Buró Internacional Socialista, en el que Rosa Luxemburgo representaba a la socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL). Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial los dirigentes de todos partidos traicionaron sus juramentos de paz hechos durante décadas y se convirtieron en «defensores de la patria», que incitaron a los trabajadores de todos los países, unos contra los otros.

[5] El nombre proviene probablemente de Lucius Junius Brutus, legendario patriota romano de quien se dice que dirigió una revolución republicana en la Roma clásica.

da de las contradicciones y necesidades del desarrollo del capitalismo. Supuso el primer documento programático de la Liga Espartaquista. En aquel periodo de reacción fue todo un manual para la educación del núcleo de cuadros marxistas y obreros revolucionarios que posteriormente protagonizaría la revolución de los consejos, en noviembre de 1918.

Cuando estalló dicha revolución en Alemania, Rosa Luxemburgo comenzó a movilizarse inmediatamente para provocar una revuelta social. Salió de la cárcel de Breslavia el 8 de noviembre de 1918; Liebknecht lo había hecho un poco antes y ya había comenzado la reorganización de la Liga Espartaquista. Juntos crearon el periódico *Die Rote Fahne* [La Bandera Roja] y empezaron a provocar la deseada revolución social. Pero los hechos se precipitaron. El 1 de enero de 1919 la Liga Espartaquista junto a otros grupos socialistas y comunistas crearon el Partido Comunista de Alemania (KPD, en sus siglas en alemán). El 15 de enero de 1919, en plena revuelta, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron arrestados en Berlín y cruelmente asesinados.

La lectura y el estudio de este fragmento sobresaliente de teoría marxista mantiene toda su vigencia y actualidad porque vivimos en una época en la que las intervenciones armadas de las superpotencias se han convertido en algo habitual, reflejando el carácter convulso de esta etapa de la historia del capitalismo, que continúa favoreciendo los conflictos bélicos.

El pensamiento de Rosa Luxemburgo sigue generando polémicas teóricas y enamorando a las nuevas generaciones. Nadie puede quedar indiferente ante su dura y comprometida vida. Amada y admirada por los espíritus más combativos, sigue siendo en el siglo XXI sinónimo de rebelión y re-

volución. Reivindicada desde diversas esferas de la izquierda, sus ideas y sobre todo sus polémicas han sido desfiguradas y falsificadas en multitud de ocasiones. El respeto con el que destacados revolucionarios hablaban de Rosa Luxemburgo, nos da una muestra de la trascendencia de su figura. Las palabras de Lenin[6] son definitivas y esclarecedoras:

> […] un águila puede en ocasiones descender más bajo que una gallina, pero una gallina jamás podrá ascender a la altura que puede hacerlo un águila. Rosa Luxemburgo se equivocó en la cuestión de la independencia de Polonia, se equivocó en 1903 cuando enjuició al menchevismo, se equivocó […]. Pero a pesar de todas esas faltas, fue y sigue siendo un águila, y no solamente su recuerdo será siempre venerado por los comunistas de todo el mundo, sino que su biografía y la edición de sus obras completas representarán una valiosa lección para la educación de muchas generaciones de comunistas de todo el mundo.

---

[6] *Pravda*, n.º 87, 16/4/1924.

La crisis de la socialdemocracia

I. Cambio de escena

La escena ha cambiado totalmente. La marcha de seis semanas sobre París se ha convertido en un drama mundial. El asesinato en masa se ha convertido en una tarea monótona, pero la solución final no parece estar más cerca. El capitalismo ha quedado atrapado en su propia trampa y no puede exorcizar el espíritu que ha invocado.

Ha pasado el primer delirio. Pasaron los tiempos de las manifestaciones patrióticas en la calle, de la persecución de automóviles de aspecto sospechoso, los telegramas falsos, de los pozos de agua envenenados con el germen del cólera. Ya terminó la época de las historias fantásticas de estudiantes rusos que arrojan bombas desde los puentes de Berlín, o de franceses que sobrevuelan Núremberg; se acabaron los días en que el populacho cometía excesos al salir a cazar espías, de las multitudes cantando, de los cafés con coros patrióticos; no más turbas violentas, dispuestas a denunciar, a perseguir mujeres, a llegar hasta el frenesí del delirio ante cada rumor; se ha disipado la atmósfera del asesinato ritual, el aire de Kishinev[7],

---

[7] Es una referencia al pogromo de Kishinev (Chisinau, Moldavia) fue una sucesión de actos vandálicos y de violencia antijudía, incluyendo la masacre; tuvo lugar en la capital de Besarabia, entonces provincia del Imperio ruso, entre el 6 y el 7 de abril de 1903.

que hacía que el vigilante de la esquina fuera el único representante que quedaba de la dignidad humana.

El espectáculo ha terminado. El telón ha descendido sobre los trenes colmados de reservistas, que parten en medio de la alegre vocinglería de muchachas entusiastas. Ya no vemos sus rostros risueños, sonriendo alegremente desde las ventanillas del tren a una población hambrienta de guerra. Trotan silenciosamente por las calles, con los atados al hombro. Y el público, con rostro preocupado, vuelve al quehacer diario.

En la atmósfera de desilusión de la pálida luz del día resuena otro coro: el severo graznar de los gavilanes y las risas de las hienas del campo de batalla. ¡Diez mil tiendas garantizadas según las instrucciones! ¡cien mil kilos de tocino, cacao en polvo, sustituto del café, pagadero contra entrega! ¡Metralla, instrucción militar, bolsas de municiones, agencias matrimoniales para las viudas de guerra, cinturones de cuero, órdenes de guerra: sólo se tendrán en cuenta ofertas serias! Y la carne de cañón que subió a los trenes en agosto y septiembre se pudre en los campos de batalla de Bélgica y los Vosgos, mientras las ganancias crecen como hierbas entre los muertos.

Los negocios florecen sobre las ruinas. Las ciudades se convierten en escombros, países enteros en desiertos, aldeas en cementerios, naciones enteras en mendigos, iglesias en establos. Los derechos del pueblo, las alianzas, los tratados, las palabras más sagradas, las más grandes autoridades, están hechos pedazos; cada soberano por la gracia de Dios recibe el mote de estúpido, de desgraciado y desagradecido por parte de su primo del otro lado de la frontera; cada canciller califica a sus colegas de los países enemigos de criminales desesperados; cada gobierno mira a los demás como si fueran una maldición de su pueblo, digno tan sólo del despre-

cio del mundo. El hambre campea en Venecia, en Lisboa, en Moscú, en Singapur; la peste en Rusia, la miseria y la desesperación en todas partes.

Avergonzada, deshonrada, nadando en sangre y chorreando mugre: así vemos a la sociedad capitalista. No como la vemos siempre, desempeñando papeles de paz y rectitud, orden, filosofía, ética, sino como bestia vociferante, orgía de anarquía, vaho pestilente, devastadora de la cultura y la humanidad: así se nos aparece en toda su horrorosa crudeza.

Y en medio de esta orgía, ha sucedido una tragedia mundial: la socialdemocracia internacional ha capitulado. Cerrar los ojos ante este hecho, tratar de ocultarlo, sería lo más necio, lo más peligroso que el proletariado puede hacer: «El demócrata (o sea, la clase media revolucionaria) –escribe Karl Marx– sale del pozo más vergonzoso tan inmaculado como cuando entró inocentemente en él. Con su confianza en la victoria fortalecida, tiene más que nunca la plena certeza de que él y su partido no necesitan principios nuevos, que los acontecimientos y las circunstancias se deben ajustar a él». Tan gigantescos como sus problemas son sus errores. Ningún plan firmemente elaborado, ningún ritual ortodoxo válido para todos los tiempos le muestra el camino a seguir. La experiencia histórica es su único maestro, su camino de espinas hacia la libertad está jalonado no sólo de sufrimientos inenarrables, sino también de incontables errores. La meta del viaje, la liberación definitiva, depende por entero del proletariado, de si *este* aprende de sus *propios* errores. La autocrítica, la crítica cruel e implacable que va hasta la raíz del mal, es vida y aliento para el proletariado. La catástrofe a la que el mundo ha arrojado al proletariado socialista es una desgracia sin precedentes para la humanidad. Pero el socialismo está perdido únicamente si el proletariado es incapaz de medir la envergadura de la catástrofe y se niega a comprender sus lecciones.

Están en juego los últimos cuarenta y cinco años de historia del movimiento obrero. La situación actual es un cierre de cuentas, un resumen del debe y el haber de medio siglo de trabajo. En la tumba de la Comuna de París[8] yace enterrada la primera fase del movimiento obrero europeo y la I Internacional. En lugar de las revoluciones, motines y barricadas espontáneas, después de los cuales el proletariado volvía a caer en la pasividad, apareció la lucha diaria y sistemática, la utilización del parlamentarismo burgués, la organización de masas, la unión férrea de la lucha económica con la política, de los ideales socialistas con la defensa tenaz de los intereses más inmediatos. Por primera vez el conocimiento científico guiaba la causa de la emancipación del proletariado. En lugar de sectas y escuelas, de empresas y experimentos utópicos en cada país, total y absolutamente separados unos de otros, tenemos una base teórica uniforme e internacional que une a las naciones. Las obras teóricas de Marx fueron para la clase obrera de todo el mundo, una brújula para fijar su táctica horas tras hora, en busca de la única meta inmutable.

El portador, el defensor, el protector del nuevo método fue la socialdemocracia alemana. La guerra de 1870 y la derrota de la Comuna de París habían trasladado el centro de gravedad del movimiento obrero europeo a Alemania. Así como Francia fue el país clásico de la primera etapa de la lucha de clase del proletariado, París fue el corazón, roto y ensangrentado, de la clase obrera europea, la clase obrera alema-

---

[8] La Comuna de París fue un breve movimiento insurreccional que gobernó la ciudad de París del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871, instaurando un proyecto político popular autogestionario, que para algunos autores, se asemejó al anarquismo o al comunismo. Karl Marx la describió como el primer ejemplo concreto de una dictadura del proletariado en la que el Estado es tomado por el proletariado.

na se convirtió en vanguardia de la segunda etapa. Con incontables sacrificios, en forma de trabajo agitativo, ha construido la organización más fuerte, la organización modelo del proletariado, ha creado la prensa más numerosa, ha desarrollado los métodos más efectivos de educación y propaganda. Ha reunido bajo sus banderas a las masas trabajadoras y ha elegido el mayor número de representantes parlamentarios.

En general se reconoce que la socialdemocracia alemana es la encarnación más pura del socialismo marxista. Ha adquirido y utilizado un gran prestigio como maestra y dirigente de la II Internacional. En su famoso prólogo a *Las luchas de clases en Francia* de Marx, Friedrich Engels escribió:

> Pero, ocurra lo que ocurriere en otros países, la socialdemocracia alemana tiene una posición especial, y con ello, por el momento al menos, una tarea especial también. Los dos millones de electores que envía a las urnas, junto con los jóvenes y mujeres que están tras ellos y no tienen voto, forman la masa más numerosa y más compacta, la «fuerza de choque» decisiva del ejército proletario mundial.

Como dijo el *Wiener Arbeiterzeitung* [El periódico de los trabajadores] del 15 de agosto de 1914: «la socialdemocracia alemana era la joya de las organizaciones del proletariado consciente». Las socialdemocracias de Francia, Italia y Bélgica, los movimientos obreros de Holanda, Escandinavia, Suiza y Estados Unidos, seguían ilusionados sus pasos. Las naciones eslavas, los rusos y los socialdemócratas de los Balcanes contemplaban al movimiento alemán con admiración infinita, casi ciega. En la II Internacional, la socialdemocracia alemana era, sin duda, el factor decisivo. En cada congreso, en cada plenario del Buró Socialista Internacional, todo dependía de la posición del grupo alemán.

Especialmente en la lucha contra la guerra y el militarismo, la posición de la socialdemocracia ha sido siempre decisiva. Bastaba un «los alemanes no lo podemos aceptar» para determinar la orientación de la Internacional. Con ciega confianza se sometía a la dirección de la muy admirada y poderosa socialdemocracia alemana. Era el orgullo de todos los socialistas, el terror de las clases dominantes de todos los países.

¿Y qué ocurrió en Alemania cuando sobrevino la gran crisis histórica? La peor caída, el peor cataclismo. En ningún lugar la organización proletaria se sometió tan dócilmente al imperialismo; en ningún lugar se soportó el estado de sitio con tanta sumisión; en ningún lugar se amordazó así a la prensa, se ahogó tanto a la opinión pública; en ningún lugar se abandonó tan totalmente la lucha política y sindical de la clase obrera como en Alemania.

Pero la socialdemocracia alemana no era solamente el organismo más fuerte de la Internacional. Era también su cerebro pensante. Por eso, el proceso de autoanálisis y apreciación debe comenzar en su propio movimiento, en su propio caso. Su honor la obliga a encabezar la lucha por el rescate del socialismo internacional, a iniciar la crítica implacable de sus propios errores.

Ningún otro partido, ninguna otra clase en la sociedad capitalista puede atreverse a reflejar sus errores, sus propias debilidades en el espejo de la razón para que todo el mundo los vea, porque el espejo reflejaría la suerte que la historia le tiene reservada. La clase obrera siempre puede mirar la verdad cara a cara, aunque esto signifique la más tremenda autoacusación, porque su debilidad no fue sino un error, y las leyes inexorables de la historia le dan fuerzas y aseguran su victoria final.

Esta autocrítica implacable no sólo es una necesidad fundamental, sino también uno de los máximos deberes de la

clase obrera. Tenemos los mayores tesoros de la humanidad, y la clase obrera está destinada a ser su protector. Mientras la sociedad capitalista, avergonzada y deshonrada, corre en medio de la orgía sangrienta al encuentro de su destino, el proletariado internacional debe reaccionar para salvar los preciados tesoros que fueron arrojados a las profundidades en el torbellino salvaje de la guerra mundial en un momento de confusión y debilidad.

Una cosa es cierta: es una ilusión necia creer que basta con sobrevivir a la guerra, como un conejo se oculta bajo un arbusto hasta que pase la tormenta, para seguir alegremente su camino al paso acostumbrado cuando todo pasa. La guerra mundial ha cambiado las circunstancias de nuestra lucha, y sobre todo nos ha cambiado a *nosotros mismos.* No es que hayan cambiado o se hayan minimizado las leyes del desarrollo capitalista o el conflicto entre el capital y el trabajo. Aun ahora, en medio de la guerra, las máscaras caen y las viejas caras que conocemos nos sonríen con sorna. Pero el ritmo del desarrollo ha recibido el poderoso ímpetu del estallido del volcán imperialista. La enormidad de las tareas que se presentan ante el proletariado socialista en el futuro inmediato hace que, en comparación, las luchas del pasado parezcan un delicioso idilio.

La guerra posee la misión histórica de darle un poderoso ímpetu a la causa de los trabajadores. Marx, cuyos ojos proféticos previeron tantos acontecimientos históricos mientras yacían en el vientre del futuro, escribe el siguiente párrafo significativo en *Las luchas de clases en Francia:*

> En Francia, el pequeño burgués hace lo que normalmente debiera hacer el burgués industrial; el obrero hace lo que normalmente debiera ser la misión del pequeño burgués; y la misión del obrero, ¿quién la cumple? Nadie. Las tareas del obrero no se cumplen en Francia; sólo se procla-

> man. Su solución no puede ser alcanzada en ninguna parte dentro de las fronteras nacionales; la guerra de clases dentro de la sociedad francesa se convertirá en una guerra mundial entre naciones. La solución comenzará a partir del momento en que, a través de la guerra mundial, el proletariado sea empujado a dirigir al pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir a Gran Bretaña. La revolución, que no encontrará aquí su término, sino su comienzo organizativo, no será una revolución de corto aliento. La actual generación se parece a los judíos que Moisés conducía por el desierto. No sólo tienen que conquistar un mundo nuevo, sino que tienen que perecer para dejar sitio a los hombres que estén a la altura del nuevo mundo.

Esto fue escrito en 1850, cuando Gran Bretaña era el único país con un desarrollo capitalista, cuando el proletariado inglés era el mejor organizado y parecía destinado, por el desarrollo industrial de su país, a asumir la dirección del movimiento obrero internacional. Leamos Alemania donde dice Gran Bretaña, y las palabras de Karl Marx se convierten en una profecía genial de la presente guerra mundial. Esta tiene la misión de llevar al proletariado alemán «a la dirección del pueblo y así crear el comienzo del gran conflicto internacional entre el capital y el trabajo por la supremacía política del mundo».

¿Es que alguna vez tuvimos una concepción distinta del papel a desempeñar por la clase obrera en la gran guerra mundial? ¿Acaso nos hemos olvidado cómo describíamos este inminente acontecimiento hace apenas unos años?

> Entonces sobrevendrá la catástrofe. Toda Europa será convocada a las armas, y dieciséis a dieciocho millones de hombres, la flor de las naciones, armados con los mejores

> instrumentos para el asesinato, librarán la guerra unos contra otros. Pero pienso que detrás de esta marcha se asoma la caída final. No somos nosotros sino ellos quienes lo realizarán. Están llevando las cosas al extremo, nos dirigen derechos a la catástrofe. Cosecharán lo que han sembrado. Estamos ante el *Götterdämmerung* [el ocaso de los dioses] del mundo burgués. Podéis estar seguros de ello. ¡Está en marcha!

Así habló Bebel[9], portavoz de nuestro bloque en el Reichstag, sobre la cuestión de Marruecos [véase cap. IV].

Una hoja oficial publicada por el partido, *Imperialismo y socialismo,* distribuida en cientos de miles de ejemplares hace unos pocos años, termina con las siguientes palabras:

> Así, la lucha contra el militarismo es cada vez más una lucha decisiva entre el capital y el trabajo. ¡Guerra, precios elevados: capitalismo; paz, felicidad para todos: socialismo! La opción es vuestra. La historia se apresura a llegar al desenlace. El proletariado debe bregar incansablemente por cumplir su misión mundial, debe fortalecer el poder de su organización y la claridad de su comprensión. Entonces, pase lo que pase, si logra mediante el ejercicio de su poder salvar a la humanidad de las horribles crueldades de la guerra mundial, o si el capitalismo vuelve atrás en la historia y muere como nació, en la sangre y la violencia, el momento histórico encontrará a la clase obrera preparada, y la preparación lo es todo.

---

[9] August Bebel (1840-1913). Destacado dirigente socialdemócrata alemán, fue diputado de la Asamblea de la Confederación del Norte, siempre opuesto a la política de Bismarck y el posterior imperialismo. En 1869 participó en la fundación del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), siendo desde entonces un importante dirigente y miembro del Reichstag.

La guía oficial para el votante socialista de 1911, año de la última elección parlamentaria, contiene en la página 42 el siguiente comentario sobre la guerra que se avecinaba:

> ¿Osan nuestros gobernantes y clases dominantes exigir semejante horror al pueblo? ¿No cundirá en todo el país un clamor de furia, de horror, de indignación que llevará al pueblo a poner fin a este asesinato? No preguntarán, tal vez, «¿para quién y para qué? ¿Acaso somos locos para que se nos trate así o para que aceptemos semejante trato?». Quien estudie con objetividad las posibilidades de una gran guerra mundial europea no puede arribar a otra conclusión. La próxima guerra europea se jugará el todo por el todo como el mundo nunca ha visto. Será, probablemente, la última guerra.

Con esas palabras los socialistas ganaron sus ciento diez escaños en el Reichstag.

Cuando en el verano de 1911 el *Panther* hizo un breve viaje a Agadir[10], y el ruidoso clamor de los imperialistas alemanes precipitó a Europa hacia una guerra mundial, una

---

[10] La crisis de Agadir o Segunda Crisis Marroquí (1911) estuvo a punto de desencadenar una guerra entre Francia y el Imperio alemán, lo que podría haber ocasionado la Primera Guerra Mundial, sólo que tres años antes. El incidente comenzó por el envío de un buque cañonero alemán (el navío *Panther*) al puerto atlántico de Agadir (Marruecos), un enclave estratégico de importancia tanto por sí mismo como por la situación de protectorado colonial francés en Marruecos, con el pretexto de defender a los comerciantes alemanes de la zona. En el caso de Agadir, la activación de la diplomacia europea también consiguió la resolución de la crisis, que concluyó con la firma de un acuerdo franco-alemán por el que Alemania daba manos libres a Francia en Marruecos a la que el II Imperio alemán no tendría derecho de discutir, todo esto a cambio de una parte importante del norte Congo francés que sería cedido a Alemania para pasar a formar parte del Imperio colonial alemán.

reunión internacional, celebrada el 4 de agosto en Londres, aprobó la siguiente resolución:

> Por la presente, los delegados de las organizaciones obreras de Alemania, España, Gran Bretaña, Holanda y Francia, se proclaman dispuestos a oponerse a toda declaración de guerra con todos los medios a su disposición. Cada una de las nacionalidades aquí representadas se compromete, de acuerdo con las resoluciones aprobadas en sus respectivos congresos nacionales e internacionales, a oponerse a las maniobras criminales de las clases dominantes.

Pero cuando el Congreso Internacional por la Paz se reunió en noviembre de 1912 en Basilea, cuando la inmensa comitiva de delegados obreros penetró en la catedral, el presentimiento de que se avecinaba la hora fatal los hizo temblar, y surgió la heroica resolución.

Víctor Adler[11], frío y escéptico, exclamó:

> Camaradas, es sumamente importante que aquí, en la fuente común de nuestro poder, todos y cada uno de los presentes, derive de aquí la fuerza para hacer en su país todo lo que pueda, por todos los medios y formas de que disponga, para oponerse a esta guerra criminal, y si lo logramos, si realmente impedimos el estallido de la guerra, que sea esta la piedra basal de nuestra próxima victoria. Ese es el espíritu que anima a nuestra Internacional.

---

[11] Víctor Adler (1852-1918). Padre fundador de la socialdemocracia en Austria, fue líder del movimiento obrero y cofundador de la Primera República, siendo inicialmente miembro del movimiento nacionalista alemán. En 1886 fundó el semanario socialista *Gleichheit* [Igualdad] y en 1889, el *Arbeiterzeitung.*

> Y si el asesinato y la destrucción arrasan toda la Europa civilizada, esta idea provoca nuestro horror e indignación, y los gritos de protesta brotan de nuestro corazón. Y preguntamos: ¿acaso los proletarios de hoy son ovejas que se dejan llevar mansa y calladamente al matadero?

Troelstra[12] habló en nombre de las naciones pequeñas, y también de los belgas:

> Con su sangre y con todo lo que posee, el proletariado de los países pequeños jura su adhesión a la Internacional en todas las medidas que esta resuelva para impedir la guerra. Y reiteramos que esperamos, cuando las clases dominantes de las naciones poderosas llamen a los hijos del proletariado a las armas para saciar su apetito de poder y la codicia de sus dirigentes a costa de la sangre y las tierras de los pueblos pequeños, esperamos que los hijos del proletariado, bajo la influencia poderosa de sus padres proletarios y de la prensa proletaria, lo pensarán tres veces antes de venir a dañarnos a nosotros, sus amigos, por ponerse al servicio de los enemigos de la civilización.

Leído el manifiesto antibélico del Buró de la Internacional, Jaurès[13], en su discurso de cierre, dijo:

---

[12] Pieter Jelles Troelstra (1860-1930). Era un político holandés activo en el movimiento obrero socialista. Es más recordado por su lucha por el sufragio universal y su fracasado llamamiento a la revolución al final de la Primera Guerra Mundial.

[13] Jean Jaurès (1859-1914). Máximo dirigente del socialismo francés. Fundó el periódico *L'Humanité* en 1890. Después del caso Dreyfus, Jaurès formó un bloque de socialistas y radicales para apoyar a Millerand en el gobierno burgués. Fue un gran adversario del militarismo y la guerra y murió asesinado en 1914.

> ¡La Internacional representa las fuerzas morales del mundo! Cuando suene la hora trágica, cuando debamos sacrificamos, esto nos apuntalará y fortalecerá. ¡Declaramos, no con ligereza sino desde el fondo de nuestros corazones, que estamos dispuestos a afrontar todos los sacrificios!

Fue como el juramento de Rütli[14]. El mundo dirigió su vista a la catedral de Basilea, donde las campanas, lenta y solemnemente, doblaban por la gran lucha entre los ejércitos del capital y el trabajo.

El 3 de septiembre de 1912, el diputado socialdemócrata David habló en el Reichstag:

> Fue el momento más hermoso de mi vida. Lo afirmo aquí. Cuando las campanas de la catedral acompañaron a la comitiva de socialdemócratas internacionalistas, cuando las banderas rojas flamearon en la nave en torno al altar, cuando el gran órgano hizo resonar su mensaje de paz para saludar a los emisarios del pueblo, me produjo una impresión que jamás olvidaré [...]
>
> Todos ustedes deben comprender lo que ha pasado aquí. Las masas han dejado de ser un rebaño sin voluntad ni conciencia. Es un hecho nuevo en la historia universal. Hasta ahora las masas han seguido ciegamente a aquellos a quienes les interesa la guerra, a los que conducen a los pueblos a la matanza masiva. Esto se acabará. Las masas han dejado de ser los instrumentos, los soldados de los que hacen sus ganancias con la guerra.

---

[14] Se trata de un juramento de los antiguos confederados suizos en 1307, un mito fundador de Suiza, de caracter legendario.

El 26 de julio de 1914, una semana antes del estallido de la guerra, la prensa partidaria alemana *(Frankfurter Volkstimme)* dijo:

> No somos títeres; luchamos con todas nuestras fuerzas contra un sistema que convierte a los hombres en instrumentos impotentes del destino ciego, contra este capitalismo que se apresta a transformar a Europa, sedienta de paz, en un sangriento campo de batalla. Si la destrucción prosigue, si la resuelta voluntad de paz del proletariado alemán e internacional, que se expresará en el curso de los próximos días en grandes manifestaciones, se demuestra incapaz de impedir la guerra mundial, esta será, al menos, la última guerra, el *Götterdämmerung* del capitalismo.

El 30 de julio de 1914, el órgano central de la socialdemocracia alemana proclamó:

> El proletariado socialista rechaza toda responsabilidad por los acontecimientos precipitados por una clase dominante ciega y al borde de la locura. Sabemos que para nosotros surgirá una nueva vida de las ruinas. Pero la responsabilidad recae sobre los gobernantes actuales.
>
> ¡Para ellos, se trata de su existencia misma!
>
> ¡Es el juicio final de la historia mundial!

Y entonces llegó el espantoso, el increíble 4 de agosto de 1914[15].

¿Era *necesario* que ocurriera? Un acontecimiento de tamaña importancia no puede ser un mero accidente. Debe

[15] La votación de la fracción parlamentaria del SPD en el Reichstag a favor de los créditos de guerra.

obedecer a profundas causas objetivas. Pero quizá esas causas se encuentren en los errores de la dirección proletaria, la propia socialdemocracia, en el hecho de que nuestra disposición para la lucha ha flaqueado, de que nuestro coraje y nuestras convicciones nos han abandonado. El socialismo científico nos enseñó a reconocer las leyes objetivas del desarrollo histórico. El hombre no hace la historia por propia voluntad, pero la hace de todos modos. El proletariado depende en su acción del grado alcanzado por la evolución social. Pero la evolución social no es algo aparte del proletariado; es a la vez su fuerza motriz y su causa, tanto como su producto y su efecto. Y aunque no podemos saltar una etapa en nuestro proceso histórico, así como un hombre no puede saltar por encima de su propia sombra, está en nuestro poder el acelerarlo o retardarlo.

El socialismo es el primer movimiento popular del mundo que se ha impuesto una meta y ha puesto en la vida social del hombre un pensamiento consciente, un plan elaborado, la libre voluntad de la humanidad. Por eso Friedrich Engels llama a la victoria final del proletariado socialista el salto de la humanidad del reino animal al reino de la libertad. Este *salto* también está ligado por leyes históricas inalterables a los miles de peldaños de la escalera del pasado, con su avance lento y tortuoso. Pero jamás se logrará si la chispa de la voluntad consciente de las masas no surge de las circunstancias materiales que son fruto del desarrollo anterior. El socialismo no caerá como maná del cielo. Sólo se lo ganará en una larga cadena de poderosas luchas en las que el proletariado, dirigido por la socialdemocracia, aprenderá a manejar el timón de la sociedad para convertirse de víctima impotente de la historia en su guía consciente.

Friedrich Engels dijo una vez: «La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la

barbarie». ¿Qué significa «regresión a la barbarie» en la etapa actual de la civilización europea? Hemos leído y citado estas palabras con ligereza, sin poder concebir su terrible significado. En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. *Esta guerra mundial* es una regresión a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la cultura, esporádicamente si se trata de una guerra moderna, para siempre si el periodo de guerras mundiales que se acaba de iniciar puede seguir su maldito curso hasta las últimas consecuencias. Así nos encontramos, hoy tal como lo profetizó Engels hace una generación, ante la terrible opción: o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda civilización y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras. Tal es el dilema de la historia universal, su alternativa de hierro, su balanza temblando en el punto de equilibrio, aguardando la decisión del proletariado. De ella depende el futuro de la cultura y la humanidad. En esta guerra ha triunfado el imperialismo. Su espada brutal y asesina ha precipitado la balanza, con sobrecogedora brutalidad, a las profundidades del abismo de la vergüenza y la miseria. Si el proletariado aprende *a partir de* esta guerra y en esta guerra a esforzarse, a sacudir el yugo de las clases dominantes, a convertirse en dueño de su destino, la vergüenza y la miseria no habrán sido en vano.

La clase obrera moderna debe pagar un alto precio por cada avance en su misión histórica. El camino al Gólgota de su liberación de clase está plagado de sacrificios espantosos. Los combatientes de junio, las víctimas de la Comuna, los mártires de la Revolución rusa: una lista interminable de

fantasmas ensangrentados. Han caído en el campo del honor, como dijo Marx refiriéndose a los héroes de la Comuna, para ocupar para siempre su lugar en el gran corazón de la clase obrera. Ahora millones de proletarios están cayendo en el campo del deshonor, del fratricidio, de la autodestrucción, con la canción del esclavo en sus labios. Ni eso se nos ha perdonado. Somos como los judíos que Moisés llevó por el desierto. Pero no estamos perdidos y la victoria será nuestra si no nos hemos olvidado cómo se aprende. Y si los dirigentes modernos del proletariado no saben cómo se aprende, caerán para «dejar lugar para los que sean más capaces de enfrentar los problemas del mundo nuevo».

II. Ante la «realidad»

> Nos encontramos ante el hecho irrevocable de la guerra. Nos amenazan los horrores de la invasión. Hoy no se trata de decidir a favor o en contra de la guerra; para nosotros, el problema es uno solo: ¿cómo conducir esta guerra? Mucho, sí, todo nuestro pueblo y nuestro futuro están en peligro si el despotismo ruso, manchado con la sangre de su propio pueblo, resulta vencedor. Hay que evitar este peligro, salvaguardar la civilización e independencia de nuestro pueblo. De modo que cumpliremos lo que siempre hemos prometido: en la hora de peligro no abandonaremos a nuestra patria. En esto creemos estar de acuerdo con la Internacional, que siempre ha reconocido el derecho de los pueblos a su independencia nacional, así como estamos de acuerdo con la Internacional en la denuncia enérgica de toda guerra de conquista. Llevados por estas motivaciones, votamos a favor del presupuesto de guerra que exige el gobierno.

Estas palabras del bloque parlamentario fueron la contraseña que fijó y controló la posición de la clase obrera alemana durante la guerra. La patria en peligro, la defensa nacional, la guerra popular por la supervivencia, la *Kultur* [cultura alemana], la libertad: tales eran las consignas pro-

clamadas por los representantes parlamentarios de la socialdemocracia. Lo que vino después fue la consecuencia lógica. La posición de la prensa sindical y partidaria, el frenesí patriótico de las masas, la paz civil, la desintegración de la Internacional, todos estos hechos fueron la consecuencia inevitable de esa determinada orientación del bloque parlamentario.

Si es cierto que en esta guerra se juega la existencia nacional, la libertad, si es cierto que sólo la herramienta de acero del asesinato puede salvaguardar estos tesoros inapreciables, si es cierto que esta guerra es la causa santa del pueblo, entonces debemos aceptar todas las consecuencias de la guerra como parte del trato. El que desea el fin debe aceptar los medios. La guerra es asesinato gigantesco, metódico, organizado. Pero en los seres humanos normales este asesinato sistemático es posible sólo si previamente se ha alcanzado cierto grado de ebriedad. Este ha sido siempre el método verificado y garantizado de los que libran las guerras. La acción bestial debe contar con la misma bestialidad de pensamiento y sentido; esta prepara y acompaña a aquella. Así, el *Wahre Jacob*[16] del 28 de agosto de 1914, con su retrato brutal de la trilladora alemana, los periódicos partidarios de Chemnitz, Hamburgo, Kiel, Fráncfort, Coburgo y otros, con sus alegatos patrióticos en verso y en prosa, fueron el estupefaciente necesario para un proletariado que podía rescatar su existencia y su libertad sólo a costa de hundir el acero mortífero en el cuerpo de sus hermanos franceses e

---

[16] *Der Wahre Jacob* (en español, «El verdadero Jacob») fue una publicación alemana de sátira política, de tendencia socialdemócrata, que existió desde 1879 hasta 1933. Su línea editorial pretendía ridiculizar a los conservadores, a Otto von Bismarck y a los poderes fácticos germanos (militares, burguesía e iglesia), así como defender los ideales socialdemócratas y su implantación en la sociedad.

ingleses. Estos periódicos chovinistas son, después de todo, mucho más coherentes que los que trataron de unir el valle a la montaña, el asesinato con el amor fraterno, el voto por el presupuesto de guerra con el internacionalismo socialista.

Si la posición asumida por el bloque socialista del Reichstag alemán el 4 de agosto fue correcta, se ha pronunciado la sentencia de muerte para la Internacional proletaria, para esta guerra y para siempre. Por primera vez desde la aparición del proletariado moderno, hay un abismo entre los mandamientos de solidaridad internacional de los proletarios del mundo y los intereses de libertad y de existencia nacional de los pueblos; por primera vez descubrimos que la independencia y libertad de las naciones exigen que los obreros se maten y destruyan mutuamente. Hasta ahora creíamos que los intereses de los pueblos de todas las naciones, que los intereses de clase del proletariado, forman una unidad armoniosa, que son idénticos, que no pueden entrar en conflicto. Esta era la base de nuestra teoría y práctica, el espíritu de nuestra agitación. ¿Acaso equivocamos el eje cardinal de toda nuestra filosofía universal? El socialismo internacional está en tela de juicio.

Esta guerra mundial no constituye la primera crisis por la que atraviesan nuestros principios nacionales. La primera prueba para nuestro partido fue hace cuarenta y cinco años. El 21 de julio de 1870[17], Wilhelm Liebknecht y Auguste Bebel hicieron la siguiente declaración histórica en el Reichstag:

> Esta guerra es una guerra dinástica, que sirve a los intereses de la dinastía Bonaparte, así como la guerra de 1866 sirvió a los intereses de la dinastía Hohenzollern.

---

[17] Se refiere a la Guerra franco-prusiana (1870) entre el Segundo Imperio francés y el Reino de Prusia que se saldó con la victoria de este último y el reforzamiento del Imperio alemán.

> No podemos votar a favor de los fondos que el gobierno exige para la guerra porque equivaldría a un voto de confianza para el gobierno prusiano. Y sabemos que el gobierno prusiano, con su acción de 1866, preparó esta guerra. Al mismo tiempo no podemos votar contra el presupuesto, porque podría interpretarse como que apoyamos la política irresponsable y criminal de Bonaparte.
>
> Como opositores, por principio, a toda guerra de dinastías, como republicanos socialistas y miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores, que, sin distinción de nacionalidad, ha luchado contra todos los opresores, ha tratado de unificar a todos los oprimidos en una gran hermandad, no podemos prestar apoyo directo ni indirecto a esta guerra. Por lo tanto, nos negamos a votar, a la vez que expresamos nuestra sincera esperanza de que los pueblos de Europa, aleccionados por estos acontecimientos indignos, lucharán por ganar el control de sus propios destinos, para liquidar el dominio del poder y de clase, causa de todos los males sociales y nacionales.

Con esta declaración, los diputados del proletariado alemán pusieron su causa, claramente y sin reservas, bajo el estandarte de la Internacional, repudiaron la guerra contra Francia como guerra nacional de independencia. Todos saben que muchos años después, en sus memorias, Bebel dijo que hubiera votado contra los créditos de guerra si hubiese sabido lo que ocurriría en los años siguientes.

Así, en una guerra que toda la burguesía y una gran mayoría del pueblo influenciados por la estrategia bismarckiana consideraban que servía a los intereses nacionales de Alemania, los dirigentes de la socialdemocracia alemana se aferraron a la convicción de que el interés nacional y el interés de clase del proletariado es uno solo y ambos se oponen a la

guerra. Esta guerra mundial y este bloque socialdemócrata han descubierto por primera vez el terrible dilema: independencia nacional o... socialismo internacional.

Ahora bien, es un hecho casi seguro que la declaración del bloque parlamentario fue una inspiración repentina. Fue un simple eco del discurso de la corona y del discurso del canciller del 4 de agosto.

> No nos impulsa el deseo de conquista –leemos en el discurso de la corona– nos inspira la decisión inalterable de conservar la tierra que Dios nos dio para nosotros y para las generaciones venideras. Del documento que os hemos presentado, habréis visto que mi gobierno y sobre todo mi canciller bregaron, hasta el último momento, por evitar la guerra. Empuñemos la espada en defensa propia, con la conciencia tranquila y las manos limpias.

Y Bethmann-Hollweg[18] declaró:

> Caballeros, actuamos en defensa propia, y la necesidad no conoce de restricciones. El que se ve amenazado como lo estamos nosotros, el que lucha por los objetivos más elevados sólo puede guiarse por una consideración: cómo se abre paso por la fuerza. Luchamos por los frutos de nuestro trabajo pacífico, por el legado de nuestro gran pasado, por el futuro de nuestra nación.

¿En qué difiere esto de la declaración socialdemócrata? (1) Hemos hecho lo posible por preservar la paz, el enemigo

---

[18] Theobald Theodor Friedrich Alfred von Bethmann-Hollweg (1856-1921). Sirvió como canciller del Imperio alemán desde 1909 a 1917, durante los años iniciales de la Primera Guerra Mundial.

nos obliga a la guerra. (2) Ahora que la guerra ha llegado, debemos defendernos. (3) En esta guerra el pueblo alemán corre peligro de perderlo todo. Esta declaración de nuestro bloque parlamentario es obviamente una repetición de la declaración del gobierno con otras palabras. Así como este basa sus pretensiones en las negociaciones diplomáticas y los telegramas imperiales, el bloque socialista recuerda las manifestaciones pacifistas de la socialdemocracia antes de la guerra. Allí donde el discurso de la corona niega todo afán de conquista, el bloque del Reichstag repudia toda guerra de conquista invocando al socialismo. Y cuando el emperador y el canciller proclaman: «¡Luchamos por los más elevados principios. No conocemos partidos, sino alemanes!», la declaración socialdemócrata repite, como un eco: «Nuestro pueblo arriesga todo. En esta hora de peligro no abandonaremos a nuestra patria».

Hay un solo punto en que la declaración socialdemócrata difiere del modelo gubernamental: coloca al despotismo ruso en el centro de su orientación, como peligro para la libertad alemana. El discurso de la corona dice, con respecto a Rusia: «Con gran pesar me he visto obligado a movilizarme contra un vecino a cuyo lado he combatido en tantos campos de batalla. Con sincero dolor he visto cómo una amistad respetada fielmente por Alemania cae hecha pedazos». El bloque socialdemócrata transforma esta penosa ruptura de una amistad sincera con el zar ruso en un alegato por la libertad contra el despotismo, utilizando la tradición revolucionaria del socialismo para ennoblecer a la guerra de un manto democrático, de una aureola popular. Es en este único punto que la declaración socialdemócrata demuestra independencia de pensamiento de parte de nuestros socialdemócratas.

Como hemos dicho, esta fue una inspiración repentina revelada a la socialdemocracia el 4 de agosto. Todo lo dicho

anteriormente hasta ese día, toda declaración hasta el día de la víspera, se opone diametralmente a la declaración del bloque del Reichstag. El 25 de julio, cuando fue publicado el ultimátum de Austria a Serbia, el *Vorwärts*[19] escribió:

> Los elementos sin conciencia que influencian y manejan en la corte vienesa quieren la guerra. Quieren la guerra: la prensa negra y amarilla lo viene pidiendo a gritos. Quieren la guerra: el ultimátum de Austria a Serbia lo proclama lisa y llanamente ante todo el mundo.
>
> ¿Acaso porque la sangre de Francisco Fernando[20] y su mujer fue vertida por un fanático demente, habrá que verter la sangre de miles de obreros y campesinos? ¿Habrá que purgar un crimen demente mediante otro, más demente aun?... El ultimátum austriaco bien puede ser la antorcha que prenda fuego a Europa por los cuatro costados.
>
> Porque este ultimátum es tan desvergonzado en su forma y contenido, que cualquier gobierno serbio que retroceda humildemente ante el mismo, tendría que considerar la posibilidad de ser derrocado por las masas populares en menos de lo que canta un gallo...
>
> Fue un crimen de la prensa chovinista alemana el incitar a nuestro querido aliado a la guerra con todos los medios a su alcance. Y no cabe duda que el señor Von Bethmann-Hollweg le prometió al señor Verchfel nuestro apoyo. Pero el juego de Berlín es tan peligroso como el de Viena.

---

[19] Periódico oficial del Partido Socialdemócrata de Alemania.

[20] Francisco Femando (1863-1914). Archiduque de Austria heredero del trono de los Habsburgo. Fue asesinado con su esposa Sofía en Sarajevo, Austria, por un nacionalista serbio. El asesinato sirvió de pretexto para el ultimátum de Austria a Serbia y la declaración de guerra, el 27 de julio de 1914.

El *Leipziger Volkszeitung* dijo el 24 de julio:

> El partido militar austriaco se ha jugado todo a una sola carta, porque en ningún país del mundo el chovinismo nacional y militar tiene algo que perder. En Austria, los círculos chovinistas se encuentran en la bancarrota total; con aullidos nacionalistas intentan desesperadamente encubrir la ruina económica de Austria, con el pillaje y el asesinato de la guerra llenar sus arcas [...].

El *Dresdener Volkszeitung* del mismo día dijo:

> Hasta ahora los locos de la guerra del Wiener Ballplatz no han aportado una sola prueba que justifique las exigencias de Austria a Serbia. Mientras el gobierno austriaco no esté en posición de hacerlo, se coloca, con sus insultos y provocaciones a Serbia, en una posición falsa ante toda Europa. Y aunque se demostrara la culpabilidad de Serbia, aunque el asesinato de Sarajevo se hubiera preparado con la complicidad del gobierno serbio, las exigencias que contiene la nota trascienden todos los límites normales. Sólo la más inescrupulosa sed de guerra puede justificar semejantes exigencias a otro Estado [...].

El *Münchener Post* del 25 de julio dijo:

> Esta nota austriaca es un documento sin parangón en la historia de los dos últimos siglos. En el transcurso de una investigación, cuyo resultado no ha sido revelado hasta ahora al público europeo, sin emprender acción legal contra el asesino del heredero y su esposa, se le formulan a Serbia exigencias que, de ser aceptadas, significarían el suicidio político de ese país [...].

El *Schleswig-Holsteinche Volkszeitung* del 24 de julio declaró:

> Austria está provocando a Serbia. Austria-Hungría quiere la guerra y está cometiendo un crimen que bien puede ahogar a Europa en sangre... Austria se lo juega todo a una carta. Osa provocar al Estado serbio en forma tal que este, a menos que se halle totalmente impotente, no lo tolerará [...].
>
> Toda persona civilizada debe protestar enérgicamente contra la conducta criminal de los gobernantes de Austria. Es deber de todos los trabajadores, y de todos los seres humanos que honran la paz y la civilización, esforzarse hasta el límite de sus fuerzas por evitar las consecuencias de la sangrienta locura desencandenada por Viena.

El *Madgeburger Volksstimme* del 25 de julio dijo:

> Cualquier gobierno serbio que siquiera pretendiese considerar seriamente esas exigencias sería derrocado en ese mismo instante por el Parlamento y el pueblo.
>
> La acción de Austria es tanto más repudiable por cuanto Berchtold[21] aparece ante el gobierno serbio y ante Europa con las manos vacías.
>
> Precipitar una guerra como esta en la actualidad equivale a invitar a una guerra mundial. Actuar de esa manera demuestra un deseo de perturbar la paz de todo un continente. Así no se pueden obtener conquistas morales ni convencer a los observadores de la rectitud de nuestras propias intenciones. Puede creerse con seguridad que la

---

[21] El conde Leopold Berchtold (1863-1942). Político, diplomático, noble y hombre de Estado austrohúngaro que fue ministro de Exteriores del Imperio al inicio de la Primera Guerra Mundial.

prensa de Europa, y con ella los gobiernos europeos, llamarán al orden a los vanagloriosos e insensatos estadistas vieneses, de forma clara e inequívoca.

El 24 de julio el *Frankfurter Volksstimme* escribió:

> Con el respaldo de la prensa clerical, que llora en Francisco Fernando su mejor amigo y exige que por su muerte caiga la venganza sobre el pueblo serbio, respaldado por los patriotas belicistas alemanes, cuyo lenguaje se vuelve día a día más despreciable y amenazante, el gobierno austriaco se ha dejado llevar a enviarle a Serbia un ultimátum, escrito en un lenguaje que no sólo está redactado en un lenguaje que raya la insolencia, sino que contiene exigencias que el gobierno serbio obviamente no puede cumplir.

El mismo día el *Elberfelder Freie Presse* dijo:

> Un cable del semioficial Buró Wolff informa de los términos del ultimátum de Austria a Serbia. Del mismo puede inferirse que los gobernantes de Viena buscan la guerra con todas sus fuerzas. Porque las condiciones de la nota presentada anoche en Belgrado significan nada menos que convertir a Serbia en protectorado austriaco. Es muy necesario que los diplomáticos berlineses hagan comprender a los agitadores belicistas vieneses que Alemania no moverá un dedo en apoyo de tan monstruosas exigencias y que convendría retirar las amenazas.

El *Bergische Arbeiterstimme* de Solingen dice:

> Austria exige un conflicto con Serbia y utiliza el asesinato de Sarajevo como pretexto para demostrar la culpabi-

> lidad moral de Serbia. Pero todo el asunto ha sido conducido de manera demasiado torpe como para influenciar a la opinión pública europea...
>
> Pero si los agitadores belicistas de la Wiener Ballplatz creen que sus aliados de la Triple Alianza, Alemania e Italia, acudirán en su ayuda en un conflicto con Rusia, que también se verá involucrada, se encuentran bajo el influjo de una ilusión peligrosa. Italia vería de buen grado el debilitamiento de Austria-Hungría, su rival en el Adriático y los Balcanes, y por cierto que no estaría dispuesta a ayudar a Austria. En Alemania, por otra parte, los poderes dominantes –aunque tuvieran la insensatez de desearlo– no osarían arriesgar la vida de un solo soldado para satisfacer la criminal avidez de poder de los Habsburgo sin provocar la furia de todo el pueblo.

Así toda la prensa obrera, sin excepción, juzgó la causa de la guerra una semana antes del estallido de la misma. Era obvio que no se trataba de la existencia ni la libertad de Alemania, sino de una aventura vergonzosa del partido belicista austriaco; no se trataba de un problema de autodefensa, protección nacional y una guerra santa a la que nos veíamos obligados en nombre de la libertad, sino de una provocación audaz y una amenaza odiosa contra la independencia y libertad de un país extranjero, Serbia.

¿Qué fue lo que sucedió el 4 de agosto, que dio la vuelta a esta posición tan definida y unánimemente aceptada de la socialdemocracia? Había un solo factor nuevo: el *Libro Blanco* que el gobierno alemán puso a consideración del Reichstag ese día. Y este decía, en su página cuatro:

> En estas circunstancias, Austria debe convencerse de que es incompatible con la dignidad y seguridad de la mo-

narquía permanecer inactivos ante lo que ocurre allende la frontera. El gobierno imperial de Austria nos ha notificado acerca de su actitud y nos solicita nuestra opinión. De todo corazón no pudimos menos que asegurar a nuestro aliado nuestra conformidad con esa interpretación de la situación y asegurarle que cualquier acción que le parezca necesaria para poner fin a los atentados serbios contra la existencia de la monarquía austriaca contaría con nuestra aprobación. Comprendimos plenamente que eventuales medidas de guerra por parte de Austria no dejarían de arrastrar a Rusia a los acontecimientos y que nosotros, en cumplimiento de nuestro deber de aliados, podríamos vernos arrastrados a la guerra. Pero, comprendiendo que estaban en juego los intereses más vitales de Austria-Hungría, no podíamos aconsejar a nuestro aliado que adoptara una política conformista que de ninguna manera estaría acorde con su dignidad, ni negamos a prestarle ayuda.

Y lo que más nos impedía adoptar semejante actitud es el hecho de que la persistente agitación subversiva de Serbia nos afecta seriamente. Si se hubiera permitido a los serbios, con la ayuda de Rusia y Francia, continuar amenazando la existencia de la monarquía vecina, hubiera sobrevenido el desmembramiento gradual de Austria y el sometimiento de todas las razas eslavas bajo el cetro ruso, lo que hubiera hecho insostenible la situación de las razas germanas en Europa central. Una Austria moralmente debilitada, que cayera ante el avance del paneslavismo ruso, ya no sería un aliado con el cual contar, del cual depender, como nos vemos obligados a hacerlo en vista de las crecientes amenazas provenientes de nuestros vecinos orientales y occidentales. Por tanto le dimos a Austria vía libre en sus medidas contra Serbia. No hemos participado en los preparativos.

Tales palabras puestas a consideración del bloque parlamentario socialdemócrata el 4 de agosto, las únicas frases importantes y decisivas de todo el *Libro Blanco,* una concisa declaración del gobierno alemán al lado de la cual todos los libros amarillos, grises, azules y anaranjados sobre los juegos diplomáticos que precedieron a la guerra y sus causas más inmediatas perdían absolutamente toda significación y relevancia. El bloque parlamentario tenía en sus manos la clave para juzgar correctamente la situación. Una semana antes toda la prensa socialdemócrata había clamado que el ultimátum austriaco era una provocación criminal de guerra mundial y exigía acción preventiva y pacifista de parte del gobierno alemán. Toda la prensa socialista suponía que el ultimátum había caído sobre el gobierno alemán, al igual que sobre la opinión pública, como una bomba.

Pero ahora el *Libro Blanco* declaraba, clara y sintéticamente: (1) Que el gobierno austriaco había solicitado la aprobación alemana antes de tomar la última medida contra Serbia. (2) Que el gobierno alemán comprendía claramente que la acción emprendida por Austria conduciría a la guerra con Serbia y, en última instancia, con toda Europa. (3) Que el gobierno alemán no aconsejó que Austria cediera sino, por el contrario, que una Austria conformista y debilitada no sería considerada digna aliada de Alemania. (4) Que el gobierno alemán aseguró a Austria, antes de que esta marchara contra Serbia, su ayuda en todas las circunstancias en caso de guerra y, por último, (5) que el gobierno alemán, por añadidura, no había reservado para sí el control del ultimátum de Austria a Serbia, del que dependía la guerra mundial, sino que le había dado a Austria «vía absolutamente libre».

Nuestro bloque parlamentario supo todo esto el 4 de agosto. Y supo por el gobierno de otro hecho: que las fuer-

zas alemanas ya habían invadido Bélgica. Y de allí todo el bloque socialdemócrata infirió que se trataba de una guerra de legítima defensa contra la invasión extranjera, porque estaba en juego la existencia de la patria, la *Kultur,* una guerra por la independencia, contra el despotismo ruso.

¿Fue el marco obvio de la guerra, y la puesta en escena que sirvió tan poco para ocultarla, fue toda la actuación diplomática que se efectuó a comienzos de la guerra, con su clamor acerca de un mundo de enemigos, todos acechando la vida de Alemania, todos motivados por el deseo de debilitar, humillar, someter al pueblo y nación alemanes; fue todo esto una sorpresa total? ¿Acaso estos factores exigían más juicio, más capacidad crítica de la que poseían? Esto es menos cierto para nuestro partido que para cualquiera. Ya había pasado por dos grandes guerras alemanas, habiendo recogido importantes enseñanzas en ambas.

Cualquier estudiante de historia mal informado sabe que Bismarck preparó sistemáticamente la guerra de 1866 contra Austria mucho antes de que estallara, y que su política conducía desde el primer momento a la ruptura de relaciones y a la guerra con Austria. El príncipe heredero, luego emperador Federico, habla de esto en sus memorias, en la parte correspondiente al 14 de noviembre de ese año: «Cuando él (Bismarck) asumió sus funciones, tenía la firme resolución de provocar la guerra entre Prusia y Austria, pero tuvo mucho cuidado de no revelar este propósito, en ese momento o en cualquier otro, a Su Majestad, hasta que llegó el momento que le pareció oportuno».

«Comparemos esta confesión –dice Auer[22] en su folleto *Die Sedanfeier und die Sozialdemokratie* [La conmemora-

[22] Ignaz Auer (1846-1907). Político alemán perteneciente al Partido Socialdemócrata y miembro del Reichstag alemán.

ción de Sedán y la socialdemocracia]–, con la proclama que el rey Guillermo dirigió "a mi pueblo"»:

> ¡La patria está en peligro! Austria y gran parte de Alemania se han levantado en armas contra nosotros.
>
> Fue hace pocos años que yo, por propia voluntad, sin pensar en malentendidos anteriores, tendí una mano fraternal a Austria para salvar a Alemania de la dominación extranjera. Pero mis esperanzas se han visto frustradas. Austria no puede olvidar que alguna vez sus señores fueron los dueños de Alemania; se niega a ver en la joven y viril Prusia un aliado, insiste en considerarla un peligroso rival. Prusia –cree Austria– debe ser contrariada en todos sus objetivos, porque lo que favorece a Prusia daña a Austria. Los viejos celos malditos han vuelto a surgir. Prusia debe ser debilitada, destruida, deshonrada. Todos los tratados con Prusia quedan invalidados, a los señores germanos no sólo se les llama, sino que se les convence, de que deben romper su alianza con Prusia. Dondequiera que dirigimos la vista en Alemania, vemos enemigos cuyo grito de guerra es: ¡Muera Prusia!
>
> Rogando la protección del cielo, el rey Guillermo decretó un día dedicado a la oración y la penitencia para el 18 de julio, diciendo: «Dios no ha querido coronar con el éxito mis esfuerzos por asegurar la bendición de la paz para mi pueblo».

¿Acaso el acompañamiento oficial al estallido de la guerra el 4 de agosto no debería haber despertado en la memoria de nuestro bloque antiguas palabras y melodías? ¿Es que han olvidado la historia de su partido?

¡Pero no es suficiente! En 1870 comenzó la guerra con Francia y la historia ha unido ese estallido a un hecho inol-

vidable: el despacho de Ems[23], documento que se ha convertido en símbolo clásico del arte gubernamental capitalista de la guerra, y que marca un episodio memorable en nuestra historia de nuestro partido. ¿No fue el viejo Liebknecht, no fue la socialdemocracia alemana quien se sintió en el deber de denunciar esos hechos y de mostrar a las masas «cómo se hacen las guerras»?

Digamos de paso que el hacer la guerra lisa y llanamente para la protección de la patria no fue invento de Bismarck. Él sólo aplicó, con su falta de escrúpulos característica, una vieja y probada receta internacional de los estadistas capitalistas. ¿Cuándo y dónde ha habido una guerra, desde que la llamada opinión pública ha tenido cabida en los cálculos del gobierno, en que todos y cada uno de los bandos beligerantes no haya sacado con profundo pesar el sable de la vaina, con el único propósito de defender a su patria y a su santa causa contra los vergonzosos ataques del enemigo? Esta leyenda pertenece tanto al juego de la guerra como la pólvora y el plomo. El juego es viejo. Lo nuevo es que el Partido Socialdemócrata lo juegue.

---

[23] También denominado como Telegrama Ems, es el documento que Guillermo I de Alemania envió a Bismarck la noche del 13 de julio de 1870 tras la reunión informal que mantuvo con el embajador francés en Prusia, Vincent Benedetti, acerca de la retirada de la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, hijo de Carlos Antonio, al trono real de España. La publicación de este telegrama instigó *(casus belli)* la Guerra franco-prusiana, que comenzó el 19 de julio de 1870.

III. Nada en el secreto

Nuestro partido debería haber estado preparado para reconocer los verdaderos objetivos de esta guerra, recibirla sin sorpresas y juzgar los motivos profundos a la luz de su gran experiencia política. Los acontecimientos y fuerzas que provocaron el 4 de agosto de 1914 no eran secretos. El mundo se había preparado durante décadas, a plena luz, y con la más amplia difusión, paso a paso, hora tras hora, para la guerra mundial. Y si hoy algunos socialistas amenazan con destruir la «diplomacia secreta» que ha preparado sus maldades en la trastienda, les atribuyen a los pobres infelices un poder mágico que no poseen, así como los botocudos[24] azotan a sus fetiches para que hagan llover. Los autotitulados capitanes del barco del Estado son, en esta guerra como en cualquier otra ocasión, simples peones del ajedrez, movidos por fuerzas y acontecimientos todopoderosos de la historia, sobre el tablero de la sociedad capitalista. Si hubo alguna vez personas capaces de entender estos acontecimientos y hechos, esas eran los militantes de la socialdemocracia alemana.

Hay dos procesos en la historia reciente que conducen directamente a la actual guerra. Uno se origina en el periodo

[24] Indigenas brasileños que usaban botoques o discos labiales y auriculares.

en que se constituyeron por primera vez los llamados estados nacionales, es decir, los estados modernos, a partir de la guerra bismarquiana contra Francia. La guerra de 1870 que, con la anexión de Alsacia y Lorena, arrojó a la República francesa a los brazos de Rusia, dividió a Europa en dos bandos contrarios e inició un periodo armamentista competitivo frenético, encendiendo la chispa de la actual conflagración mundial.

Las tropas de Bismarck se hallaban todavía en Francia cuando Marx escribió al *Braunschweiger Ausschuss:*

> Quien no se ensordezca con el clamor momentáneo, y no desee ensordecer al pueblo alemán, debe comprender que la guerra de 1870 lleva necesariamente consigo los gérmenes de la guerra de Alemania contra Rusia, así como la guerra de 1866 engendró la de 1870. Digo necesariamente, a menos que ocurra lo improbable, o sea que estalle antes una revolución en Rusia. Si eso no ocurre, puede considerarse que la guerra entre Alemania y Rusia es ya *un fait accompli* [hecho consumado]. El que esta guerra haya sido útil o peligrosa depende enteramente de la actitud actual del vencedor alemán. Si toman Alsacia-Lorena, Francia y Rusia tomarán las armas contra Alemania. Sería superfluo señalar las desastrosas consecuencias.

En ese momento esta profecía provocó risas. Los vínculos que unían a Rusia con Prusia parecían tan sólidos, que se consideraba una locura creer en la posibilidad de una alianza entre la Rusia autocrática y la Francia republicana. Quienes apoyaban semejante profecía eran considerados locos. Y sin embargo todo lo que profetizó Marx se ha cumplido plenamente, hasta la última palabra. «Porque en esto –dice Auer en su *Sedanfeier*...– consiste la política socialde-

mócrata, en ver las cosas claramente como son, a diferencia de la política vulgar de otros, que se inclinan ciegamente ante cada victoria coyuntural.»

No hay que malinterpretar estas palabras en el sentido de que es el deseo francés de vengarse del robo perpetrado por Bismarck lo que ha llevado a ese país a la guerra con Alemania, de que el meollo de la guerra actual es la tan trillada «venganza por Alsacia-Lorena». Esta es la leyenda nacionalista que tanto le conviene al agitador belicista alemán, que crea fábulas de una Francia obsesionada, que «no puede olvidar» su derrota, así como los periodistas al servicio de Bismarck echaban denuestos contra la destronada princesa Austria que no podía olvidarse de su vieja superioridad sobre la encantadora Cenicienta Prusia. De hecho la venganza por Alsacia-Lorena ha pasado a ser parte del patrimonio escénico de unos cuantos payasos patrioteros, y el «León de Belfort»[25] no es más que un viejo animal heráldico.

Hace mucho que la anexión de Alsacia-Lorena dejó de jugar un papel de importancia en la política francesa, cediendo ante preocupaciones nuevas y más apremiantes; ni el gobierno ni ningún partido francés serio ha pensado en la guerra contra Alemania por esos territorios. Si de todas maneras la herencia de Bismarck es la chispa que encendió el fuego de la guerra mundial, lo es en el sentido de haber lanzado a Alemania por un lado, y Francia con todo el resto de Europa por el otro, por la pendiente de la competencia militar, de haber provocado la alianza franco-rusa, de haber unificado a Austria con Alemania, corolario inevitable de lo anterior. Esto le dio al zarismo ruso un prestigio enorme

[25] Es una escultura realizada por Bartholdi. Se encuentra en Belfort, ciudad francesa cercana a la frontera alemana, que llevó a cabo una heroica resistencia durante la Guerra franco-prusiana.

como factor en la política europea. Alemania y Francia han solicitado sistemáticamente sus favores. Y fue entonces cuando se forjaron los vínculos de unión de Alemania con Austria-Hungría cuya fuerza en esta guerra reside, al decir del *Libro Blanco,* en su «fraternidad en armas».

Así la guerra de 1870 trajo como consecuencia el agrupamiento político formal de Europa en torno a los ejes del antagonismo franco-germano, e impuso el reinado del militarismo sobre las vidas de los pueblos europeos. El proceso histórico le ha otorgado a este agrupamiento y a este reinado un contenido enteramente nuevo. El segundo proceso que conduce a la actual guerra mundial, que confirma nuevamente y en forma brillante la profecía de Marx, se origina en acontecimientos internacionales acaecidos luego de la muerte de Marx: el desarrollo imperialista de los últimos veinticinco años.

La expansión acelerada del capitalismo, por una Europa reconstituida después de las guerras de los años sesenta y setenta, sobre todo después de la gran depresión que siguió a la inflación y el pánico de 1873, llegó a su cenit en la prosperidad de los años noventa y abrió una nueva etapa de tormenta y peligro entre las naciones europeas. Estas competían en su expansión hacia los países y áreas no capitalistas del mundo. Ya en los años ochenta se reveló una fuerte tendencia hacia la expansión. Gran Bretaña se aseguró el control de Egipto y creó un poderoso imperio colonial en el sur de África. Francia tomó posesión de Túnez en el norte de África y Tonkín en el este de Asia; Italia se estableció en Abisinia; Rusia logró conquistas en Asia central y penetró en Manchuria; Alemania ganó sus primeras colonias en África y en los mares del Sur, y Estados Unidos ingresó al círculo con la conquista de las Filipinas y la adquisición de «intereses» en el este de Asia. Este periodo de conquistas

febriles ha provocado, a partir de la Guerra chino-japonesa de 1895, una cadena casi ininterrumpida de cruentas guerras, que alcanzaron el clímax en la Gran Invasión China y culminaron con la Guerra ruso-japonesa de 1904.

Todos estos acontecimientos, uno tras otro, crearon en todas partes antagonismos nuevos, extraeuropeos: entre Francia e Italia en el norte de África, entre Francia y Gran Bretaña en Egipto, entre Gran Bretaña y Rusia en el Asia central, entre Rusia y Japón en el Asia oriental, entre Japón y Gran Bretaña en China, entre Estados Unidos y Japón en el Pacífico, un océano muy turbulento, lleno de conflictos bruscos y alianzas pasajeras, de tensión y relajamiento, amenazando cada tanto con provocar el estallido de la guerra entre las potencias europeas. No cabía duda, entonces, de (1) que los juegos bélicos secretos de cada nación capitalista contra todas las demás, sobre las espaldas de los pueblos africanos y asiáticos, debía llevar tarde o temprano a una rendición general de cuentas; que los vientos sembrados en África y Asia volverían a Europa en forma de una tempestad terrorífica, tanto más cuanto cada aventura asiática o africana traía aparejada la consiguiente escalada armamentista en los estados europeos; (2) que la guerra mundial europea estallaría apenas los conflictos parciales y transitorios entre los estados imperialistas encontraran un eje centralizado, un conflicto de magnitud suficiente como para agruparlos, por el momento, en grandes bandos opositores. Esta situación fue creada por la aparición del imperialismo alemán.

En Alemania es posible estudiar el desarrollo del imperialismo, comprimido en el lapso más breve posible, en forma concreta. La rapidez inigualada de la expansión industrial y comercial alemana desde la fundación del Imperio produjo en los años ochenta dos formas peculiares de acumulación capitalista: la monopolización más pronunciada de Europa y

el sistema bancario más desarrollado y centralizado del mundo. Los monopolios han organizado la industria metalúrgica y siderúrgica, es decir, la rama de producción capitalista que más interés tiene en las compras del gobierno, en el equipamiento militar y en las empresas imperialistas (construcción de ferrocarriles, explotación de minas, etc.) para convertirla en el factor más influyente de la vida nacional. Ha cimentado los intereses monetarios en una potencia sin fisuras, de inmensa y viril energía, creando un poder que domina autocráticamente la industria, el comercio y el crédito de la nación, que predomina tanto en el sector público como en el privado, con poderes de expansión ilimitados, siempre ávida de ganancias y actividades, impersonal y, por tanto, de mentalidad liberal, impetuosa sin escrúpulos, internacional por su propia naturaleza, destinada por sus funciones a tener el mundo en escenario de sus hazañas.

Alemania se halla bajo un régimen personalista, de fuerte iniciativa y actividad espasmódica, con un parlamentarismo del tipo más débil, incapaz de montar una oposición, que une a todos los sectores capitalistas en abierta oposición a la clase obrera. Es obvio que este imperialismo vivo, irrestricto, que llegó al mundo en un momento en que este está prácticamente dividido, con un apetito voraz, no tardó en convertirse en un factor irresponsable de agitación general.

Esto ya se preveía en la convulsión radical suscitada en la política militar del Imperio a fines de siglo. En ese momento se presentaron dos presupuestos navales que duplicaron el poder naval de Alemania y crearon un programa naval para más de dos décadas. Esto significó un cambio drástico en la política financiera y comercial de la nación. En primer lugar, implicaba un cambio llamativo en la política exterior del Imperio. La política de Bismarck se basaba en el principio de que el Imperio es y debe seguir siendo una potencia

terrestre, que la flota alemana no es, en el mejor de los casos, sino un requisito no indispensable para la defensa de la costa. El secretario de Estado Hollmann declaró en marzo de 1897 ante la Comisión Presupuestaria del Reichstag: «No necesitamos una marina para la defensa de las costas. Nuestras costas se protegen solas».

Con los dos decretos navales se creó un programa enteramente nuevo: en la tierra y en el mar, ¡Primero Alemania! Esto marca el viraje de la política continental bismarquiana a la *Welt Politik* [política mundial], de la defensiva a la ofensiva como fin y objetivo del programa militar alemán. El lenguaje de estos hechos era tan inequívoco que el propio Reichstag lo comentó. Lieber, dirigente del centro en ese momento, habló el 11 de marzo de 1896, después de un famoso discurso del káiser en ocasión del vigésimo quinto aniversario de la fundación del Imperio alemán, en el que había formulado el nuevo programa como precursor de los proyectos de leyes navales, y mencionó unos «planes navales sin costa» contra los cuales Alemania deberá prepararse para luchar. Otro dirigente del centro, Schadler, exclamó en la sesión del 23 de marzo de 1898, en medio de la discusión del primer proyecto naval: «La nación cree que no podemos ser primeros en la tierra y primeros en el mar. ¡Vosotros, caballeros, contestáis que no es eso lo que queremos! Sin embargo, caballeros, os encontráis en los comienzos de semejante concepción, ¡en un comienzo irreversible!».

Cuando llegó el segundo proyecto el mismo Schadler, hablando ante el Reichstag el 5 de febrero de 1900, refiriéndose a una promesa anterior de que no habría más proyectos navales, dijo: «y ahora viene este proyecto, que significa nada más y nada menos que la inauguración de una flota mundial, como base de apoyo a una política mundial, duplicando la marina y comprometiendo las dos próximas décadas». En realidad el gobierno defendió abiertamente el

programa político de su nuevo curso. El 11 de diciembre de 1899, Von Bülow, secretario de Relaciones Exteriores, dijo en defensa del segundo proyecto:

> cuando los ingleses hablan de una *greater Britain* «Gran Bretaña más grande», cuando los franceses hablan de la *nouvelle France* «Nueva Francia», cuando los rusos abren Asia central para su penetración, también nosotros tenemos derecho a aspirar a una *ein grosseres Deutschland* «Alemania más grande». Si no creamos una marina apta para defender nuestro comercio, nuestros ciudadanos en tierras extranjeras, nuestras misiones y la seguridad de nuestras costas, amenazamos los intereses vitales de nuestra nación. En el próximo siglo el pueblo alemán será el martillo o el yunque.

Despojemos esto de la frase ornamental sobre la defensa de nuestras costas, y queda el programa colosal: la gran Alemania que cae como un martillo sobre las demás naciones.

No es difícil determinar en qué dirección apuntaban principalmente estas provocaciones. Alemania se convertiría en rival de la gran potencia naval mundial: Gran Bretaña. Y Gran Bretaña no tardó en comprender. Los proyectos de reforma naval, con sus discursos concomitantes, no dejaron de producir gran inquietud en Gran Bretaña, inquietud que subsiste hasta el día de hoy. En marzo de 1910, en el curso de un debate sobre asuntos navales en la Cámara de los Comunes, lord Robert Cecil dijo: «Desafío a cualquiera a que me dé una razón lógica para la formidable marina que Alemania está construyendo, que no sea la de luchar contra Gran Bretaña». La lucha por el dominio del mar, que en uno y otro bando duró una década y media, y culminó en la construcción febril de acorazados y superacorazados fue, en efecto, la guerra entre Alemania y Gran Bretaña. El decreto naval del 11 de diciembre de 1899

fue una declaración de guerra por parte de Alemania. Gran Bretaña recogió el guante el 4 de agosto de 1914.

Debe notarse que esta lucha por la supremacía naval nada tenía que ver con la rivalidad económica por el mercado mundial. El «monopolio del mercado mundial» de Gran Bretaña que obstaculizaba ostensiblemente la expansión industrial alemana, tan discutida en la actualidad, pertenece a la esfera de las leyendas de guerra, de las cuales la fábula siempre lozana de la «venganza» francesa es la más útil. Este «monopolio» se había convertido en un cuento de hadas, con gran pesar de los capitalistas ingleses. El desarrollo industrial de Francia, Bélgica, Italia, Rusia, India y Japón y, sobre todo, Alemania y Estados Unidos, había liquidado este monopolio en la primera mitad del siglo XIX. Junto con Gran Bretaña, una nación tras otra entró en el mercado mundial, el capitalismo se expandió automáticamente y, a pasos agigantados, devino una economía mundial.

La supremacía naval británica, que a tantos socialdemócratas les ha quitado el sueño, y que, según estos caballeros, debe ser destruida para bien del socialismo internacional, había molestado tan poco al capitalismo alemán hasta el momento, que este pudo convertirse, bajo el «yugo», en un joven vigoroso, de mejillas sonrosadas. Sí, la propia Gran Bretaña junto con sus colonias, fue la piedra basal del crecimiento industrial alemán. Al mismo tiempo Alemania se convirtió, para Gran Bretaña, en su cliente más importante y necesario. Lejos de estorbarse mutuamente, el desarrollo capitalista británico y el alemán fueron altamente interdependientes, unificados por un amplio sistema de división del trabajo, fuertemente apuntalado por la política librecambista de Gran Bretaña. Por eso el comercio alemán y sus intereses en el mercado mundial nada tuvieron que ver con el cambio de frente en la política y la construcción de la marina.

Tampoco las posesiones coloniales alemanas entraron en conflicto con la supremacía naval británica. Las colonias alemanas no necesitaban la protección de una potencia naval de primera. Nadie, menos aún Gran Bretaña, envidiaba las posesiones alemanas. Que Gran Bretaña y Japón se adueñaron de las mismas durante la guerra, que el botín cambió de manos, no es más que una medida de guerra aceptada por todos, de la misma manera que el apetito imperialista de Alemania clama por la anexión de Bélgica, deseo que nadie fuera de un manicomio se hubiera atrevido a expresar en época de paz. África del sudeste o del sudoeste, Wilhelmsland [Tierra del emperador Guillermo] o Tsingtao jamás hubieran provocado una guerra, terrestre o marítima, entre Alemania y Gran Bretaña. En realidad, justo antes del estallido de la guerra, estas dos naciones habían concertado un trato de reparto pacífico de las colonias africanas de Portugal.

Cuando Alemania desplegó su estandarte de poderío naval y política mundial, anunció su deseo de mayores y más amplias conquistas para el imperialismo alemán. Con una marina agresiva de primera categoría, y con fuerzas militares terrestres creciendo en la misma proporción, se creó el aparato para la futura política, abriendo las puertas de par en par a posibilidades sin precedentes. La construcción naval y los armamentos militares pasaron a ser la gloriosa ocupación de la industria alemana, abriendo perspectivas ilimitadas para nuevas operaciones del capital monopolista y financiero en todo el ancho mundo. Así se obtuvo el acuerdo de todos los partidos capitalistas y su agrupamiento en torno a la bandera del imperialismo. El centro siguió el ejemplo de los liberales nacionalistas, los más firmes defensores de la industria del acero y del hierro y, al aprobar el proyecto de ley naval que había denunciado vigorosamente en 1900, se convirtió en el partido oficial. Los progresistas

corrieron tras el centro cuando apareció el sucesor del proyecto naval (el festín de los altos impuestos); mientras los *junkers*[26], los más firmes opositores de la «horrible marina» y del canal, cerraban la marcha como los cerdos y parásitos más entusiastas de esa misma política de militarismo naval y pillaje colonial a la que se habían opuesto con tanta vehemencia. Las elecciones parlamentarias de 1907, llamadas «elecciones de los hotentotes», encontraron a toda Alemania en un paroxismo de entusiasmo imperialista, firmemente unida bajo una sola bandera, la de la Alemania de Von Bülow[27], la Alemania que se sentía destinada a desempeñar el papel de martillo en el mundo. Estas elecciones, con su atmósfera de pogromo espiritual, fueron un preludio a la Alemania del 4 de agosto, un desafío no sólo a la clase obrera alemana, sino también a otras naciones capitalistas, desafío dirigido a nadie en particular, un guantelete que se agitaba ante el mundo entero...

---

[26] Se denomina *junkers* a los miembros de la antigua nobleza terrateniente de Prusia que dominó Alemania a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX. Los *junkers* poseían grandes propiedades rurales donde también vivían y trabajaban campesinos con muy pocos derechos y recursos económicos. Originalmente constituían un importante sector político, social y económico en Prusia y, después de 1871, también en el liderazgo político, militar y diplomático del Imperio alemán. Uno de los *junkers* más famosos fue el canciller Otto von Bismarck.

[27] Bernhard Heinrich Karl Martin von Bülow (1849-1929) fue canciller del Imperio alemán desde 1900 hasta 1909. Su mandato se caracterizó por la obsesión de crear una flota de poder equivalente a la de Gran Bretaña colocando de esta manera a Alemania como una potencia mundial. Durante todo su mandato, el emperador Guillermo II no le dio, en absoluto, libertad de movimientos. Guillermo esperaba encontrar en Bülow un hombre que combinara la habilidad del «Canciller de Hierro» con el respeto a los deseos del káiser, lo que permitiría al imperio ser gobernado como creyera conveniente.

IV. La expansión imperialista alemana

Turquía se convirtió en el campo de operaciones más importante del imperialismo alemán; su guía fue el Deutsche Bank y sus gigantescos negocios en Asia, que se encuentran en el centro de la política alemana en Oriente. En los años cincuenta y sesenta operaba principalmente en la Turquía asiática el capital inglés, que construyó el ferrocarril que partía de Esmirna y obtuvo la concesión del primer tramo del ferrocarril desde Anatolia hasta Izmit. En 1888 hizo su aparición el capital alemán, que recibió del sultán Abdul Hamid para su explotación los tramos construidos por los ingleses y la concesión para construir los nuevos tramos desde Izmit hasta Aniora con las líneas secundarias hacia Escútari, Brussa, Konya y Kaizarile. En 1899 el Deutsche Bank consiguió la opción para construir y usufructuar un puerto con sus instalaciones adjuntas en Haidar Pacha, así como la exclusiva del comercio y de las aduanas en ese puerto. En 1901 el gobierno turco otorgaba al Deutsche Bank la concesión del gran ferrocarril de Bagdad hasta el golfo Pérsico, y en 1907, la desecación del lago de Karaviran y la irrigación de la planicie de Koma.

La otra cara de la medalla de esa gran «obra cultural pacífica» es la «pacífica» e inmensa ruina del campesinado del Asia Menor. Los costos de estas colosales obras fueron ade-

lantados, naturalmente, por el Deutsche Bank, mediante un ampliamente ramificado sistema de deuda pública; el Estado turco se convirtió para siempre en deudor de los señores Siemens, Gwinner, Helferich, etc., tal como antes lo había sido de los capitales inglés, francés y austriaco. Este deudor no sólo debía extraer cuantiosas sumas de las arcas del Estado para pagar los intereses de los préstamos, sino que estaba obligado a garantizar las ganancias brutas de los ferrocarriles construidos. Los medios de transporte y las instalaciones más modernas se situaban en un contexto económico extremadamente atrasado, basado fundamentalmente en una economía agrícola, es decir, en una economía campesina de lo más primitiva: del árido suelo de esta economía, succionada sin escrúpulos desde hacía siglos por el despotismo oriental, y que apenas producía algunas briznas para la alimentación propia del campesinado, una vez pagados los impuestos al Estado, no podía salir, como es obvio, el necesario tráfico y las ganancias para los ferrocarriles. De acuerdo con las características económicas y culturales del país, el tráfico de mercancías y viajeros estaba muy poco desarrollado y sólo podía crecer con lentitud. A fin de compensar lo que faltaba para completar el beneficio del capital empleado, el Estado turco acordó conceder anualmente a las compañías ferroviarias una subvención, bajo la forma de «garantía de kilometraje». Con este sistema fue como el capital austriaco y el francés construyeron el ferrocarril en la Turquía europea; el mismo sistema se aplicó en todas las empresas del Deutsche Bank en la Turquía asiática. Como garantía y para asegurar el pago del subsidio, el gobierno turco transfirió a los representantes del capital europeo el llamado «consejo de administración de la deuda pública», la fuente principal de los ingresos del Estado turco: los diezmos de una serie de provincias. Entre 1893 y 1910, por

ejemplo, el gobierno turco ha subvencionado con unos noventa millones de francos el ferrocarril hasta Angora y el ramal Eskischeir-Konia. Los «diezmos» que hipoteca repetidamente el Estado turco en favor de sus acreedores europeos son los antiquísimos tributos campesinos en especies, cereales, corderos, seda, etc. Los diezmos no son percibidos directamente, sino a través de intermediarios del tipo de los famosos recaudadores de impuestos de la Francia prerrevolucionaria; el Estado vende en subasta, es decir, a los que ofrezcan más, los ingresos previstos por los tributos de cada *wilajet* [provincia] contra el pago al contado. Si el diezmo de un *wilajet* ha sido adquirido por un especulador o por un consorcio, estos venden los diezmos de cada *sandschaks* [distrito] a otros especuladores, que a su vez ceden su parte a toda una serie de pequeños agentes. Como todos quieren cubrir sus gastos y obtener todo el beneficio que sea posible, el diezmo crece como una avalancha a medida que se acerca al campesino. Este, casi siempre endeudado, espera con impaciencia el momento de vender su cosecha, pero una vez que ha segado sus mieses debe esperar, a veces semanas enteras, para hacer la trilla, a que el recaudador se lleve la parte que le corresponde. El recaudador, con frecuencia comerciante él mismo en granos, utiliza esta situación del campesino, que siente la amenaza de que se le pudra toda la cosecha en el campo, para arrancársela a bajo precio, y sabe hacer frente a las quejas de los descontentos con la ayuda de los funcionarios y especialmente de los *muktars* [alcaldes]. Si no se encuentra ningún recaudador de impuestos, el gobierno recoge los diezmos en especies, los lleva a los depósitos y los transfiere a los acreedores capitalistas como «subvención». Este es el mecanismo interno de la «regeneración económica de Turquía» mediante la obra cultural del capital europeo.

Por medio de estas operaciones se logran dos resultados. La pequeña economía campesina del Asia Menor se convierte en objeto de un bien organizado proceso de succión para provecho y utilidad del capital financiero e industrial europeo, en este caso, sobre todo del alemán. Con ello crece la «esfera de intereses» de Alemania en Turquía, que, a su vez, da fundamento y ocasión para la «protección» política de Turquía. Al mismo tiempo, el aparato de succión necesario para la explotación económica del campesinado, es decir, el gobierno turco, se convierte en obediente instrumento, en vasallo de la política exterior alemana. Ya desde hace mucho tiempo estaban bajo control europeo las finanzas, la política arancelaria, la política tributaria y el presupuesto nacional de Turquía. La influencia alemana se ha apoderado especialmente de la organización militar.

De todo esto resulta claro que el imperialismo alemán está interesado en el fortalecimiento del Estado turco, para evitar, al menos, su desmoronamiento, su caída prematura. La liquidación acelerada de Turquía conduciría a su reparto entre Gran Bretaña, Rusia, Italia, Grecia y otros; y el capital alemán perdería una base excepcional para las grandes operaciones. Se produciría, al mismo tiempo, un extraordinario crecimiento del poder de Rusia y de Gran Bretaña, así como de los estados mediterráneos. Para el imperialismo alemán se trata de conservar el cómodo aparato del «Estado turco independiente» y de la «integridad» de Turquía el tiempo suficiente, hasta que sea devorado desde su interior mismo por el capital alemán, como lo fuera anteriormente Egipto por los ingleses o ahora Marruecos por los franceses, cayendo en manos alemanas como fruto maduro. El conocido portavoz del imperialismo alemán, Paul Rohrbach, declaraba franca y honradamente:

> La misma situación de Turquía hace que, rodeada por todas partes de ambiciosos vecinos, busque el apoyo de una potencia que en lo posible no tenga intereses territoriales en Oriente. Esta potencia es Alemania. Nosotros, por nuestra parte, sufriríamos grandes pérdidas si desapareciese Turquía. Si Rusia y Gran Bretaña fueran los herederos principales de los turcos, resulta evidente que esos dos estados incrementarían considerablemente su poder. Pero aunque Turquía fuese dividida de forma que una parte importante nos tocara, esto implicaría para nosotros dificultades sin fin, pues Rusia, Gran Bretaña y en cierto sentido también Francia e Italia son vecinas de la actual zona de soberanía turca y, bien por tierra o por mar, o por ambas vías, están en condiciones de ocupar y defender su parte. Nosotros, por el contrario, no tenemos ningún contacto directo con Oriente... Un Asia Menor o una Mesopotamia alemanas sólo podrían llegar a ser realidad si antes, por lo menos, Rusia y también Francia fueran obligadas a renunciar a sus actuales fines e ideales políticos, es decir, si antes la guerra mundial tuviese un desenlace decisivo en beneficio de los intereses alemanes[28].

Alemania, que el 8 de noviembre de 1898 juró solemnemente en Damasco, a la sombra del gran Saladino, defender y amparar al mundo mahometano y a la verde bandera del Profeta, fortaleció con gran celo durante una década al régimen del sanguinario sultán Abdul Hamid, prosiguiendo su obra, tras un corto periodo de alejamiento, en el joven régimen turco. Además de los pingües negocios del Deutsche Bank, la misión se ocupó de la reorganización y entrena-

---

[28] Paul Rohrbach, *Der Krieg und die deutsche Politik* [La guerra y la política alemana], Dresde, Verlag, 1914, p. 36.

miento de las fuerzas militares turcas con Goltz Pascha[29] a la cabeza, utilizando instructores alemanes. La modernización del ejército generó nuevas y pesadas cargas sobre los hombres del campesinado turco, pero también nuevos y brillantes negocios para Krupp y el Deutsche Bank. Al mismo tiempo, el militarismo turco se convertía en dependiente del militarismo prusiano-alemán y en punto de apoyo de la política alemana en el Mediterráneo y en el Asia Menor.

Que la «regeneración de Turquía» emprendida por Alemania no es más que un intento artificial por galvanizar a un cadáver lo demuestra mejor que nada el destino de la revolución turca. En su primera fase, mientras el elemento ideológico predominaba en el joven movimiento turco, mientras se abrigaban proyectos de altos vuelos e ilusiones en torno a una nueva primavera rebosante de vida y a la renovación interna de Turquía, sus simpatías políticas se dirigían principalmente hacia Gran Bretaña, considerada ideal del moderno Estado liberal, mientras que Alemania, protectora oficial durante muchos años del sagrado régimen del viejo sultán, aparecía como enemigo de los Jóvenes Turcos[30]. La

---

[29] Wilhelm Leopold Colmar, barón von der Goltz (1843-1916), llamado Goltz Pasha, fue el reformador del ejército turco.

[30] Es el sobrenombre de un partido nacionalista y reformista turco de principios del siglo XX, oficialmente conocido como el Comité de Unión y Progreso (CUP), cuyos líderes se rebelaron contra el sultán Abdul Hamid II, quien fue oficialmente depuesto y desterrado en 1909. Tenía su origen en sociedades secretas de estudiantes universitarios y cadetes militares, subrepticiamente conducidas por la disidencia política después de que la Constitución fuera revocada por el sultán Abdul Hamid II. Gobernaron el Imperio otomano entre mediados de 1908 y el final de la Primera Guerra Mundial, en noviembre de 1918 cuando la ocupación de Constantinopla vio la partición del Imperio otomano. Durante su gobierno, perpetraron el genocidio armenio entre 1915 y 1923, periodo en el que se estima que pereció al menos un millón y medio de armenios.

revolución de 1908 parecía ser la derrota de la política alemana en Oriente y, en general, así fue interpretada, presentándose el derrocamiento de Abdul Hamid como el fin de la influencia alemana. Pero, una vez que los Jóvenes Turcos llegaron al poder, mostraron una incapacidad total para realizar cualquier tipo de reforma moderna en lo económico, social y nacional; a medida que se manifestaba cada vez más su carácter contrarrevolucionario, volvieron rápidamente a los métodos patriarcales de opresión de Abdul Hamid, es decir, al baño de sangre periódicamente organizado entre los pueblos sometidos, a los que se azuzaba unos contra otros, y a la ilimitada explotación oriental del campesinado, que constituían los dos pilares fundamentales del Estado. El mantenimiento artificial de este régimen de violencia se convirtió en la preocupación principal de la «Joven Turquía», y se retornó también en política exterior a las tradiciones de Abdul Hamid: a la alianza con Alemania.

Teniendo en cuenta lo complejo de la cuestión de las nacionalidades que dividen el estado turco: armenios, kurdos, sirios, árabes, griegos (y, hasta hace poco, albanos y macedonios); dada la multiplicidad de problemas económico-sociales en las diferentes partes del reino; dado el surgimiento de un fuerte y vigoroso capitalismo en los jóvenes estados balcánicos vecinos y, sobre todo, la actividad económica disgregadora del capital y de la diplomacia internacional en Turquía durante largos años, todo el mundo, pero especialmente la socialdemocracia alemana, veía claramente ya desde hace tiempo que la real regeneración del estado turco era empresa desesperada y que todos los intentos por mantener aquel montón de ruinas tambaleante e inestable terminaría en una operación reaccionaria. Ya con motivo de la importante insurrección cretense de 1896 tuvo lugar en la prensa del partido alemán una profunda discusión del pro-

blema de Oriente, que condujo a la revisión del punto de vista defendido por Marx en la época de la Guerra de Crimea[31] y a rechazar definitivamente la idea de la «integridad turca» como una herencia de la reacción europea. La prensa socialdemócrata alemana denunció, antes que nadie, con rapidez y precisión la esterilidad social en el interior y el carácter reaccionario del régimen de los Jóvenes Turcos. Era una idea típicamente prusiana pensar que bastaba un ferrocarril estratégico para una rápida movilización y algunos valientes instructores militares para restaurar una barraca tan carcomida como era el estado turco.

Ya en el verano de 1912 el régimen de los Jóvenes Turcos iniciaba el camino de la contrarrevolución. El primer acto de la «regeneración» turca en esa guerra fue, significativamente, el golpe de Estado, la abolición de la Constitución, es decir, también en ese aspecto, el retorno formal al régimen de Abdul Hamid.

El militarismo turco, impulsado por Alemania, sufrió ya en la primera guerra de los Balcanes, una lamentable derrota. Y la guerra actual, en cuyo fatídico torbellino ha sido empujada Turquía en calidad de *protegida* de Alemania, conducirá fatalmente, cualquiera que sea su resultado, a una vasta o definitiva liquidación del Imperio turco.

La posición del imperialismo alemán –es decir, esencialmente los intereses del Deutsche Bank– ha colocado en Oriente al Reich alemán en conflicto con todos los demás estados. Sobre todo con Gran Bretaña. Esta no sólo tuvo que ceder a sus rivales alemanes buenos negocios y, por lo tanto,

---

[31] La Guerra de Crimea fue un conflicto bélico entre el Imperio ruso, regido por la dinastía de los Romanov, y la alianza del Reino Unido, el Segundo Imperio francés, el Imperio otomano y el Reino de Cerdeña, que tuvo lugar entre octubre de 1853 y febrero de 1856.

pingües beneficios en Anatolia y Mesopotamia –situación que aceptó resignadamente–, sino que la construcción de ferrocarriles con fines estratégicos y el fortalecimiento del militarismo turco bajo influencia alemana se producían en uno de los puntos más sensibles de la política mundial para Gran Bretaña: en un punto crucial situado entre el Asia central, Persia e India, por una parte, y Egipto por la otra.

> Gran Bretaña –escribe Rohrbach en *El ferrocarril de Bagdad*– sólo puede ser atacada y lesionada gravemente, fuera de Europa, en un lugar: en Egipto. Con Egipto, Gran Bretaña perdería no sólo el dominio sobre el canal de Suez y la comunicación con la India y Asia, sino también probablemente sus posesiones en el África central y oriental. La conquista de Egipto por parte de una potencia musulmana como Turquía podría tener peligrosas repercusiones sobre los sesenta millones de súbditos musulmanes de Gran Bretaña en la India, a los que habría que añadir los de Afganistán y Persia. Pero Turquía sólo puede pensar en Egipto a condición de que disponga de un amplio sistema ferroviario en el Asia Menor y en Siria, que ampliando el ferrocarril de Anatolia, pueda rechazar un ataque inglés en Mesopotamia, que aumente y mejore su ejército, y que progresen favorablemente su situación económica general y sus finanzas.

En su libro *La guerra mundial y la política alemana* aparecido a comienzos de la guerra mundial, dice:

> El ferrocarril de Bagdad tenía la finalidad, desde un principio, de comunicar directamente a Constantinopla y a los principales puntos militares del reino turco en Asia Menor, con Siria y las provincias del Éufrates y del Tigris...

> Estaba previsto, naturalmente, que el ferrocarril, junto a las líneas ferroviarias de Siria y Arabia, en parte sólo proyectadas y en parte en obras ya terminadas, debía garantizar la posibilidad de poder transportar tropas turcas en dirección a Egipto... Nadie negará que, supuesta la alianza germano-turca, y otras condiciones, cuya realización hubiese sido menos sencilla que aquella alianza, el ferrocarril de Bagdad significa para Alemania un seguro de vida político.

Así de claro hablaban los portavoces semioficiosos del imperialismo alemán sobre sus planes e intenciones en Oriente. La política alemana mostraba allí contornos fuertemente expansivos, una tendencia agresiva que ponía en peligro el equilibrio de la política mundial mantenido hasta entonces, y situaba una visible punta de lanza contra Gran Bretaña. La política alemana en Oriente era el resultado concreto a la política naval inaugurada en 1899.

Al mismo tiempo, Alemania, con su programa de integridad para Turquía, entraba en conflicto con los estados balcánicos, cuya culminación histórica y auge interno se identificaban con la liquidación de la Turquía europea. Finalmente, entró en conflicto con Italia, cuyos apetitos imperialistas se dirigían fundamentalmente hacia las posesiones turcas. En la Conferencia de Marruecos, celebrada en Algeciras en 1905[32], Italia se encontraba ya al lado de Gran Bretaña y Francia. Y, seis años después, la expedición italiana a Trípoli, que siguió a la anexión de Bosnia por Austria, fue el preludio de la primera guerra de los Balcanes y signi-

[32] La Conferencia Internacional de Algeciras tuvo lugar en dicha localidad gaditana entre el 16 de enero y el 7 de abril de 1906 (no 1905), para solucionar la llamada Primera Crisis Marroquí que enfrentaba a Francia con Alemania.

ficó el desafío de Italia, la ruptura de la alianza tripartita y el aislamiento de la política alemana también por este lado.

La segunda orientación de los esfuerzos expansionistas alemanes se manifestó en Occidente, en el caso marroquí. En ningún otro aspecto se mostró tan radicalmente el alejamiento de la política de Bismarck. Como es sabido, Bismarck favoreció intencionadamente las aspiraciones coloniales de Francia, con el fin de desviarla de los puntos álgidos en el continente, de Alsacia y Lorena. La nueva orientación de Alemania se dirigía, por el contrario, directamente contra la expansión colonial francesa. Pero la situación objetiva en Marruecos era completamente distinta a la de la Turquía asiática. La presencia de intereses del capital alemán en Marruecos era mínima. Sin duda, durante la crisis de Marruecos, los imperialistas alemanes hicieron mucho ruido en torno a las reivindicaciones de la firma capitalista Mannesmann de Remscheid, que había prestado dinero al sultán de Marruecos, recibiendo a cambio concesiones de explotaciones mineras consideradas como de «interés vital para la patria». Sin embargo, era demasiado claro que ambos grupos capitalistas competidores en Marruecos –tanto el grupo Mannesmann como la sociedad Krupp-Schneider– representaban una combinación internacional de empresas alemanas, francesas y españolas, para hablar en serio y con fundamento de una «esfera de intereses alemanes». Más sistemática fue la decisión y la energía de que dio muestras súbitamente el Reich alemán, en 1905, al dar a conocer su pretensión de cooperar en la solución del asunto de Marruecos y su protesta contra la hegemonía francesa en Marruecos. Era el primer choque en la arena político-mundial con Francia. Todavía en 1895, Alemania, junto con Francia y Rusia, atacaron al victorioso Japón, para impedirle que explotase su victoria sobre China en Shimonoseki. Cinco años más tarde marchaba estrechamente unida a

Francia en la gran falange internacional formada por la expedición de pillaje contra China. Y ahora, en Marruecos, se asistía a un cambio radical de la política alemana en sus relaciones con Francia. Por dos veces, en los siete años que duró la crisis de Marruecos, se estuvo muy cerca de una guerra entre Francia y Alemania; ya no se trataba de la «revancha», de un enfrentamiento continental entre ambos estados. Aquí se manifestaba un nuevo antagonismo debido a los intereses contradictorios de los imperialismos alemán y francés. Como resultado final de la crisis, Alemania se conformó con el territorio francés en el Congo, reconociendo implícitamente que no poseía ni tenía que defender intereses propios en Marruecos. Pero, precisamente por eso, alcanzó una gran importancia política la presencia alemana en la cuestión de Marruecos. El mismo carácter indeterminado de los objetivos y reivindicaciones concretas de la política alemana en Marruecos revelaba lo ilimitado de sus apetitos, de sus intentos en busca de botín; fue una declaración de guerra imperialista contra Francia. La oposición entre los dos estados se manifiesta aquí con meridiana claridad. Por una parte, un desarrollo industrial lento, una población estancada, un Estado de rentistas que invierte principalmente en el extranjero, dueño de un gran imperio colonial que apenas podía mantener; por otra parte, un capitalismo poderoso, joven, que aspira a ocupar el primer puesto y que recorre el mundo a la caza de colonias. Era impensable la ocupación de colonias inglesas. Por eso, las ansias insaciables del imperialismo alemán sólo podían dirigirse, en primer lugar, con excepción de la Turquía asiática, a las posesiones francesas. Estas posesiones ofrecían fácil carnaza para resarcir eventualmente a Italia a costa de Francia por las previsibles veleidades expansionistas de Austria en los Balcanes, y mantenerla en la alianza tripartita ligándola a una empresa común. Que las pretensiones alemanas en Marruecos inquie-

taran al imperialismo francés es natural, si se piensa que Alemania, establecida en cualquier parte de Marruecos, siempre estaría en condiciones de prender fuego por los cuatro costados al imperio norteafricano francés, suministrando armas a una población que vivía en crónico estado de guerra contra los conquistadores franceses. La renuncia y conformidad final de Alemania sólo eliminaron la inmediatez del peligro, pero persistía la inquietud francesa y el antagonismo creado en el plano de la política mundial.

La política alemana en Marruecos no sólo entraba en conflicto con Francia, sino también indirectamente con Gran Bretaña. La súbita presencia del imperialismo alemán, sus pretensiones y el vigor que confirió a su actuación en Marruecos, muy próximo a Gibraltar, uno de los puntos cruciales más importantes de las vías políticas mundiales del imperialismo británico, tenía que ser considerada necesariamente como una manifestación hostil contra Gran Bretaña. Aun desde el simple punto de vista formal, la primera protesta de Alemania se dirigía contra el convenio de 1904 entre Gran Bretaña y Francia sobre Marruecos y Egipto, y la petición alemana aspiraba clara y rotundamente a excluir a Gran Bretaña de todo acuerdo en el caso de Marruecos. Las consecuencias inevitables de esta actitud, respecto a las relaciones anglo-alemanas, no podían ser un secreto para nadie. El corresponsal en Londres del *Frankfurter Zeitung* describe claramente la situación creada en su crónica del 8 de noviembre de 1911:

> Este es el resultado: un millón de negros en el Congo, una gran modorra y un fuerte resentimiento contra la «pérfida Albión». Alemania superará la modorra. Pero, ¿qué pasará respecto a nuestras relaciones con Gran Bretaña? Tal como están, no pueden continuar así, sino que según todo el cálculo de probabilidades histórico, o se

agravarán, conduciendo a la guerra, o mejorarán rápidamente... La expedición del *Panther* fue –como expresaba recientemente y con acierto el corresponsal berlinés del *Frankfurter Zeitung*– un golpe de efecto para demostrar a Francia que Alemania todavía existe... Las repercusiones que esta expedición ha producido aquí no pueden haber sorprendido a nadie en Berlín; al menos, ningún corresponsal de esta ciudad ha dudado de que Gran Bretaña se pondría enérgicamente al lado de Francia. ¡Cómo puede el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* seguir aferrado al tópico de que Alemania debe negociar «sólo con Francia»! Desde hace ya siglos se ha ido configurando en Europa una interrelación cada vez más fuerte de intereses políticos. Cuando un país es maltratado, se cumple la ley política natural que nos rige, según la cual unos se alegran y otros se irritan. Cuando hace dos años los austriacos tuvieron pleito con Rusia a causa de Bosnia, Alemania ocupó el primer plano en «brillante defensa», aunque en Viena, como después se dijo, hubieran preferido arreglar el asunto por sí mismos... Vi incomprensible que se haya podido pensar en Berlín que los ingleses, recién superado un periodo de actitud decididamente antialemana, pudiese dejarse convencer de que nuestras negociaciones con Francia no les afectaban en modo alguno. Se trataba, en último término, de una cuestión de fuerza, pues un codazo, por muy pacífico que quiera aparecer, es un hecho, y nadie puede prever con qué rapidez le seguirá un puñetazo en la boca... Desde entonces la cuestión ha sido menos crítica. En el momento en que hablaba Lloyd George[33] existía, tal como hemos

[33] David Lloyd George (1863-1945) fue un político británico, primer ministro entre 1916 y 1922, durante la última etapa de la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra.

> sido fielmente informados, el grave peligro de una guerra entre Alemania y Gran Bretaña... Teniendo en cuenta la política que desde hace tiempo prosigue sir Edward Grey[34] y sus representantes, cuyas motivaciones no vamos a discutir ahora, ¿cabría esperar acaso de ellos otra actitud ante la cuestión de Marruecos? Nos parece que si Berlín ha tenido en cuenta todo esto, su política está ya juzgada.

De esta forma la política imperialista creó tanto en el Próximo Oriente como en Marruecos un agudo conflicto entre Alemania y Gran Bretaña, así como con Francia. ¿Cuál era el estado de las relaciones entre Alemania y Rusia? ¿Qué es lo que hay en el fondo del enfrentamiento? En el clima de pogromo que se había apoderado de la opinión pública alemana en las primeras semanas de la guerra, se creía cualquier cosa. Se creía que las mujeres belgas sacaban los ojos a los heridos alemanes, que los cosacos comían cera y cogían a los niños por las piernas y los despedazaban; se creía también que el objetivo bélico ruso era la anexión del Reich alemán, aniquilar la cultura alemana e implantar el absolutismo desde el Varta hasta el Rin, desde Kiel hasta Múnich.

El *Chemnitzer Volksstime,* órgano socialdemócrata, escribía el 2 de agosto:

> En estos momentos sentimos todo el deber de luchar, por encima de todo, contra el dominio del látigo ruso. Las mujeres y los niños de Alemania no deben convertirse en

---

[34] Sir Edward Grey (1862- 1933). Político inglés y diplomático, desempeñó un gran papel de mediador en las crisis balcánicas que precedieron a la Primera Guerra Mundial, tratando también de evitar la entrada de Alemania en el conflicto. Asimismo, fue el responsable del tratado secreto por el cual Italia se incorporó al bando aliado.

> víctimas de las brutalidades rusas, ni la nación alemana en presa de los cosacos. Si triunfa la alianza tripartita, no será un gobernador inglés o un republicano francés quienes gobiernen Alemania, sino un zar ruso. Por eso defendemos en estos momentos todo cuanto hay, de cultura y libertad alemanas contra un enemigo implacable y bárbaro.

El *Frankische Tagespost* hacía un llamamiento el mismo día:

> No queremos que los cosacos, que han ocupado ya todos los puestos fronterizos, irrumpan en nuestro país y traigan la destrucción a nuestras ciudades. No queremos que el zar ruso, en cuyo amor por la paz no ha creído la socialdemocracia ni siquiera el día que publicó su manifiesto por la paz, que es el peor enemigo del pueblo ruso, domine sobre cualquier persona de origen alemán.

Y el *Konigsberger Volkszeitung* escribía el 2 de agosto:

> Pero ninguno de nosotros, se encuentre en edad militar o no, puede dudar ni un solo momento que mientras dure la guerra, deba hacer todo lo posible para alejar de nuestras fronteras al infame régimen zarista, pues si triunfara, miles de nuestros camaradas acabarían en las crueles cárceles rusas. Bajo el cetro ruso no queda ni rastro del derecho a la autodeterminación de los pueblos; allí no se permite prensa socialdemócrata; están prohibidas las asociaciones y asambleas socialdemócratas. Y por eso, ninguno de nosotros puede pensar o prever en esta hora si Rusia vencerá o no, sino que todos queremos, a pesar de nuestro odio por la guerra, cooperar para protegernos de los horrores de esos infames que gobiernan en Rusia.

Tendremos ocasión de analizar más de cerca la relación entre la cultura alemana y el zarismo ruso, que representa un capítulo completo de la actitud de la socialdemocracia alemana en esta guerra. Por lo que concierne a las veleidades anexionistas del zar con respecto al Reich alemán, podría suponerse igualmente que Rusia intenta anexionarse Europa, también, quizá, la Luna. En la guerra actual se trata fundamentalmente de la existencia de dos estados: Bélgica y Serbia. Contra los dos se dirigieron los cañones alemanes proclamando que estaba en juego la existencia de Alemania. No se puede discutir con fanáticos del asesinato ritual. Pero para la gente que no tenga en cuenta los instintos del populacho ni las burdas consignas que la difamatoria prensa nacionalista le dirige al populacho, sino simplemente el punto de vista político, ve claramente que el zarismo ruso tenía tanta probabilidad de anexionarse a Alemania como la Luna. A la cabeza de la política rusa se encuentran canallas consumados, pero no locos; y la política del absolutismo, dentro de sus peculiares características, tiene en común con cualquier otra que no se mueve en las nubes, sino en el mundo de las posibilidades reales, en el espacio donde las cosas chocan duramente entre sí. Y en lo que concierne a la temida detención y deportación a perpetuidad de los camaradas alemanes en Siberia, como a la implantación del absolutismo ruso en el Reich alemán, los políticos del sanguinario zar son, pese a toda su inferioridad intelectual, mejores materialistas históricos que nuestros periodistas del partido. Estos políticos saben muy bien que una forma de Estado no puede «introducirse» a capricho no importa dónde, sino que toda forma de Estado corresponde a una base determinada económico-social; saben por experiencia propia y amarga que hasta en la misma Rusia las condiciones de su dominación están a punto de desaparecer; saben también

que la reacción dominante en cada país sólo puede soportar y exige las formas que le convienen, y que la especie de absolutismo que corresponde a las relaciones alemanas de clases y partidos es el Estado policiaco de los Hohenzollern y el derecho electoral censitario prusiano. Considerando objetivamente las cosas, no existía el menor motivo de preocupación de que el zarismo ruso, aun en el improbable caso de su victoria total, intentaría seriamente destruir estos productos de la cultura alemana.

En realidad, los antagonismos entre Rusia y Alemania se desarrollaban en un plano completamente distinto. No se enfrentaban en el plano de la política interior, que, por el contrario, gracias a sus tendencias comunes e íntima afinidad había fundamentado una antigua y secular amistad entre ambos Estados, sino, en contra y a pesar de la solidaria política interior, en el terreno de la política exterior, en el terreno de la política de conquistas a nivel mundial.

Al igual que en los estados occidentales, el imperialismo ruso se compone de elementos muy diversos. Pero su característica más destacada no es, como en Alemania y Gran Bretaña, la expansión económica del capital sediento de acumulación, sino el interés político del Estado. Es verdad que la industria rusa –como es típico, en general, de toda producción capitalista– exporta (a causa de la debilidad de su mercado interior) a Oriente, China, Persia y al Asia central, y que el gobierno zarista trata de fomentar por todos los medios estas exportaciones como fundamento conveniente de su «esfera de intereses». Pero en este caso la política estatal es la parte impulsora, no la impulsada. Por un lado, en las tendencias de conquista del zarismo se manifiesta la expansión tradicional de un poderoso imperio, cuya población abarca hoy 170 millones de hombres y que trata de alcanzar, por motivos tanto económicos como estratégi-

cos, el acceso libre a los mares, al océano Pacífico en Oriente y al Mediterráneo en el Sur. Por otro lado, la pervivencia del absolutismo exige la necesidad de mantener una posición que imponga respeto en la concurrencia general de los grandes estados a nivel de la política mundial para asegurarse el crédito financiero del capitalismo extranjero, sin el cual el zarismo no puede vivir. A esto se añade finalmente, como en todas las monarquías, el interés dinástico que, dada la oposición cada vez más aguda entre el régimen y la gran masa de la población, necesita mantener su prestigio en el extranjero y distraer la atención de las dificultades internas, como instrumento indispensable de su política.

Sin embargo, cobran cada vez más importancia los intereses burgueses modernos como factor del imperialismo en el Imperio zarista. El joven capitalismo ruso, que bajo el régimen absolutista no puede alcanzar, como es natural, su completo desarrollo ni salir, en general, de la fase del primitivo sistema de saqueo, ve ante sí un brillante futuro por las inconmesurables fuentes naturales de este gigantesco Imperio. No cabe la menor duda de que en cuanto Rusia se desembarace del absolutismo –supuesto que el nivel internacional de la lucha de clases le otorgue todavía ese plazo– se desarrollará rápidamente hasta convertirse en el primer Estado capitalista moderno. Es la previsión de ese futuro y, por decirlo así, como adelanto de la avidez de acumulación, lo que llena a la burguesía rusa de un ímpetu marcadamente imperialista y que la hace manifestar con ardor sus pretensiones en el reparto del mundo. Este ímpetu histórico encuentra, al mismo tiempo, apoyo en los intereses actuales muy poderosos de la burguesía rusa. En primer lugar, los intereses evidentes de la industria de armamento y sus distribuidores; en Rusia desempeña también un papel muy importante la industria pesada fuertemente organizada en cárteles. En segundo lugar, el antagonis-

mo con el «enemigo interno», con el proletariado revolucionario, ha revalorizado especialmente la estima de la burguesía rusa por el militarismo y por los efectos desorientadores del evangelio de la política mundial, y obligado a cerrar filas tras el régimen contrarrevolucionario. El imperialismo de los círculos burgueses en Rusia, particularmente de los liberales, ha crecido en la atmósfera tormentosa de la revolución y le ha prestado características más actuales en este bautizo moderno de la política exterior tradicional del Imperio zarista.

El objetivo principal de la política tradicional del zarismo y de la burguesía rusa actual son los Dardanelos, que, según el conocido dicho de Bismarck, representan la clave de las posesiones rusas en el mar Negro. En pos de este objetivo, Rusia ha sostenido desde el siglo XVIII toda una serie de sangrientas guerras con Turquía, aceptando la misión de libertadora en los Balcanes y produciendo, a su servicio, enormes montañas de cadáveres en Ismail, en Navarin, en Sinope, Silistra y Sebastopol, en Plevna y Chipka. La defensa de los hermanos eslavos y cristianos contra las crueldades turcas actuó en el *mujik* ruso como leyenda bélica con la misma fuerza que actúa hoy en la socialdemocracia alemana la defensa de la cultura alemana y el temor ante las crueldades rusas. La burguesía rusa sentía más entusiasmo por las perspectivas en el Mediterráneo que por la misión civilizadora en Manchuria y Mongolia. La guerra japonesa fue criticada duramente por la burguesía liberal como una absurda aventura, porque desviaba la política rusa de su más importante tarea: los Balcanes. Pero en otro sentido, la desgraciada guerra contra el Japón produjo el mismo efecto. La expansión del poderío ruso en Asia oriental y central, hasta el Tíbet y su penetración en Persia, tenía que inquietar vivamente al vigilante imperialismo inglés. Preocupada por el enorme Imperio indio, Gran Bretaña seguía con creciente desconfianza los avances

asiáticos del Imperio zarista. De hecho, el antagonismo anglorruso en Asia a comienzos de siglo era la contradicción político-mundial más fuerte de la coyuntura internacional y se convertirá probablemente, después de la actual guerra mundial, en el foco del futuro desarrollo imperialista. La estrepitosa derrota de Rusia en 1904 y el estallido revolucionario modificaron la situación. Al visible debilitamiento del Imperio zarista siguió la distensión con Gran Bretaña, que condujo en 1907 a un acuerdo sobre el reparto de Persia y a relaciones de buena vecindad en Asia central. Todo esto contribuyó, por lo pronto, a debilitar los impulsos de Rusia hacia las grandes empresas en Oriente, y su energía se dirigió con más fuerza a su antiguo objetivo: la política balcánica. Y fue aquí donde la Rusia zarista, después de un siglo de fiel y bien fundada amistad, entró, por vez primera, en doloroso conflicto con la civilización alemana. El camino hacia los Dardanelos pasaba por el cadáver de Turquía, pero Alemania consideraba, desde hacía ya una década, que su tarea político-mundial más importante era mantener la integridad de este cadáver. Ciertamente, los métodos de la política rusa en los Balcanes tuvieron sus altibajos, y Rusia también defendió durante algún tiempo –irritada por el «desagradecimiento» de los liberales eslavos de los Balcanes, que intentaban romper su dependencia del Imperio zarista– el programa de la «integridad» de Turquía, sobreentendiéndose que el reparto habría de ser aplazado para tiempos más favorables. Pero ahora la liquidación final de Turquía correspondía tanto a los planes de Rusia como a los de la política inglesa, que, para fortalecer sus propias posiciones en la India y Egipto, trataba de unificar en un solo imperio mahometano, bajo el cetro británico, los dos territorios turcos que estaban en medio: Arabia y Mesopotamia. De esta forma, el imperialismo ruso tropezaba en Oriente, como antes el inglés, con el imperia-

lismo alemán, que había puesto pie en el Bósforo en su papel de protector y beneficiario privilegiado del desmoronamiento turco.

La política rusa en los Balcanes chocaba con Austria aún más directamente que con Alemania. El imperialismo austriaco es el complemento político del imperialismo alemán, su hermano siamés, y su perdición al mismo tiempo.

Alemania, que con su política mundial se ha aislado en todas las direcciones, encuentra su único aliado en Austria. La alianza con Austria es antigua, establecida por Bismarck ya en 1879, pero ha cambiado desde entonces completamente su carácter. Lo mismo que el enfrentamiento con Francia, la alianza con Austria adquirió un nuevo contenido en el curso del desarrollo de las últimas décadas. Bismarck pensaba únicamente en la defensa de las posesiones conquistadas en las guerras de 1864 a 1870. La alianza tripartita constituida por él tenía un carácter fundamentalmente conservador; significaba que Austria debía renunciar definitivamente a entrar en la confederación de estados alemanes; el reconocimiento de la situación creada por Bismarck; la ratificación de la división nacional de Alemania y de la hegemonía militar de la Gran Prusia. Las tendencias austriacas hacia los Balcanes contrariaban tanto a Bismarck como las adquisiciones alemanas en Sudáfrica. En sus *Pensamientos v Recuerdos* dice:

> Es natural que los habitantes de la cuenca del Don tengan necesidades y planes que sobrepasan los límites actuales de la monarquía; y la Constitución alemana del Reich muestra el camino por el que puede llegar Austria a reconciliar sus intereses políticos y materiales existentes entre la frontera oriental del pueblo rumano y la bahía de Cátaro. Pero no es tarea del Reich alemán disponer de la vida y la

> hacienda de sus súbditos para la realización de los deseos de un vecino.

Declarando también, en otra ocasión, más drásticamente, en célebres palabras, que Bosnia no valía la vida de un ganadero de Pomerania. Que Bismarck no pensara, de hecho, en poner la alianza tripartita al servicio de las aspiraciones expansionistas austriacas, lo demuestra el «Tratado de seguridad», firmado en 1884 con Rusia, según el cual el Reich alemán, en caso de guerra entre Rusia y Austria, no se pondría de parte de esta última, sino que mantendría una «amistosa neutralidad».

Desde que se produjo el viraje imperialista en la política alemana, se modificaron también sus relaciones con Austria. Austria-Hungría se encuentra entre Alemania y los Balcanes, o sea, en el cambio hacia el foco de la política alemana en Oriente. Pero tener a Austria como enemiga, dado el aislamiento general en que había caído Alemania con su política, equivalía a renunciar a todos los planes respecto de su política mundial. Pero aun en el caso del debilitamiento y de la ruina de Austria-Hungría, que implicaría la liquidación inmediata de Turquía y un gran fortalecimiento de Rusia, de los Estados de los Balcanes y de Gran Bretaña, se produciría la realización de la unidad territorial nacional y el reforzamiento de Alemania; pero la política imperialista del Reich alemán sería condenada a muerte. La salvación y conservación de la monarquía de los Habsburgo pasaron a ser lógicamente una tarea accesoria del imperialismo alemán, del mismo modo que el mantenimiento de Turquía fue esa tarea principal.

Pero Austria significa un permanente y latente estado de guerra en los Balcanes. Desde que el proceso irreversible de la disolución de Turquía condujera a la formación y fortalecimiento de los estados balcánicos en la inmediata proximi-

dad de Austria, comenzó también el conflicto entre el estado de los Habsburgo y sus jóvenes vecinos. Es evidente que el nacimiento de estados nacionales independientes y capaces de supervivencia en vecindad de una monarquía, configurada por fragmentos de esas mismas nacionalidades, a las que sólo sabe gobernar bajo la férula de las disposiciones dictatoriales, debía acelerar su descomposición. La incapacidad interna de Austria se mostró en su política balcánica y especialmente en sus relaciones con Serbia. Austria, a pesar de sus apetitos imperialistas, que se orientaban indiscriminadamente ya hacia Salónica ya hacia Durazzo, no estaba en condiciones de anexionarse Serbia, ni siquiera cuando no había aún alcanzado el crecimiento y la expansión, resultado de las dos guerras de los Balcanes. Con la incorporación de Serbia, Austria habría fortalecido en su seno de manera peligrosa a una de las nacionalidades eslavas más rebeldes del Sur, a la que apenas hubiese podido refrenar a pesar del régimen estúpido y brutal de su reacción.

Sin embargo, Austria no podía tolerar el desarrollo autónomo de Serbia, ni la obtención de beneficios mediante relaciones comerciales normales; la monarquía de los Habsburgo no es la organización política de un Estado burgués, sino únicamente un sindicato inconexo de algunas camarillas de parásitos sociales que quieren recoger a manos llenas, utilizando los medios de poder estatales, mientras se mantenga el podrido tinglado de la monarquía.

En interés de los agricultores húngaros y con el fin de encarecer artificialmente los productos del campo, Austria prohibió a Serbia la exportación de ganado y fruta, privando a este país agrícola del mercado principal de sus productos. En beneficio de los industriales cárteles austriacos obligó a Serbia a importar productos industriales a precios elevadísimos únicamente de Austria. Con el fin de mantener a Serbia en una

dependencia económica y política, le impidió procurarse en el Oeste, mediante una alianza con Bulgaria, el acceso al mar Negro, y en el Occidente, mediante la adquisición de un puerto en Albania, el acceso al Adriático. La política de Austria en los Balcanes se orientaba al estrangulamiento de Serbia. Trataba, al mismo tiempo, de impedir todo acercamiento mutuo y el auge interno de los estados balcánicos en general, que constituía para ella un peligro permanente. El imperialismo austriaco amenazaba continuamente la existencia y las posibilidades de desarrollo de los estados balcánicos, tanto con la anexión de Bosnia como por sus pretensiones en Sandschak, Novibazar y Salónica, en la costa albanesa. En aras de estas tendencias austriacas, y debido a la competencia italiana, después de la segunda guerra de los Balcanes, fue creada la imagen ridícula de una «Albania independiente» bajo un príncipe alemán, que desde el primer momento no fue más que un juguete de las intrigas de los rivales imperialistas.

De esta forma, la política imperialista de Austria en la última década se convirtió en un freno para el normal desarrollo de los Balcanes y condujo por sí misma al inevitable dilema: ¡O la monarquía de los Habsburgo o el desarrollo capitalista de los estados balcánicos! Los Balcanes, que se habían emancipado de la dominación turca, se veían enfrentados a una segunda tarea: eliminar el obstáculo austriaco. La liquidación de Austria-Hungría. Históricamente no es más que la prosecución del derrumbamiento de Turquía y de la necesidad del proceso de evolución histórica.

Pero este dilema no tenía otra solución que la guerra, y, en este caso, la guerra mundial. Tras Serbia se encontraba Rusia, que ni podía renunciar a su influencia en los Balcanes ni a su papel de «protector», sin comprometer todo su programa imperialista en Oriente. En contradicción directa con la política austriaca, la política rusa estaba orientada a

fusionar los estados balcánicos, naturalmente, bajo un protectorado ruso. La Confederación balcánica, cuya guerra victoriosa en 1912 casi había acabado con la Turquía europea, era obra de Rusia, y en sus intenciones entraba dirigir sus fuerzas principalmente contra Austria. Bien es verdad que, pese a todos los esfuerzos de Rusia, la Confederación balcánica se fragmentó rápidamente en la segunda guerra de los Balcanes, pero Serbia, que resultó victoriosa de esa guerra, estaba obligada a la alianza con Rusia en la medida en que Austria se convertía en su enemigo mortal. Alemania, unida al destino de la monarquía de los Habsburgo, se vio obligada a dar su apoyo a la política archirreaccionaria de esta en los Balcanes y enfrentarse a Rusia en un conflicto doblemente agudo.

La política austriaca en los Balcanes condujo además al enfrentamiento con Italia, que estaba vivamente interesada en la liquidación tanto de Austria como de Turquía. El imperialismo italiano encuentra, en las posesiones austriacas en Italia, el pretexto más próximo y cómodo, por ser el más popular, para sus apetitos expansionistas, que, dado el nuevo orden de cosas en los Balcanes, se dirigen sobre todo hacia las cercanas costas albanesas del Adriático. La alianza tripartita, que ya en la guerra de Trípoli había sufrido un duro golpe, se desmorona completamente por la aguda crisis que siguió a las dos guerras balcánicas, enfrentando a las dos potencias centrales con todo el mundo. El imperialismo alemán, encadenado a dos cadáveres putrefactos, caminaba en la línea recta hacia la guerra mundial.

El camino hacia la guerra era, por otra parte, completamente consciente. Austria era la principal fuerza impulsora, que corría ciega y fatalmente hacia su perdición desde hacía años. Su camarilla dominante, clerical y militar, con el archiduque Francisco Fernando, y su hombre de confianza, el barón Von Chlumezki a la cabeza, buscaba afanosamente

pretextos para lanzarse al ataque. En 1909, para desatar el necesario furor bélico en los países alemanes, hizo preparar por el profesor Friedmann los célebres documentos que ponían al descubierto una extendida y diabólica conjura, de los serbios contra la monarquía de los Habsburgo, y que sólo tenían el pequeño defecto de estar falsificados desde la A a la Z. Algunos años más tarde, la noticia diariamente difundida del terrible martirio a que estaba sometido el cónsul austriaco Prohaska en Usküb, habría de ser la chispa que cayera sobre el barril de pólvora; mientras tanto Prohaska, feliz y contento, se paseaba silbando por las calles de Usküb. Finalmente, se produjo el atentado de Sarajevo, un auténtico crimen indignante y largamente deseado. «Si un sacrificio ha tenido alguna vez un efecto liberador y redentor, fue en esta ocasión», gritaron jubilosos los portavoces del imperialismo alemán. Los imperialistas austriacos gritaron más fuerte y decidieron utilizar los cadáveres de los archiduques mientras estaban aún frescos.

Tras el rápido entendimiento con Berlín, se acordó la guerra y se envió el ultimátum que sería la antorcha que prendería fuego por los cuatro costados al mundo capitalista.

El incidente de Sarajevo no hizo más que proporcionar el pretexto. Las causas y los antagonismos que llevaban a la guerra estaban maduros desde hacía ya mucho tiempo; el panorama que presenciamos hoy estaba listo desde hacía una década. Cada año y cada acontecimiento político de los últimos tiempos la acercaban un poco más: la revolución turca, la anexión de Bosnia, la crisis de Marruecos, la expedición de Trípoli, las dos guerras de los Balcanes. Todos los proyectos militares de los últimos años estaban directamente relacionados con esa guerra, su preparación consciente para el inevitable ajuste de cuentas general. Por cinco veces, en el curso de los últimos años, estuvo a punto de estallar la actual guerra: en el verano

de 1905, cuando Alemania anunció por primera vez, de manera perentoria, sus pretensiones en Marruecos; en el verano de 1908, cuando Rusia, Gran Bretaña y Francia, después del encuentro de los monarcas en Reval debido a la cuestión macedónica, querían enviar un ultimátum a Turquía, y Alemania estaba dispuesta a lanzarse a la guerra en su defensa, que sólo impidió la súbita irrupción de la revolución turca; a comienzos de 1909, cuando Rusia respondía con la movilización ante la anexión austriaca de Bosnia, y que dio ocasión para que Alemania declarase formalmente en San Petersburgo que estaba dispuesta a ir a la guerra al lado de Austria; en el verano de 1911, cuando el *Panther* fue enviado a Agadir, y que hubiera provocado el desencadenamiento de la guerra si Alemania no hubiera renunciado a su parte en Marruecos y dejado indemnizar con el Congo; y, finalmente, a comienzos de 1913, cuando Alemania, ante la proyectada invasión de Rusia en Armenia, declaró formalmente, por segunda vez, en San Petersburgo, que estaba preparada para la guerra.

La actual guerra mundial flotaba en el aire desde hacía ocho años. Si fue aplazada una y otra vez, se debió únicamente a que cada una de las partes contendientes no había acabado todavía los preparativos militares. La aventura del *Panther* en 1911 hizo madurar particularmente la actual guerra mundial...; sin el asesinato de la pareja archiducal, sin aviones franceses sobre Núremberg y sin invasión rusa en Prusia oriental, Alemania no hizo más que postergarla hasta el momento que le pareció oportuno. Basta con leer las francas declaraciones de los imperialistas alemanes:

> Los llamados círculos «panalemanes» reprochaban la debilidad de la política alemana durante la crisis de Marruecos en 1911; para acabar con esta falsa idea es necesario recordar que cuando enviamos el *Panther* a Agadir, la reconstrucción

> del canal del Báltico se encontraba en plena obra, que estaban lejos de terminarse las obras que harían de Helgoland una gran base naval, y que la relación de fuerzas entre nuestra flota y la potencia naval inglesa en acorazados y armamento auxiliar nos era más desfavorable que tres años más tarde. Tanto el canal como Helgoland, o el poderío de nuestra flota, se encontraban en comparación con el presente año de 1914 en gran parte muy atrasados y en parte todavía inutilizables para la guerra. En situación tal, y sabiendo que algo más tarde se tendrían oportunidades mucho más favorables, hubiera sido sencillamente una locura haber querido provocar una guerra decisiva.

En primer lugar, era necesario acondicionar la flota alemana e imponer en el Reichstag los grandes proyectos militares. En el verano de 1914, Alemania se sentía preparada para la guerra, mientras que en Francia se trabajaba todavía para lograr el servicio militar de tres años, y Rusia no tenía listos ni el programa naval ni el del ejército de tierra. Se trataba de aprovechar la situación. El mismo Rohrbach, que no sólo es el portavoz más serio del imperialismo alemán, sino casi su portavoz oficioso, por sus contactos directos con los círculos dirigentes de la política alemana, escribe refiriéndose a la situación alemana de 1914:

> Nuestra principal preocupación, tanto para Alemania como para Austria-Hungría, consistía en que, debido a la temporal y aparente actitud conciliadora de Rusia, podíamos vernos obligados a esperar hasta que Rusia y Francia estuviesen verdaderamente preparadas.

Con otras palabras: la preocupación principal en julio de 1914 era que la «acción por la paz» del gobierno alemán

pudiera tener éxito, que Rusia y Serbia pudiesen ceder. Se trataba de obligarlas a la guerra. Tuvimos éxito: «Con profundo dolor vimos cómo fracasaban nuestros incansables esfuerzos dirigidos al mantenimiento de la paz mundial...».

Cuando los batallones alemanes invadieron Bélgica, cuando el Reichstag alemán fue colocado ante el hecho consumado de la guerra y del estado de sitio, no había por qué sentirse sorprendidos, puesto que no se trataba de algo inesperado, de una situación inaudita, de un acontecimiento que pudiera significar, por sus nexos políticos, una sorpresa para la fracción socialdemócrata. La guerra mundial comenzada oficialmente el 4 de agosto era la misma por la que trabajaba incansablemente desde hacía décadas la política imperialista alemana e internacional; la misma cuya proximidad profetizaba cada año, desde hacía una década, la socialdemocracia alemana con igual e incansable insistencia; la misma que condenaron miles de veces los parlamentarios, los periódicos y los folletos socialdemócratas como un frívolo crimen imperialista, que no tenía nada que ver ni con la civilización, ni con los intereses nacionales, sino que, más bien, estaba en contradicción con ambos.

Y, efectivamente, en esta guerra no se trataba de «la existencia y del desarrollo libre de Alemania», como se dice en la declaración de la fracción socialdemócrata, ni tampoco se trataba de la civilización alemana, como escribe la prensa socialdemócrata, sino de los beneficios actuales del Deutsche Bank en la Turquía asiática y de los futuros de los Mannesmann y los Krupp en Marruecos; estaba en juego la existencia de Austria y de su régimen reaccionario, de ese «montón de podredumbre organizada que se llamaba monarquía de los Habsburgo», como escribía el *Vorwarts* del 25 de julio de 1914; los cerdos y las ciruelas húngaros; el parágrafo 14 y la cultura Friedmann-Prohaska; el manteni-

miento del poder turco de los *baschibuzukis* en Asia Menor y la contrarrevolución en los Balcanes.

Una gran parte de nuestra prensa del partido se encontraba moralmente indignada porque los enemigos de Alemania llevaran a la guerra a «gentes de color y a los salvajes», negros, sijs y maoríes. Pues bien, esos pueblos desempeñan en la guerra actual aproximadamente el mismo papel que el desempeñado por los proletarios socialistas de los estados europeos. Y si los maoríes de Nueva Zelanda, según los informes de *Reuter,* ardían en deseos de dejarse romper la crisma por el rey inglés, demostraban poseer igual conciencia de sus intereses propios que la fracción alemana socialdemócrata, cuando confundía la conservación de la monarquía de los Habsburgo, de Turquía y de los tesoros del Deutsche Bank con la existencia, la libertad y la cultura del pueblo alemán. Pese a todo, existe una gran diferencia: hace una generación, los maoríes se dedicaban al canibalismo y no a la teoría marxista.

V. El zarismo

¡Pero el zarismo! En los primeros momentos de la guerra este fue indudablemente el factor que decidió la política del partido. La declaración socialdemócrata planteaba la consigna ¡abajo el zarismo! Y con esto la prensa socialista ha entablado una lucha por la cultura europea.

El *Frankfurter Volksstimme* del 31 de julio dijo:

> La socialdemocracia alemana siempre ha odiado al zarismo por ser el sangriento guardián de la reacción europea: desde que Marx y Engels siguieron con ojos clarividentes cada movimiento de este gobierno bárbaro, hasta el día de hoy, en que sus cárceles están repletas de presos políticos y sin embargo tiembla ante cada movilización obrera. Ha llegado la hora en que debemos arreglar cuentas con estos terribles canallas, bajo la bandera de guerra alemana.

El *Pfälzische Post* de Ludwighafen escribió el mismo día: «Este es un principio formulado por primera vez por nuestro Auguste Bebel. Es la lucha de la civilización contra la barbarie y en esta lucha el proletariado cumplirá con su cometido».

El *Münchener Post* del 1 de agosto decía: «Cuando se trata de defender a la patria del zarismo sediento de sangre, no seremos ciudadanos de segunda clase».

El *Halle Volksblatt* escribió el 5 de agosto:

> Si es así, si Rusia nos ha atacado, y todo parece corroborarlo, la socialdemocracia debe por supuesto votar a favor de la defensa por todos los medios. ¡Debemos luchar con todas nuestras fuerzas para echar al zarismo de nuestro país!

Y el 18 de agosto:

> Ahora que la suerte está echada a favor de la espada, no es sólo el deber de la defensa nacional y la existencia nacional el que pone el arma en nuestras manos al igual que en la de todo alemán, sino que comprendemos que al combatir al enemigo que viene del este, golpeamos al enemigo de toda cultura y progreso [...] La caída de Rusia es sinónimo de victoria de la libertad en Europa.

El *Braunschweiger Volksfreund* del 5 de agosto escribió:

> La fuerza irresistible de los preparativos bélicos barre todo lo que encuentra a su paso. Pero el movimiento obrero consciente no obedece a una fuerza foránea sino a sus propias convicciones, cuando defiende la tierra del ataque proveniente del este.

El *Essener Arbeiterzeitung* del 3 de agosto:

> Si la decisión rusa amenaza al país, entonces los socialdemócratas, puesto que la lucha es contra el sanguinario zarismo ruso, contra el perpetrador de millones de crímenes de lesa humanidad y cultura, no permitirán que nadie los supere en el cumplimiento de su deber, en su disposi-

> ción al sacrificio. ¡Abajo el zarismo! ¡Abajo la patria de la barbarie! ¡Sea esta nuestra consigna!

Asimismo el *Bielefelder Volkswacht* del 4 de agosto dice: «En todas partes, el mismo grito: ¡Abajo el despotismo y la mala fe de Rusia!».

El periódico del partido en Elberfeld decía el 5 de agosto:

> Toda Europa occidental tiene un interés vital en eliminar al zarismo podrido y asesino. Pero este interés humano está aplastado bajo la avidez de Gran Bretaña y Francia de controlar sus ganancias, posibilitadas por el capital alemán.

El *Rheinische Zeitung* de Colonia:

> Cumplid vuestro deber, amigos, dondequiera que el destino os envíe. Lucháis por la civilización europea, por la independencia de vuestra patria, por vuestro propio bienestar.

El *Schleswig-Holsteinische Volkszeitung* del 7 de agosto:

> Desde luego que vivimos en la era del capitalismo. Desde luego que la lucha de clases continuará cuando termine la gran guerra. Pero estas luchas de clases serán libradas en un estado más libre, quedarán mucho más relegadas al terreno económico que antes. En el futuro, una vez vencido el zarismo ruso, será imposible tratar a los socialdemócratas de parias, de ciudadanos de segunda clase, desprovistos de derechos políticos.

El 11 de agosto el *Hamburger Echo* proclamó: «Luchamos no tanto para defendernos de Francia y Gran Bretaña

como contra el zarismo. Pero libramos esta guerra con todo entusiasmo, porque es una guerra por la civilización».

Y el 4 de septiembre el órgano del partido de Lübeck declaraba: «Si se salva la libertad europea, Europa deberá agradecérselo a las armas germanas. Nuestra lucha es contra el peor enemigo de toda libertad, de toda democracia».

Así sonaba y resonaba el coro de la prensa del partido alemán.

Al comienzo de la guerra, el gobierno alemán aceptó la ayuda ofrecida. Con todo aplomo ciñó el laurel de salvador de la cultura europea a su casco. Sí, trató de desempeñar el papel de «libertador de naciones», aunque frecuentemente con manifiesta incomodidad y torpeza. Aduló a los polacos y judíos de Rusia, y lanzó una nación contra otra, utilizando la política que con tantos éxitos la había coronado en la guerra colonial, donde una y otra vez levantaba un jefe contra otro. Y los socialdemócratas siguieron cada cabriola y salto del imperialismo alemán con notable agilidad. Mientras el bloque parlamentario encubría cada acto vergonzoso con un discreto silencio, la prensa socialdemócrata llenaba la atmósfera de jubilosos cánticos, regodeándose en la libertad que las «culatas alemanas» habían traído a las pobres víctimas del zarismo.

Hasta el órgano teórico del partido, *Die Neue Zeit,* dijo el 28 de agosto:

> La población de las fronteras del reino del «padrecito» [el zar] recibió a las tropas germanas con clamoroso júbilo. Porque para estos polacos y judíos la única concepción de patria está asociada a la corrupción y el reino del látigo. ¡Qué pobres diablos, qué criaturas sin patria verdadera, estos súbditos oprimidos del sanguinario Nicolás! Por más que lo deseen nada tienen que defender sino sus cadenas. Y así viven y trabajan, esperando y deseando que los fusiles

> alemanes, portados por alemanes, vengan a aplastar todo el sistema zarista... En la clase obrera alemana subsiste un propósito claro y definido, aunque una guerra mundial truene sobre su cabeza. Se defenderá de los aliados occidentales de la barbarie rusa hasta concluir una paz honorable y proseguir a la tarea de destruir el zarismo hasta el último aliento de hombres y bestias.

El bloque socialdemócrata caracterizó la guerra como de defensa de la nación alemana y la cultura europea, después de lo cual la prensa socialdemócrata procedió a bautizarla «salvadora de las naciones oprimidas». Hindenburg pasó a ser el albacea de Marx y Engels.

La memoria le ha jugado una mala pasada a nuestro partido. Olvidó sus principios, sus compromisos, las resoluciones de los congresos internacionales, precisamente en el momento en que debía ponerlos en práctica. Y, para su gran infortunio, recordó la herencia de Karl Marx y le sacudió el polvo de los años en el momento en que solamente podía servir para decorar el militarismo prusiano, por cuya destrucción Karl Marx estaba dispuesto a sacrificar «hasta el último aliento de hombres y bestias». Cuerdas largamente olvidadas que Marx había pulsado en el *Neue Reinische Zeitung* contra el Estado vasallo de Nicolás I, durante la revolución alemana de marzo de 1848, volvieron a sonar nuevamente en los oídos de la socialdemocracia alemana en el año de gracia de 1914, llamándolos a las armas, codo a codo con los *junkers* prusianos, contra la Rusia de la gran revolución de 1905.

Es allí donde se debió haber efectuado la revisión; se deberían haber puesto las consignas de la revolución de marzo a tono con la experiencia histórica de los últimos setenta años.

En 1848 el zarismo ruso era, en verdad, «el guardián de la reacción europea». Producto de las condiciones sociales

rusas, firmemente arraigadas en su estado medieval, agrícola, el absolutismo era el protector y a la vez el gran rector de la reacción monárquica. Este era más débil, sobre todo en Alemania, allí donde imperaba un sistema de estados pequeños. Todavía en 1851 le era posible a Nicolás I asegurarle a Berlín por intermedio del cónsul prusiano Von Rochow «que a él verdaderamente le hubiese complacido ver la revolución destruida desde sus cimientos cuando el general Von Wrangel marchó sobre Berlín en noviembre de 1848». En otra época, el zar advirtió a Manteuffel que «confiaba en que el gabinete imperial, presidido por Su Alteza, defendería los derechos de la corona contra las cámaras y observaría el debido respeto para con los principios del conservadorismo». El mismo Nicolás I llegó a otorgar la Orden de Alexander Nevski a un presidente del gabinete prusiano en reconocimiento de sus «esfuerzos constantes por mantener el orden legal en Prusia».

La Guerra de Crimea obró un cambio notable en este sentido. Provocó la bancarrota militar y por tanto la derrota política del viejo sistema. El absolutismo ruso se vio obligado a conceder reformas, modernizar su gobierno, adaptarse a las condiciones capitalistas. Así le tendió su meñique al diablo, que le ha tomado el brazo y eventualmente le tomará el cuerpo entero. La Guerra de Crimea fue, digámoslo al pasar, un ejemplo aleccionador sobre el tipo de liberación que se le puede dar a un pueblo pisoteado «por la fuerza de las armas». La derrota militar en Sedán le dio a Francia su república. Pero esta república no fue obsequio de la soldadesca de Bismarck: Prusia, en esa época al igual que ahora, no le puede dar a otros pueblos sino su propio sistema feudal. La Francia republicana fue el fruto maduro de las luchas sociales internas y de tres revoluciones que la precedieron. El choque en Sebastopol tuvo efectos similares al de

Jena[35]. Pero como en Rusia no había movimiento revolucionario, condujo a la renovación externa y afirmación del viejo régimen.

Pero las reformas que le abrieron el camino al desarrollo capitalista de Rusia en la década del sesenta sólo fueron posibles con el dinero de un sistema capitalista. Este dinero provino del capital del oeste de Europa. Vino de Alemania y Francia y creó una relación que aún subsiste. El absolutismo ruso ya no recibe subsidios de la burguesía europea occidental. Ni tampoco el rublo ruso «va rodando por los salones diplomáticos –como se lamentaba amargamente el rey Guillermo de Prusia en 1854– hasta la propia cámara real». Por el contrario, el dinero alemán y francés se va rodando a Petrogrado a alimentar a un régimen que hubiera dado su último aliento hace tiempo si no fuera por este jugo vital. El zarismo ruso ya no es el producto de las condiciones rusas; sus raíces se hunden ahora en el capitalismo de Europa occidental. Y esta relación cambia de década en década. En la misma medida en que se va destrozando la vieja raíz rusa del absolutismo ruso, su nueva raíz europea se va fortaleciendo. Además de prestarle apoyo financiero, Alemania y Francia, desde 1870, han competido en su envío de apoyo político. A medida que surgen fuerzas revolucionarias del seno del pueblo ruso para combatir al absolutismo, estas se estrellan contra la creciente resistencia de la Europa occidental, siempre dispuesta a prestarle al zarismo acechado su apoyo moral y político. De modo que, cuando al comienzo de la década de los años ochenta el viejo movimiento socialista ruso conmovió severamente al gobierno zarista y destruyó parcialmente su autoridad interna y exterior,

---

[35] Se refiere a la derrota de Prusia en octubre de 1806, que supuso el hundimiento del Estado prusiano ante Napoleón I.

Bismarck cerró su tratado con Rusia y fortaleció su posición en la política internacional.

El desarrollo capitalista, que alimentó y mimó el zarismo con sus propias manos, finalmente rindió sus frutos: en la década de los años noventa surgió el movimiento revolucionario del proletariado ruso. El viejo «guardián de la reacción» se vio forzado a conceder una constitución insípida, a buscar un nuevo protector que lo resguardara de la marea en ascenso en su propio país. Y halló este protector: Alemania. La Alemania de Von Bülow debe saldar la deuda de gratitud en la que incurrió la Prusia de Wrangel y Manteuffel. Las relaciones se invirtieron completamente. El apoyo ruso a la contrarrevolución alemana es superado por la ayuda alemana a la contrarrevolución rusa.

Espías, violaciones, traiciones: una agitación demagógica como la de la época de la Santa Alianza se desató en Alemania contra los combatientes de la causa libertaria rusa, y llegó hasta el mismo umbral de la Revolución rusa. Esta ola persecutoria llegó a su momento culminante en el juicio de Königsberg de 1904[36]. Este juicio arrojó una luz esclarecedora sobre todo el proceso histórico a partir de 1848, y demostró el cambio total de las relaciones entre el absolutismo ruso y la reacción europea. *Tua res agitur* [¡se trata de tu causa!] aseguró el ministro de Justicia prusiano a las clases dominantes alemanas, señalándoles los cimientos tambaleantes del régimen zarista. «La instauración de una república democrática en Rusia influenciaría decisivamente a Alemania», declaró el primer fiscal de distrito Schülze en Königsberg. «Cuando la casa de mi vecino se incendia, la mía corre peligro.» Y su ayudante Caspar señaló: «Incumbe

---

[36] Hace referencia a un proceso contra varios socialdemócratas, en junio de 1904, acusados de alta traición por haber pasado documentación secreta a Rusia.

naturalmente al interés público de Alemania, si este baluarte del absolutismo se mantiene o cae. Por cierto que las llamas de un movimiento revolucionario ruso bien pueden hacer presa de Alemania...».

La revolución fue derrocada, pero las propias causas que provocaron esta derrota temporal son valiosas para la discusión de la posición asumida por la socialdemocracia alemana en esta guerra. Si la insurrección rusa de 1905-1906 no triunfó a pesar del gasto sin precedentes de energía revolucionaria, la claridad de objetivos y la tenacidad, esto se debe a dos causas bien definidas. Una concierne al carácter interno de la propia revolución, su inmenso programa histórico, la masa de problemas políticos y económicos que se vio obligada a enfrentar. Algunos, por ejemplo el problema agrario, pueden resolverse en la sociedad capitalista. Existía la dificultad adicional de crear un Estado clasista para la supremacía de la burguesía moderna contra la oposición contrarrevolucionaria de la burguesía en su conjunto. A un observador podía parecerle que la Revolución rusa estaba condenada al fracaso por tratarse de una revolución proletaria con tareas y problemas burgueses o, si se quiere, una revolución burguesa librada con métodos proletarios socialistas, el choque de dos generaciones entre rayos y truenos, el fruto del desarrollo industrial retrasado de las condiciones de clase en Rusia y su excesiva madurez en Europa occidental. Desde este punto de vista su derrota en 1906 no significa su bancarrota, sino el cierre natural del primer capítulo, al que debe seguir el segundo con la inevitabilidad de una ley natural.

La segunda causa reviste una naturaleza externa, y se la debe buscar en Europa occidental. La reacción europea acudió una vez más en ayuda de su protegido en peligro; no con plomo y balas, aunque había «fusiles alemanes» empu-

ñados por alemanes ya en 1905 y sólo esperaban la señal de Petersburgo para lanzarse contra los polacos vecinos.

Europa prestó una ayuda igualmente valiosa: subsidio financiero y alianzas políticas concertadas para ayudar al zarismo en Rusia. El dinero francés financió las fuerzas armadas que aplastaron la Revolución rusa; de Alemania vino el respaldo moral y político que ayudó al gobierno ruso a salir del pozo de vergüenza donde lo habían arrojado los torpedos japoneses y los puños proletarios rusos. En 1910, en Potsdam, la Alemania oficial recibió al zarismo ruso con los brazos abiertos. La recepción del monarca manchado de sangre en las puertas de la capital alemana no era sólo la bendición alemana por el estrangulamiento de Persia sino también y sobre todo por su trabajo de verdugo de la contrarrevolución rusa. Fue el banquete oficial de la *Kultur* alemana y europea sobre lo que creían que era la tumba de la Revolución rusa.

¡Qué extraño! En esa época, cuando el festín desafiante sobre la tumba de la Revolución rusa se celebraba en su propia patria, la socialdemocracia alemana permaneció en silencio, olvidando por completo el «legado de nuestros maestros» de 1848. En ese momento, cuando el verdugo fue recibido en Potsdam, ni un solo ruido, ni una protesta, ni un artículo vetó esta expresión de solidaridad con la contrarrevolución rusa. Mientras que al comienzo de la guerra, desde que lo permite la policía, hasta el órgano partidario más pequeño se embriaga con sangrientos ataques dirigidos al verdugo de la libertad rusa. Sin embargo, nada hubiese demostrado con mayor claridad que esta gira triunfal del zar en 1910, que el proletariado ruso oprimido era víctima, no sólo de la reacción autóctona, sino también de la reacción europea. Su lucha, como la de los revolucionarios de marzo de 1848, iba contra la reacción, de su propio país y de sus guardianes en todos los países europeos.

Cuando cesaron un poco las cruzadas inhumanas de la contrarrevolución, el fermento revolucionario del proletariado ruso comenzó a revivir. La marea comenzó a crecer y hervir. Las huelgas económicas en Rusia, según los informes oficiales, comprendieron a 46.623 obreros y 256.386 días en 1910; 96.730 obreros y 768.556 días en 1911; y 98.771 obreros y 1.214.881 días en los primeros cinco meses de 1912. Huelgas políticas de masas, protestas y movilizaciones comprendieron 1.005.000 obreros en 1912, 1.272.000 en 1913. En 1914 la marea siguió en aumento. El 22 de enero, aniversario del comienzo de la revolución, hubo una huelga conmemorativa de masas de 200.000 obreros. Como en las jornadas que precedieron a la revolución de 1905, la llama se encendió en junio, en el Cáucaso. En Bakú 40.000 obreros salieron a la huelga. Las llamas se extendieron a San Petersburgo. El 17 de junio 80.000 obreros petersburgueses abandonaron sus herramientas y para el 20 de julio ya había 200.000 obreros en huelga; el 23 de julio la huelga se extendía por toda Rusia, se erigían barricadas, la revolución estaba en marcha.

Pocos meses más y hubiera estallado con banderas al viento. Pocos años más y quizá hubiese cambiado toda la constelación política mundial, frenándose el impulso demente del imperialismo.

Pero la reacción alemana frenó el movimiento revolucionario. De Berlín y Viena vinieron las declaraciones de guerra, y la Revolución rusa quedó sepultada bajo las ruinas. Los «fusiles alemanes» están destrozando no al zarismo sino a su enemigo más peligroso. La bandera de la revolución, que ondeaba esperanzada, se hundió en el torbellino de la guerra. Pero bajó con honor y volverá a surgir de la horrenda masacre, a pesar de los «fusiles alemanes», a pesar de la victoria o derrota de Rusia en los campos de batalla.

Las revueltas nacionales en Rusia que los alemanes trataron de fomentar tampoco tuvieron éxito. Las provincias rusas estaban menos propensas a caer presa de la carnada de las cohortes de Hindenburg que la socialdemocracia alemana. Los judíos, como pueblo práctico que son, se dieron cuenta con toda facilidad de que realmente no puede esperarse que los «puños alemanes», que han sido incapaces de derrocar a la reacción prusiana, fueran capaces de aplastar al absolutismo ruso. Los polacos, expuestos a la guerra en tres frentes, no estaban en posición de responder en lenguaje audible a sus «libertadores». Pero aquellos polacos que de niños aprendieron a decir el padrenuestro en alemán, al son de azotes que les llagaban las espaldas, no habrán olvidado la liberalidad de las leyes antipolacas prusianas. Todos ellos, polacos, judíos y rusos no tuvieron dificultad alguna en comprender que el «fusil alemán», cuando desciende sobre sus cabezas, no trae la libertad sino la muerte.

Unir la leyenda de la liberación rusa con el legado marxista es, viniendo de la socialdemocracia alemana, algo más que un mal chiste. Es un crimen. Para Marx, la Revolución rusa era una divisoria de aguas en la historia universal. Hizo depender todas sus perspectivas políticas e históricas de la única consideración: «siempre que no haya estallado la revolución rusa». Marx creía en la Revolución rusa y la esperaba, en una época en que Rusia era un Estado de vasallos. Cuando estalló la guerra, la Revolución rusa había tenido lugar. Su primer intento no había triunfado, pero no se la podía ignorar; está a la orden del día. Y, sin embargo, nuestros socialdemócratas alemanes vinieron con «fusiles alemanes», declararon nula la Revolución rusa y la arrancaron de las páginas de la historia. En 1848 Marx hablaba desde las barricadas alemanas; en Rusia imperaba la reacción irrestricta. En 1914 Rusia se hallaba en la agonía de la revolu-

ción; sus «libertadores» alemanes en el puño de los *junkers* prusianos, totalmente acobardados.

Resulta apenas imaginable una farsa histórica más sangrienta y un insulto más brutal a la Revolución rusa y al legado de Marx. Constituye el episodio más oscuro de la conducta política de la socialdemocracia durante la guerra.

Pero la misión libertadora de los ejércitos alemanes era sólo un episodio. El imperialismo alemán se quitó esa máscara incómoda y se volvió abiertamente contra Francia y Gran Bretaña. En esto también fue respaldada valientemente por una gran cantidad de periódicos partidarios. Dejaron de atacar al sanguinario zar y expusieron a la «pérfida Albión»[37] y su alma mercantilista al desdén general. Emprendieron la liberación de Europa, no ya del absolutismo ruso sino de la supremacía naval británica. La confusión total en la que se vio envuelto el partido se ve ilustrada drásticamente en el intento desesperado que hicieron los sectores más reflexivos de la prensa partidaria de explicar este nuevo cambio de frente. En vano trataron de encauzar la guerra por los canales originales, ajustaría al «legado de nuestros maestros»... esto es, al mito que ella, la socialdemocracia, había creado. «Con gran pesar me he visto obligado a movilizar un ejército contra un vecino a cuyo lado he combatido en tantos campos de batalla. Con sincero dolor he visto cómo una amistad respetada fielmente por Alemania cae a pedazos.» Esas palabras eran sencillas, francas, honestas. Pero cuando la retórica de las primeras semanas de guerra cedió ante el lenguaje lapidario del imperialismo, la socialdemocracia alemana perdió su única excusa plausible.

[37] La pérfida Albión es una expresión utilizada para referirse al Reino Unido en términos anglófobos u hostiles.

VI. La Unión Sagrada

Reviste igual importancia en la actitud de la socialdemocracia la adopción de un programa de paz civil (Unión Sagrada), es decir, la paralización de la lucha de clases hasta el fin de la guerra. La declaración del bloque socialdemócrata en el Reichstag el 4 de agosto era fruto de un acuerdo con representantes del gobierno y los partidos capitalistas. Fue poco más que un recurso teatral patriótico, preparado entre bambalinas y pronunciado a beneficio del pueblo, en casa y en el extranjero.

Para los dirigentes del movimiento obrero, el voto a favor de los créditos de guerra por el bloque parlamentario fue la señal para la terminación de todos los conflictos laborales. Más aun, se lo anunciaron a los empresarios como deber patriótico asumido por el movimiento obrero cuando acordó observar la Unión Sagrada. Los mismos dirigentes obreros se abocaron a encontrar trabajadores de la ciudad para el campo, para garantizar la rápida recolección de la cosecha. Las dirigentes del movimiento femenino socialdemócrata se unieron con las mujeres capitalistas para el «servicio nacional» y colocaron los elementos que quedaron luego de la movilización a disposición del trabajo nacional samaritano. Las socialistas fueron a trabajar a los comedores populares y comisiones asesoras en lugar de hacer un trabajo de agitación socialdemócrata.

Bajo las leyes antisocialistas el partido había utilizado las elecciones parlamentarias para difundir su agitación y mantener una firme ligazón con la población a pesar del estado de sitio declarado contra el partido y la persecución a la prensa socialista. En esta crisis, el movimiento socialdemócrata ha abandonado voluntariamente toda propaganda y educación por la lucha de clase del proletariado, durante las elecciones al Reichstag y a los *landtag*[38]. En todas partes se ha reducido las elecciones parlamentarias a la simple fórmula burguesa; la obtención de votos para los candidatos del partido sobre la base de acuerdos amigables y pacíficos con sus adversarios capitalistas. Cuando los representantes socialdemócratas de los *landtag* y las comisiones municipales –con las honrosas excepciones de los *landtag* de Prusia y Alsacia–, con referencias altisonantes al estado de paz civil imperante, votaron a favor del presupuesto de guerra exigido, sólo demostraron hasta qué punto el partido había roto con su pasado prebélico.

La prensa socialdemócrata, con pocas excepciones, proclamó el principio de unidad nacional como máximo deber del pueblo alemán. Advirtió al pueblo que no retirara sus fondos de los bancos de ahorro para no poner en peligro la vida económica de la nación, ni impedir a los bancos de ahorro la compra de grandes cantidades de bonos de guerra. Rogó a las proletarias que no les contaran a sus maridos en el frente de los sufrimientos que ellas y los niños debían soportar, que soportaran en silencio la negligencia del gobierno, que alentaran a los combatientes con hermosas historias sobre la feliz vida familiar e informes favorables de ayuda inmediata por parte de las agencias gubernamentales. Se alegraban de que el trabajo educativo de tantos años en el movimiento

---

[38] *Landtag:* parlamentos regionales de cada uno de los estados federados de Alemania.

obrero, que constituía una preciosa ayuda para conducir la guerra. El siguiente ejemplo revela algo de este espíritu:

> Un amigo en las malas es realmente un amigo. El viejo dicho ha demostrado una vez más su validez. El proletariado socialdemócrata, perseguido y golpeado por sus opiniones salió, como un solo hombre, a proteger nuestros hogares. Los sindicatos alemanes que tantos sufrimientos han padecido en Alemania y Prusia informan que sus mejores afiliados se han puesto bajo la bandera. Hasta los diarios capitalistas como el *General-Anzeiger* reconocen y expresan la convicción de que «esa gente» cumplirá con su deber como cualquier hombre, que los golpes serán más duros donde estén ellos.
>
> En cuanto a nosotros, estamos convencidos de que nuestros sindicalistas pueden hacer algo más que dar golpes. Los modernos ejércitos de masas no han simplificado en absoluto el trabajo de los generales. Es casi imposible movilizar a grandes divisiones de tropa en orden cerrado bajo el fuego mortífero de la artillería moderna. Es necesario agrandar las filas, controlarlas con mayor precisión. La guerra moderna exige disciplina y claridad de miras no sólo en las divisiones sino también en cada soldado individual. La guerra demostrará cuan enormemente ha mejorado el material humano con la tarea educativa de los sindicatos, cuanto le servirá su actividad a la nación en estas épocas de tremenda tensión. El soldado ruso y el francés podrán ser capaces de actos de valentía maravillosos. Pero en cuanto a serenidad y frialdad de juicio ninguno superará a los sindicalistas alemanes. Además muchos de nuestros obreros organizados conocen los caminos y senderos de la frontera como la palma de su mano y no pocos de ellos son verdaderos lingüistas. Se ha calificado al avance prusiano de 1866 de victoria de maestros de escuela. Este

> será el triunfo de los dirigentes sindicales. (*Frankfurter Volksstimme,* 18 de agosto de 1914.)

Con el mismo tenor *Die Neue Zeit,* órgano teórico del partido, declaró (n.º 23, 25 de septiembre de 1914):

> Hasta tanto se haya resuelto el problema del triunfo o la derrota, toda duda debe desaparecer, inclusive en cuanto a las causas de la guerra. Hoy no puede haber distinciones de partido, clase ni nacionalidad en el ejército o en el seno de la población.

Y en el n.º 8 del 27 de noviembre de 1914, el mismo *Die Neue Zeit,* en un artículo sobre «Las limitaciones de la Internacional», afirmó:

> La guerra mundial divide a los socialistas del mundo en distintos bandos, sobre todo en distintos bandos nacionales. La Internacional no puede impedirlo. En otras palabras, la Internacional deja de ser un instrumento idóneo en época de guerra. Es, en general, un instrumento de paz. Su gran problema histórico es la lucha por la paz y la lucha de clases en época de paz.

En pocas palabras, pues, desde el 4 de agosto hasta el día en que se declare la paz, la socialdemocracia da por terminada la lucha de clases. El primer trueno de los cañones Krupp[39] en Bélgica transformó a Alemania en un país de las

---

[39] Krupp es el apellido de una familia de industriales alemanes de los siglos XIX y XX, que creó con el consorcio Krupp, la mayor empresa de Europa en su época. La principal característica de los cañones Krupp era su material de fabricación, el acero.

maravillas donde reina la solidaridad de clases y la armonía social.

¿Cómo entender este milagro? Se sabe que la lucha de clases no es un invento socialdemócrata que se puede dejar arbitrariamente de lado durante un tiempo cada vez que parezca oportuno. La lucha de clases proletaria es más antigua que la socialdemocracia, es un producto elemental de la sociedad de clases. Apareció en Europa apenas el capitalismo se adueñó del poder. La socialdemocracia no llevó al proletariado moderno a la lucha de clases. Por el contrario, la lucha de clases creó el movimiento socialdemócrata internacional para darle objetivos y unidad conscientes a los distintos fragmentos locales y dispersos de la lucha de clases.

¿Qué cambió cuando estalló la guerra? ¿Acaso dejaron de existir la propiedad privada, la explotación capitalista y la dominación de clase? ¿Acaso las clases poseedoras, en un rapto de fervor patriótico, han declarado: en vista de las necesidades de la guerra entregamos los medios de producción, la tierra, las fábricas y las plantas de elaboración al pueblo? ¿Han renunciado al derecho de sacar ganancias de dichas posesiones? ¿Se han despojado de sus privilegios políticos, los sacrificarán en el altar de la patria, ahora que esta se halla en peligro? Lo menos que se puede decir es que se trata de una hipótesis bastante ingenua, que parece sacada de un libro de cuentos del jardín de infancia. Y, sin embargo, la declaración de nuestros dirigentes oficiales de que la lucha de clases está en suspenso no permite otra interpretación. Desde luego que nada de esto ha ocurrido. Los derechos propietarios, la explotación y el dominio de clase, hasta la opresión política en toda su perfección prusiana, permanecen intactos. Los cañones en Bélgica y el este de Prusia no han ejercido la menor influencia sobre la estructura política y social fundamental de Alemania.

Por eso, la supresión de la lucha de clases fue lamentablemente un hecho unilateral. Mientras que la opresión y explotación capitalistas, los peores enemigos de la clase obrera, siguen existiendo, los dirigentes socialistas y sindicales ponen generosamente a la clase obrera a disposición del enemigo por todo el transcurso de la guerra, sin presentar batalla. Mientras las clases dominantes están armadas de sus derechos de propiedad y supremacía, la clase obrera, aconsejada por la socialdemocracia, ha abandonado las armas.

Ya una vez, en 1848 en Francia, el proletariado conoció este milagro de la armonía entre las clases, esta fraternidad de todas las clases en un Estado capitalista moderno de la sociedad. En *Las luchas de clases en Francia,* Marx dice:

> Así, en la mente de los proletarios, que confundían la aristocracia financiera con la burguesía en general; en la imaginación de los buenos republicanos, que negaban la existencia misma de las clases o la reconocían, a lo sumo, como consecuencia de la monarquía constitucional; en las frases hipócritas de las fracciones burguesas excluidas hasta allí del poder, la *dominación de la burguesía* había quedado abolida con la implantación de la república. Todos los monárquicos se convirtieron, por aquel entonces, en republicanos y todos los millonarios de París, en obreros. La frase que correspondía a esta imaginaria abolición de las relaciones de clase era la *fraternité,* la confraternización y la fraternidad universales. Esta idílica abstracción de los antagonismos de clase, esto de conciliar sentimentalmente los intereses de clase contradictorios, de elevarse en aras de la fantasía por encima de la lucha de clases, esta *fraternité* fue, de hecho, la consigna de la revolución de febrero [...] El proletariado de París se dejó llevar con deleite por esta borrachera generosa de fraternidad [...] El proletariado de

> París, que veía en la república su propia obra, aclamaba, naturalmente, todos los actos del gobierno provisional que ayudaban a este a afirmarse con más facilidad en la sociedad burguesa. Se dejó emplear de buena gana por Caussidière[40] en servicios de policía para proteger la propiedad en París, como dejó que Louis Blanc[41] fallase con su arbitraje las disputas de salarios entre obreros y patronos. Era su *point d'honneur* el mantener intacto a los ojos de Europa el honor burgués de la república.

Así, en febrero de 1848, un ingenuo proletariado parisino dejó de lado la lucha de clases. Pero no olvidemos que inclusive ellos incurrieron en este error justo después de que cayó la monarquía de julio ante el embate de su acción revolucionaria, después de la instauración de una república. El 4 de agosto de 1914 es una revolución de febrero invertida. Es el dejar de lado las diferencias de clase, y no bajo una república sino bajo una monarquía militar; no después de una victoria del pueblo sobre la reacción sino del triunfo de la reacción sobre el pueblo; no con la proclama de *Liberté, Egalité, Fraternité,* sino con la proclama del estado de sitio, la estrangulación de la prensa y la aniquilación de la constitución.

Imponentemente, el gobierno de Alemania proclamó la Unión Sagrada. Solemnemente, los partidos juraron acatarla. Pero estos políticos experimentados saben bien que es fatal confiar en semejantes promesas. Aseguraron la Unión Sagrada para sí mismos con la implantación de una dictadura militar. El bloque socialdemócrata también lo aceptó

---

[40] Marc Caussidière (1808-1861). Fue una personalidad del movimiento republicano francés de la primera mitad del siglo XIX.

[41] Louis Blanc (1811-1882). Fue un político e historiador socialista francés. Se le considera uno de los precursores de la socialdemocracia.

sin protesta ni oposición. En las declaraciones del 4 de agosto y del 2 de diciembre no hay una sola sílaba de indignación por la afrenta contenida en la proclama del gobierno militar. Al votar por la Unión Sagrada y el presupuesto de guerra, la socialdemocracia asintió tácitamente a la implantación del gobierno militar y se colocó, atada de pies y manos, a los pies de la clase dominante. La instauración de la dictadura militar fue una medida puramente antisocialista. De ningún otro sector cabía esperar resistencia, protesta, movilización ni dificultades. El premio que recibió la socialdemocracia por su capitulación es lo mismo que hubiera recibido en cualquier otra circunstancia, inclusive después de una resistencia infructuosa: dictadura militar. La imponente declaración del bloque parlamentario pone el acento en el viejo principio socialista del derecho de las naciones a su autodeterminación para justificar su voto a favor del presupuesto de guerra. Autodeterminación fue, para el proletariado alemán, la camisa de fuerza del estado de sitio. Jamás en la historia universal un partido quedó tan en ridículo.

¡Más aun! Al refutar la existencia de la lucha de clases, la socialdemocracia ha negado su propia razón de existir. ¿Cuál es su aliento vital, si no es la lucha de clases? ¿Qué papel espera desempeñar en la guerra, una vez sacrificada la lucha de clases, el principio fundamental de su existencia? La socialdemocracia ha destruido su misión, para el periodo que dure la guerra, como partido político activo, como representante de la política de la clase obrera. Se ha despojado del arma más importante que poseía, el poder de criticar la guerra desde el enfoque particular de la clase obrera. Su única misión ahora es la de actuar como gendarme sobre la clase obrera bajo un Estado de gobierno militar.

La libertad alemana, la misma libertad en cuyo nombre, de acuerdo con la declaración del bloque parlamentario, es-

tán tronando los cañones de Krupp, se ve amenazada por esta actitud socialdemócrata mucho más allá de la duración de la guerra actual. Los dirigentes de la socialdemocracia están convencidos de que el premio que le darán a la clase obrera por su fidelidad a la patria serán las libertades democráticas. Pero jamás en la historia universal una clase oprimida ha recibido derechos políticos como premio por los servicios prestados a la clase dominante. La historia está plagada de ejemplos de engaños vergonzosos por parte de las clases dominantes, aun en los casos en que se formularon solemnes promesas antes del estallido de la guerra. La socialdemocracia no ha garantizado la extensión de la libertad en Alemania. Ha sacrificado las libertades que poseía antes del estallido de la guerra.

La indiferencia con que el pueblo alemán permitió que se lo despojara de la libertad de prensa, del derecho de reunión y de vida pública, el hecho de que no sólo aceptó con calma sino que también aplaudió el estado de sitio, no tiene parangón en la historia de la sociedad moderna. En ningún lugar de Gran Bretaña se ha violado la libertad de prensa, en Francia la libertad de opinión pública es incomparablemente mayor que en Alemania. En ningún país ha desaparecido tan completamente la opinión pública, en ningún país ha sido sustituida por la opinión oficial, por orden del gobierno, como en Alemania. Inclusive en Rusia sólo existe la obra destructiva de una censura pública que elimina los artículos que expresan opiniones opositoras. Pero ni aun allí se han rebajado a la costumbre de dar a los diarios de oposición artículos ya preparados.

En ningún otro país el gobierno ha obligado a la prensa de oposición, a expresar en sus columnas la política dictada y ordenada por el gobierno en «reuniones confidenciales». Semejantes medidas eran desconocidas en Alemania, inclu-

sive durante la guerra de 1870. En esa época la prensa gozaba de libertad irrestricta y acompañaba los vaivenes de la guerra, con gran resentimiento por parte de Bismarck, con críticas que solían ser sumamente fuertes. Los diarios rebosaban una animada discusión sobre los planes de guerra, el problema de las anexiones y la constitucionalidad. Cuando Johann Jacobi[42] fue arrestado, una ola de indignación recorrió toda Alemania, que obligó al mismísimo Bismarck a negar toda responsabilidad en este «error» cometido por la reacción. Tal era la situación en Alemania en la época en que Bebel y Liebknecht, en nombre de la clase obrera alemana, negaron toda comunidad de intereses con el imperialismo dominante. Se necesitó una socialdemocracia de cuatro millones y medio de votos para concebir la emocionante *Burgfrieden* [paz civil], aceptar el presupuesto de guerra, imponernos la peor dictadura militar que jamás se haya tolerado. El hecho de que ello sea posible en Alemania hoy, de que no sólo la prensa burguesa, sino también la altamente difundida e influyente prensa socialista permita que ocurran estas cosas sin siquiera afectar una oposición, tiene una significación fatal para el futuro de la libertad alemana. Demuestra que la sociedad alemana contemporánea no posee fundamentos internos para la libertad política, puesto que permite con tanta ligereza que se la despoje de sus más sagrados derechos.

No olvidemos que los derechos políticos que existían en Alemania antes de la guerra no se ganaron, como en Gran Bretaña y Francia, en tremendas y sucesivas luchas revolucionarias, no están firmemente arraigados en la vida del pueblo por el poder de la tradición revolucionaria. Son el

---

[42] Johann Jacobi (1805-1877). Periodista y político alemán, dirigió a la izquierda prusiana contra Bismarck. Socialdemócrata a partir de 1872.

regalo de una política bismarquiana, concedido después de un periodo de veinte años de contrarrevolución triunfante. Las libertades alemanas no maduraron en el campo de la revolución, son el producto de los cálculos diplomáticos de la monarquía militar prusiana, son el cemento con el que la monarquía militar unió el Imperio alemán actual. El peligro que acecha a la libre expansión de la libertad alemana no proviene, como cree el bloque parlamentario alemán, de Rusia, sino de las entrañas mismas de Alemania. Yace en el singular origen contrarrevolucionario de la constitución alemana, es la sombra negra de los poderes reaccionarios que han regido el gobierno alemán desde la fundación del imperio, dirigiendo una guerra silenciosa pero implacable contra estas miserables «libertades alemanas».

Los *junkers* del este del Elba, los empresarios patrioteros, los archirreaccionarios del centro, los despreciables «liberales alemanes», el gobierno unipersonal, el imperio de la espada, la política Zabern que había triunfado en toda Alemania antes del estallido de la guerra, estos son los verdaderos enemigos de la cultura y la libertad; la guerra, el estado de sitio y la posición de la socialdemocracia fortalecen los poderes del oscurantismo en todo el país. Por cierto que el liberal explica el cementerio en que se ha convertido Alemania con razones típicas de los liberales; para él, se trata de un sacrificio momentáneo, que durará mientras dure la guerra. Pero para un pueblo políticamente maduro, el sacrificio de sus derechos y vida pública, por transitorio que sea, es tan imposible como para un ser humano sacrificar momentáneamente su derecho a respirar. Un pueblo que acepta tácitamente el gobierno militar en época de guerra demuestra con ello que la independencia política es superflua en todo momento. La sumisión pacífica de la socialdemocracia al estado de sitio imperante y su voto por el presupuesto de guerra sin el menor cuestiona-

miento, ha desmoralizado al pueblo, único pilar del gobierno constitucional, y ha fortalecido a los gobernantes, enemigos del gobierno constitucional.

Además, al sacrificar la lucha de clases, nuestro partido ha perdido, de golpe y para siempre, la posibilidad de hacer sentir su influencia en la determinación de la duración de la guerra y los términos de la paz. Sus actos han herido de muerte a su propia declaración oficial. A la vez que protesta contra todas las anexiones que, después de todo, son el resultado lógico de una guerra imperialista que logra éxitos desde el punto de vista militar, ha entregado todas las armas que poseía la clase obrera, las que le hubieran permitido movilizar a la opinión pública en su dirección propia, a ejercer una presión efectiva sobre los términos de la guerra y la paz. Al garantizarle al militarismo la paz interna, la socialdemocracia les ha dado a los gobernantes militares permiso para seguir su propio curso sin tener en cuenta siquiera los intereses de las masas, ha desatado en los corazones de la clase dominante las pasiones imperialistas más desenfrenadas. En otras palabras, cuando la socialdemocracia aprobó la plataforma de la Unión Sagrada y el desarme político de la clase obrera, condenó a la impotencia a su propia consigna de no anexión.

Así, la socialdemocracia ha agregado a su ya pesada carga un nuevo crimen: la prolongación de la guerra. El dogma, difundido y aceptado, de que nos podemos oponer a la guerra mientras se trate nada más que de una amenaza, para la socialdemocracia se ha vuelto una trampa peligrosa. La consecuencia inevitable es que, iniciada la guerra, la acción política socialdemócrata llega a su fin. Entonces sólo queda una cuestión, o sea victoria o derrota, y la lucha de clases debe cesar hasta el fin de la guerra. Pero en realidad, el problema mayor que se le plantea a la actividad política socialdemócra-

ta comienza después del estallido de la guerra. En los congresos internacionales de Stuttgart en 1907 y Basilea en 1912, los dirigentes partidarios y sindicales alemanes votaron unánimemente a favor de una resolución que dice:

> Si, de todas maneras, la guerra llegara a estallar, será el deber de la socialdemocracia movilizarse por una paz rápida, y luchar con todos los medios a su disposición para utilizar la crisis política e industrial para despertar al pueblo, acelerando así la caída del dominio de clase del capitalismo.

¿Qué ha hecho la socialdemocracia en esta guerra? Exactamente lo contrario. Al votar a favor del presupuesto de guerra y la Unión Sagrada, ha luchado, por todos los medios a su disposición, por impedir la crisis industrial y política, por impedir que la guerra despierte a las masas. Lucha «con todos los medios a su disposición» para salvar al Estado capitalista de su propia anarquía, por disminuir el número de sus víctimas. Se dice –más de una vez escuchamos este argumento en boca de los diputados parlamentarios– que ni un hombre menos hubiera caído en el campo de batalla si el bloque socialdemócrata hubiera votado en contra del presupuesto de guerra. Nuestra prensa partidaria insiste en que debemos apoyar la defensa de nuestro país y unirnos a ella para reducir la cantidad de víctimas que se cobrará esta guerra.

Pero la política que hemos aplicado ha ejercido el efecto contrario. En primer lugar, gracias a la Unión Sagrada y la actitud patriótica de la socialdemocracia, la guerra imperialista desató su furia sin temor. Hasta ahora, el temor a la inquietud interna, a la furia de la población hambrienta, ha pesado en la mente de las clases dominantes y mantuvo en jaque sus deseos belicistas. En las conocidas palabras de Von Bülow:

«Están tratando de evitar la guerra sobre todo por temor a la socialdemocracia». Rohrbach[43] en su *Krieg und die Deutsche Politik* [La guerra y la política alemana], página 7, dice: «a menos que se interponga una catástrofe natural, el único elemento que puede obligar a Alemania a firmar la paz es el hambre de los sin pan». Es obvio que se refiere a un hambre que llama la atención, que se impone desagradablemente a las clases dominantes para obligarlas a escuchar sus exigencias. Veamos, por último, lo que el prominente teórico militar, general Bernhardi[44], dice en su importante obra *Von Heutigen Kriege* [Acerca de la guerra actual]:

> De modo que los modernos ejércitos de masas dificultan la guerra por varias razones. Además, constituyen, en sí y para sí, un peligro que jamás hay que subestimar.
>
> El mecanismo de semejante ejército es tan inmenso y complicado, que será eficaz y flexible mientras, en general, se pueda confiar en sus engranajes y ruedas y se evite la confusión moral abierta. Son cosas que no se pueden evitar totalmente, así como no podemos conducir una guerra con victorias. Se las puede superar si aparecen solamente dentro de ciertos límites restringidos. Pero cuando las grandes masas compactas se quitan de encima a sus dirigentes, cuando se difunde el espíritu de pánico, cuando se hace sentir la falta de víveres, cuando el espíritu de rebelión se apropia de las masas del ejército, este se vuelve no sólo ineficaz respecto del enemigo sino también una amenaza para sí y para sus dirigentes. Cuando

---

[43] Paul Rohrbach (1869-1956). Escritor y periodista alemán, comentarista oficioso de asuntos militares.

[44] Friedrich von Bernhardi (1849-1930). General alemán que fue el teórico militar más influyente de principios del siglo XX.

> el ejército rompe los límites de la disciplina, cuando interrumpe voluntariamente el curso de las operaciones, crea problemas que sus dirigentes son incapaces de solucionar.
>
> La guerra, con sus ejércitos de masas modernos es, en todas circunstancias, un juego peligroso, un juego que exige el mayor sacrificio, personal y financiero, que el Estado pueda proponer. En dichas circunstancias resulta natural que se tomen los recaudos, una vez iniciada la guerra, para ponerle fin lo antes posible, para aliviar la extrema tensión que acompaña ese esfuerzo supremo de las naciones.

Así, tanto los políticos capitalistas como las autoridades militares creen que la guerra, con sus ejércitos de masas modernos, es un juego peligroso. Y esto daba a la socialdemocracia la mejor oportunidad de impedir que los gobernantes del momento precipitasen la guerra y obligarlos a ponerle fin lo antes posible. Pero la posición de la socialdemocracia ante esta guerra barrió todas las dudas, derribó los diques de contención de la marea militarista. De hecho creó un poder con el cual ni Bernhardi ni ningún otro estadista capitalista hubiese soñado, ni siquiera en sus fantasías más extravagantes. Del campo de los socialdemócratas resurgió la consigna: «Durchhalten» [Hasta el fin], es decir, continúen con la masacre humana. Y así, las miles de víctimas que han caído en los últimos meses en los campos de batalla pesan sobre nuestra conciencia.

VII. El espantajo de la «invasión»

Pero puesto que hemos sido incapaces de impedir las guerras, puesto que a pesar nuestro ha estallado y nuestro país aguarda la invasión, ¿Lo dejaremos indefenso? ¿Lo entregaremos al enemigo? ¿Acaso el socialismo no exige el derecho de las naciones a la determinación de sus propios destinos? ¿No significa eso que cada pueblo tiene la justificación, mejor dicho el deber, de proteger su libertad, su independencia? «Cuando la casa se incendia, ¿no apagaremos el fuego antes de ponernos a descubrir quién es el incendiario?»

Estos argumentos se han repetido una y otra vez, en defensa de la posición de la socialdemocracia en Francia y Alemania. También ha sido utilizado hasta en los países neutrales. En su versión holandesa leemos: «Cuando el barco hace aguas, ¿no debemos acaso tratar de reparar la avería en primer lugar?».

Por supuesto. ¡Ay del pueblo que capitula ante la invasión!, ¡ay del partido que capitula ante el enemigo interno! Pero hay una cosa que los bomberos de la casa incendiada olvidan: que, en boca de un socialista, «defensa de la patria» no puede significar hacer de carne de cañón de una burguesía imperialista.

¿Es una invasión realmente el horror de horrores ante la magia sobrenatural? Según la teoría policiaca de patriotis-

mo burgués y gobierno militar, toda manifestación de la lucha de clases es un crimen contra los intereses nacionales porque –según ellos– debilita la nación. La socialdemocracia se ha permitido degenerar hasta adoptar ese punto de vista distorsionado. ¿Acaso la historia de la sociedad capitalista moderna no demuestra que para la sociedad capitalista una invasión extranjera no es ese horror espantoso que generalmente se supone, que, por el contrario, es una medida a la que la burguesía recurre frecuente y gustosamente como arma efectiva contra el enemigo interno? ¿Acaso los Borbones y aristócratas franceses no llamaron a una invasión extranjera contra los jacobinos? ¿Acaso la contrarrevolución austriaca de 1849 no llamó a la invasión francesa contra Roma, a la rusa contra Budapest? ¿Acaso el Partido de la Ley y el Orden francés de 1850 no amenazó abiertamente a la Asamblea Nacional con una invasión de cosacos si esta no se avenía a sus propósitos? ¿Acaso no quedó en libertad el ejército de Bonaparte y se aseguró el apoyo del ejército prusiano contra la Comuna de París mediante el famoso contrato entre Jules Favre, Thiers y Cía. y Bismarck?

La evidencia histórica llevó a Karl Marx, hace 45 años, a denunciar los fraudes miserables que son las guerras «nacionales» de la sociedad capitalista moderna. En su famoso discurso ante el Congreso General de la Internacional a propósito de la derrota de la Comuna, dijo:

> Que, después de la guerra más grande de los tiempos modernos, los ejércitos beligerantes, el vencedor y el vencido, se unan para la masacre conjunta del proletariado, este hecho increíble demuestra, no lo que Bismarck quiere que creamos, la derrota final del nuevo poder social, sino la desintegración total de la vieja sociedad burguesa. La prueba mayor del heroísmo de la que es capaz el viejo orden es la

> guerra nacional. Y esto se ha revelado como un fraude perpetrado por el gobierno con el único motivo de frenar la lucha de clases, fraude que queda al descubierto apenas la lucha de clases estalla en guerra civil. El dominio de clase ya no puede ocultarse tras un uniforme nacional. Los gobiernos nacionales se han unido contra el proletariado.

En la historia capitalista, invasión y lucha de clases no son opuestos, como nos quiere hacer creer la leyenda oficial, sino que una es el medio y la expresión de la otra. Así como la invasión es el arma probada y certera en manos del capital contra la lucha de clases, esta, en su lucha audaz, siempre ha demostrado ser el mejor medio preventivo contra las invasiones extranjeras. En el albor de los tiempos modernos podemos citar como ejemplos las ciudades italianas de Florencia y Milán, con su siglo de guerra sin cuartel contra los Hohenstaufen[45]. La tempestuosa historia de estas dos ciudades, desgarradas por conflictos internos, prueba que la fuerza y la furia de las luchas de clases internas no sólo no debilitan el poder defensivo de la comunidad, sino que, por el contrario, de sus fuegos estallan las únicas llamas capaces de detener cualquier ataque del enemigo exterior.

Pero el ejemplo clásico de nuestro tiempo es la Gran Revolución francesa. En 1793 París, el corazón de Francia, estaba rodeado de enemigos. Y sin embargo París y Francia en ese momento no sucumbieron ante la invasión de la tremenda marea de la coalición europea; por el contrario, forjaron su fuerza ante el peligro creciente para formar una oposición más gigantesca. Si en ese momento crítico Francia pudo en-

---

[45] Los Hohenstaufen o Staufen, también conocidos como gibelinos, fueron una dinastía de emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, monarcas de Alemania y de Sicilia, originaria de la región de Suabia.

frentar cada coalición enemiga con una combatividad milagrosa que nunca decayó, esto se debió a la impetuosa irrupción de las fuerzas más profundas de la sociedad en la gran lucha de clases francesa. Hoy, con una perspectiva de un siglo, se puede discernir claramente que sólo la intensificación de la lucha de clases, sólo la dictadura del pueblo francés y su intrépida radicalización, podían hacer brotar del suelo francés los medios y fuerzas como para defender y apuntalar una sociedad recién nacida contra un mundo de enemigos, contra las intrigas de una dinastía, contra las traicioneras maquinaciones de la aristocracia, contra los atentados del clero, contra la traición de sus generales, contra la oposición de sesenta departamentos y capitales provinciales y contra los ejércitos y la marina unificadas de la Europa monárquica. Los siglos demuestran que no es el estado de sitio sino la lucha de clases implacable lo que despierta el espíritu de abnegación, la fuerza moral de las masas; que la lucha de clases es la mejor protección y la mejor defensa contra un enemigo foráneo.

El mismo *quid pro quo*[46] trágico hizo presa de la socialdemocracia cuando esta basó su oposición ante la guerra en la doctrina del derecho a la autodeterminación nacional. Es cierto que el socialismo otorga a cada pueblo el derecho a la independencia y la libertad de control independiente de sus propios destinos. Pero es una verdadera perversión del socialismo considerar que la sociedad capitalista contemporánea constituye una expresión de esta autodeterminación de las naciones. ¿Dónde hay una nación en la que el pueblo haya tenido el derecho de determinar la forma y condiciones de su existencia nacional, política y social? En Alemania, la deter-

[46] Locución latina que significa literalmente «quid en lugar de quo», es decir, la sustitución de una cosa por otra, «algo por algo» o «algo sustituido por otra cosa».

minación del pueblo encontró su expresión concreta en las consignas formuladas por los demócratas revolucionarios alemanes de 1848; los primeros combatientes del proletariado alemán, Marx, Engels, Lassalle, Bebel y Liebknecht proclamaron y lucharon por una República alemana unificada. Por este ideal las fuerzas revolucionarias de Berlín y Viena vertieron su sangre en las barricadas, en las trágicas jornadas de marzo. Para realizar este programa Marx y Engels exigieron que Prusia tomara las armas contra el zarismo. La primera consigna en este programa nacional fue por la liquidación de ese «montón de podredumbre organizada, la monarquía de Habsburgo», al igual que otras dos docenas de monarquías en miniatura dentro de la propia Alemania. La derrota de la revolución alemana, la traición de la burguesía alemana a sus propios ideales democráticos, llevó al régimen de Bismarck y a su hija, la Gran Prusia contemporánea, veinticinco patrias bajo un solo timón, al Imperio alemán.

La Alemania moderna está construida sobre la tumba de la revolución de marzo [de 1848], sobre la destrucción del derecho a la autodeterminación del pueblo alemán. La guerra actual, que apoya a la monarquía de los Habsburgo y a Turquía, y refuerza la autocracia militar germana, es la segunda masacre de los revolucionarios de marzo y del programa nacional del pueblo alemán. Es una broma diabólica de la historia que los socialdemócratas, herederos de los patriotas alemanes de 1848, marchen a la guerra bajo el estandarte de la «autodeterminación de las naciones». Pero, ¿quizá la Tercera República francesa, con sus posesiones coloniales en cuatro continentes, sus honores coloniales en dos, es la expresión de la autodeterminación de la nación francesa? ¿O la nación británica, con su India, con su Sudáfrica donde un millón de blancos dominan a cinco millones de negros? ¿Quizá Turquía, o el Imperio del zar?

Los políticos capitalistas, para quienes los que gobiernan al pueblo y las clases dominantes constituyen la nación, pueden con toda honestidad hablar del «derecho a la autodeterminación nacional» en relación al imperio colonial. Para el socialista, ninguna nación es libre si su existencia nacional se basa en la esclavización de otro pueblo, porque para él los pueblos coloniales también están formados por seres humanos y, como tales, son parte del Estado nacional. El socialismo internacional reconoce el derecho de las naciones libres e independientes, con igualdad de derechos. Pero sólo el socialismo puede crear tales naciones, puede dar a sus pueblos la autodeterminación. Esta consigna del socialismo, como todas las demás, no es una defensa de las condiciones imperantes sino una guía, un acicate para la política revolucionaria, regeneradora, combativa del proletariado. Mientras existan los estados capitalistas, es decir, mientras la política mundial imperialista determine y regule la vida interna y externa de una nación, no puede haber «autodeterminación nacional» ni en la guerra ni en la paz.

En este medio imperialista no puede haber guerras de defensa nacional. Todo programa socialista que dependa de este medio histórico determinante, que esté dispuesto a fijar su política para el torbellino mundial desde el punto de vista de un solo país, tiene los pies de barro.

Ya hemos tratado de demostrar el trasfondo del conflicto actual entre Alemania y sus adversarios. Fue necesario mostrar más claramente las verdaderas fuerzas y relaciones que constituyen la fuerza motriz de esta guerra porque esta leyenda de la defensa de la existencia, libertad y civilización de Alemania desempeña un importante papel en la posición de nuestro bloque parlamentario y nuestra prensa socialista. Contra esta leyenda, es necesario resaltar la verdad histórica para demostrar que se trata de una guerra preparada por el militarismo

alemán y sus ideas políticas mundiales durante años, que fue provocada por la diplomacia austriaca y alemana en el verano de 1914, con perfecta conciencia de sus consecuencias.

En la discusión acerca de las causas generales de la guerra y su significación, no se trata de ver el problema del «culpable». Alemania ciertamente no tiene el menor derecho de hablar de una guerra de defensa, pero Francia y Gran Bretaña no tienen mayor justificación. Ellos tampoco protegen su existencia nacional, sino su existencia política mundial, sus viejas posesiones coloniales, de los ataques del advenedizo alemán. Sin duda, las incursiones del imperialismo austriaco y alemán en Oriente detonaron el conflicto, pero el imperialismo francés, al devorar Marruecos, y el imperialismo inglés, al tratar de invadir Mesopotamia, junto con todas las medidas destinadas a fortalecer su dominación por la fuerza en la India, la política rusa en el Báltico, que apunta hacia Constantinopla, todos estos factores han juntado y apilado, rama por rama, la leña que alimenta la conflagración. Si los armamentos capitalistas jugaron un papel importante en calidad de resorte que decide el estallido de la catástrofe, se trató de una competencia armamentista de todas las naciones. Y si Alemania puso la piedra basal de la competencia armamentista por intermedio de la política de Bismarck en 1870, esta política fue proseguida por la del Segundo Imperio y por la policía militar colonial de la Tercera República, por su expansión en el este de Asia y en África.

Los socialistas franceses tienen en que basar su ilusión de la «defensa nacional», porque ni el pueblo ni el gobierno francés abrigaban el menor sentimiento belicista en julio de 1914. «Hoy toda Francia está, honesta, correcta y desinteresadamente, a favor de la paz», insistió Jaurès en el último discurso de su vida, en vísperas de la guerra, cuando dirigió la palabra a un mitin en la Casa del Pueblo en Bruselas. Esto es totalmente

cierto y explica psicológicamente la indignación de los socialistas franceses ante esta guerra criminal a la que su país se ve forzado a entrar. Pero esto no basta para fijar la posición socialista frente a la guerra mundial en cuanto hecho histórico.

Los acontecimientos que gestaron la guerra no comenzaron en julio de 1914 sino que se remontan a varias décadas antes. Un hilo tras otro ha sido urdido en la rueca de un proceso natural inexorable hasta que la red implacable de la política mundial imperialista envolvió los cinco continentes. Es un gran complejo histórico de acontecimientos cuyas raíces se hunden hasta las plutónicas profundidades del devenir económico, cuyas ramas superiores se extienden hacia un nuevo mundo que está naciendo; acontecimientos ante cuya inmensidad, que todo lo abarca, las concepciones de culpa y castigo, defensa y ataque, se pierden en la nada.

El imperialismo no es la creación de un Estado o grupo de Estados imperialistas. Es el producto de determinado grado de madurez en el proceso mundial del capitalismo, condición congénitamente internacional, una totalidad indivisible, que sólo se puede reconocer en todas sus relaciones y del que ninguna nación se puede apartar a voluntad. Solamente desde este punto de vista es posible comprender correctamente el problema de la «defensa nacional» en la guerra actual.

El Estado nacional, la unidad nacional y la independencia fueron el escudo ideológico bajo el cual se constituyeron las naciones capitalistas de Europa central en el siglo pasado. El capitalismo es incompatible con las divisiones económicas y políticas que acompañan el desmembramiento en pequeños estados. Para desarrollarse requiere grandes territorios unificados y un grado de desarrollo mental e intelectual de la nación que eleve las tareas y necesidades de la sociedad a un plano concomitante con el estadio prevaleciente de la producción capitalista y el mecanismo del moderno dominio de clase ca-

pitalista. El capitalismo, antes de poder desarrollarse, trató de crear para sí un territorio demarcado en forma tajante por las limitaciones nacionales. Este programa se realizó únicamente en Francia en la época de la Gran Revolución, puesto que en la herencia nacional y política que la Edad Media feudal legó a Europa, esto podría ser fruto únicamente de medidas revolucionarias. En el resto de Europa esta nacionalización, al igual que el movimiento revolucionario en su conjunto, siguió siendo un remiendo de promesas semicumplidas. El Imperio germano, la Italia moderna, Austria-Hungría, Turquía, el Imperio ruso y el Imperio británico mundial son pruebas vivientes de este hecho. El programa nacional podía desempeñar un papel histórico siempre que representara la expresión ideológica de una burguesía en ascenso, ávida de poder, hasta que esta afirmara su dominación de clase en las grandes naciones del centro de Europa de uno u otro modo, y creara en su seno las herramientas y condiciones necesarias para su expansión. Desde entonces, el imperialismo ha enterrado por completo el viejo programa democrático burgués reemplazando el programa original de la burguesía en todas las naciones por la actividad expansionista sin miramientos hacia las relaciones nacionales. Es cierto que se ha mantenido la fase nacional pero su verdadero contenido, su función ha degenerado en su opuesto diametral. Hoy la nación no es sino un manto que cubre los deseos imperialistas, un grito de combate para las rivalidades imperialistas, la última medida ideológica con la que se puede convencer a las masas de que hagan de carne de cañón en las guerras imperialistas.

Esta tendencia general del capitalismo contemporáneo determina las políticas de los estados individuales como su ley suprema y ciega, así como las leyes de la competencia económica determinan las condiciones de producción del empresario individual.

Supongamos un instante, para seguir la discusión e investigar el fantasma de las «guerras nacionales» que controla en este momento la política socialdemócrata, que en uno de los estados beligerantes la guerra fuera, al comienzo, una guerra de defensa nacional. El éxito en el terreno militar exigiría la ocupación inmediata de territorio enemigo. Pero la influencia de grupos capitalistas interesados en la anexión imperialista despertará apetitos imperialistas a medida que prosigue la guerra. La tendencia imperialista que al comienzo fue, quizá, embrionaria, crecerá y se desarrollará en el invernadero de la guerra y en poco tiempo determinará su carácter, fines y resultados.

Además, el sistema de alianzas militares que ha regido las relaciones políticas de estas naciones durante décadas significa que en el curso de la guerra cada uno de los campos beligerantes tratará de conseguir la ayuda de sus aliados, nuevamente desde un punto de vista puramente defensivo. Así, uno tras otro, todos los países son arrastrados a la guerra, se tocan inevitablemente nuevos círculos imperialistas, se crean otros. De esa manera, Gran Bretaña arrastró a Japón y, con la entrada de la guerra en Asia, China ha entrado en el círculo de problemas políticos y ha influenciado la rivalidad existente entre Japón y Estados Unidos, entre Gran Bretaña y Japón, y así se acumulan motivos para conflictos futuros. Y, por otro lado, Alemania arrastró a Turquía a la guerra, poniendo el problema de Constantinopla, los Balcanes y Asia occidental en primer plano.

Inclusive aquel que en sus comienzos no comprendió que la guerra mundial obedece a causas puramente imperialistas, después de un análisis objetivo de las consecuencias no puede dejar de comprender que, en las actuales circunstancias, esta se convierte automática e inevitablemente en un conflicto por la división del mundo. Esto era obvio desde el co-

mienzo. El equilibrio inestable de poder entre los dos campos beligerantes obliga a cada uno de ellos, aunque no sea más que por razones de táctica militar, para fortalecer la propia posición o frustrar posibles ataques, a controlar los países neutrales mediante negociaciones que involucran a pueblos y naciones enteros: tales como las ofertas austrogermanas a Italia, Rumania, Bulgaria y Grecia por un lado, y las anglorrusas por el otro. La «guerra de defensa nacional» ha surtido el efecto sorprendente de crear, inclusive en las naciones neutrales, una transformación general de la propiedad y del poder relativo, siempre en línea directa con las tendencias expansionistas. Por último, el hecho de que todos los estados capitalistas modernos poseen colonias que, aunque la guerra haya comenzado como guerra por la defensa nacional, se verán arrastradas al conflicto por razones de táctica militar; el hecho de que cada país tratará de ocupar las posesiones coloniales de su adversario o, al menos, intentará fomentar el desorden allí, automáticamente transforma todas las guerras en conflictos imperialistas mundiales.

Así la concepción de esa modesta guerra defensiva, de devoto amor a la patria, que se ha convertido en el ideal de nuestros parlamentarios y editores, es pura ficción y demuestra, de su parte, una falta total de comprensión de la guerra y sus relaciones mundiales. Lo que determina el carácter de la guerra no son las declaraciones solemnes, ni siquiera las intenciones honestas de los políticos prominentes, sino la configuración momentánea de la sociedad y sus organizaciones militares. A primera vista, la frase «guerra nacional de defensa» parecería aplicable en el caso de un país como Suiza. Pero Suiza no es un Estado nacional y, por lo tanto, no se puede comparar con otros estados modernos. Su misma existencia «neutral», su milicia de lujo, son los frutos negativos del estado de guerra latente en los grandes estados milita-

res vecinos. Mantendrá esta neutralidad hasta que decida oponerse a esta situación. El tiempo que tarda el talón de hierro del imperialismo en aplastar a un Estado neutral en una guerra mundial lo demuestra la suerte que corrió Bélgica.

Lo que nos lleva a la posición peculiar de la «pequeña nación». Un ejemplo clásico de «guerra nacional» es Serbia. Si hubo alguna vez un Estado que poseyó, según las pautas formales, el derecho a la defensa nacional, ese es Serbia. Despojada, en virtud de las anexiones austriacas, de su unidad nacional, amenazada su existencia misma como nación por las pretensiones austriacas, obligada por Austria a entrar en guerra, está luchando, según todas las pautas humanas, por su existencia, libertad y civilización. Pero si el bloque socialdemócrata tiene razón, entonces los socialdemócratas serbios que protestaron contra la guerra en el Parlamento de Belgrado y se negaron a votar los presupuestos de guerra son, en verdad, traidores a los intereses vitales de su propio país. En realidad, los socialistas serbios Lapstewitsch y Kazlerowitsch no sólo han inscrito sus nombres en letras de oro en los anales del movimiento socialista internacional, sino que han demostrado poseer una clara concepción histórica de las verdaderas causas de la guerra. Al votar en contra del presupuesto bélico le han prestado a su patria el mejor servicio posible. Serbia participa, desde el punto de vista formal, en una guerra por la defensa nacional. Pero su monarquía y clases dominantes están tan animadas de deseos expansionistas como todas las clases dominantes de todos los estados modernos. Los rasgos étnicos les son indiferentes y, por tanto, su guerra posee características agresivas. Serbia extiende sus brazos hacia la costa del Adriático donde está librando un conflicto netamente imperialista con Italia a costa de los albanos, conflicto que no será resuelto por ninguna de las dos potencias que tienen intereses directos en el

mismo, sino por las superpotencias que tendrán la última palabra en cuanto a los términos de la paz. Pero, por encima de todo, no debemos olvidar que detrás del nacionalismo serbio está el imperialismo ruso. Serbia no es más que un peón en el gran tablero de la política mundial. Cualquier análisis de la guerra en Serbia que no tome en cuenta estas grandes relaciones y el trasfondo político mundial general carece necesariamente de fundamento.

Lo propio ocurre con la reciente guerra de los Balcanes. Considerado como hecho aislado, los jóvenes estados balcánicos tenían una justificación histórica al defender el viejo programa democrático del Estado nacional. En su conexión histórica, sin embargo, que convierte a los Balcanes en un punto crítico y centro de la política imperialista; estas guerras balcánicas eran objetivamente sólo un eslabón en la cadena de acontecimientos que condujeron, fatalmente, a la presente guerra mundial. Después de la guerra de los Balcanes la socialdemocracia internacional, reunida en el Congreso de paz de Basilea, recibió a los socialistas de los Balcanes con una estruendosa ovación por haberse negado firmemente a dar su apoyo moral y político a la guerra. Con este acto, la Internacional repudió por adelantado la posición asumida por los socialistas franceses y alemanes en la guerra actual.

Todos los estados pequeños, Holanda por ejemplo, están en la misma situación que los estados balcánicos. «Cuando el barco hace aguas hay que reparar la avería»; ¿y qué motivo tendría, en verdad, la pequeña Holanda para luchar, si no es su existencia nacional y la libertad de su pueblo? Si no tenemos en cuenta más que la decisión del pueblo holandés, incluso de sus clases dominantes, se trata indudablemente de un problema de defensa nacional lisa y llanamente. Pero aquí nuevamente la política proletaria no puede juzgar de acuerdo a las intenciones subjetivas de un solo país. En este caso, tam-

bién, debe asumir una posición como parte de la Internacional, según la totalidad compleja de la situación política mundial. Holanda, también, quiéralo o no, es sólo un pequeño engranaje de la gran máquina de la política y diplomacia mundial modernas. Esto quedaría en claro inmediatamente si Holanda se viera arrastrada al torbellino de la guerra mundial. Sus enemigos atacarían sus colonias. Automáticamente, Holanda se volcaría a la defensa bélica de sus posesiones. La defensa de la independencia nacional del pueblo holandés en el mar del Norte se expandiría para abarcar concretamente la defensa de su derecho de dominio y explotación de los malayos en el archipiélago del océano Indico. Más aun: el militarismo holandés, de confiar únicamente en sí mismo, sería aplastado como una cáscara de nuez en el torbellino de la guerra mundial. Queriéndolo o no, se uniría a alguna de las grandes alianzas nacionales. De un lado u otro sería portadora e instrumento de tendencias puramente imperialistas.

Así es como el cuadro histórico del imperialismo moderno determina el carácter de la guerra en los países individuales y este mismo medio imposibilita la guerra de defensa nacional.

Kautsky[47] también lo dijo, hace apenas unos años, en su folleto *Patriotismo y socialdemocracia,* Leipzig, 1907, pp. 12-14:

---

[47] Karl Johann Kautsky (1854-1938). Fue uno de los más importantes e influyentes teóricos del socialismo y de la II Internacional, formando el núcleo marxista del Partido Socialdemócrata Alemán junto a Bebel. En esa época, era considerado despectivamente por Trotsky, entre otros, como el *«legislador teórico del marxismo internacional»*. Rompió con Rosa Luxemburgo y el ala izquierda del SPD en 1914, después de haberse integrado el Partido Socialdemócrata Independiente entre 1917 y 1919, volvió a unirse al SPD en 1922.

> Aunque el patriotismo de la burguesía y del proletariado son dos fenómenos distintos, en verdad opuestos, hay situaciones en las que ambos tipos de patriotismo pueden unirse para la acción, inclusive en tiempo de guerra. La burguesía y el proletariado de una nación están interesados por igual en su independencia y autodeterminación nacionales, en la liquidación de toda forma de opresión y explotación a manos de una nación extranjera. En los conflictos nacionales que han surgido de tales intentos, el patriotismo del proletariado siempre se ha unido al de la burguesía. Pero en toda gran convulsión nacional, el proletariado se ha convertido en un poder que puede resultarle peligroso a la clase dominante; la revolución acecha al final de cada guerra, como lo demuestran la Comuna de París de 1871 y el terrorismo ruso que surgió después de la Guerra ruso-japonesa.

En vista de esto, la burguesía de las naciones que no se encuentran lo bastante unificadas ha llegado a sacrificar sus pretensiones nacionales allí donde las mismas sólo puedan conservarse a expensas del gobierno, porque su odio y temor a la revolución supera de lejos su amor a la independencia y grandeza nacionales. Por eso, la burguesía sacrifica la independencia de Polonia y permite la existencia de antiguas constelaciones como Austria y Turquía, aunque hace más de una generación que están condenadas a la destrucción. Las luchas nacionales en cuanto generadoras de revoluciones han cesado en la Europa civilizada. Los problemas nacionales que sólo la guerra o la revolución pueden solucionar serán resueltos en el futuro solamente por la victoria del proletariado. Pero entonces, gracias a la solidaridad internacional, asumirán una forma completamente distinta de la que impera hoy en un estado social de explotación y opresión. En los estados capitalistas este problema ya no

debe preocupar al proletariado en su lucha. Debe emplear todas sus fuerzas en otras tareas.

> […] Mientras tanto, la posibilidad de que el patriotismo burgués y el proletario se unifiquen para proteger la libertad del pueblo se vuelve cada vez más remota.

Kautsky explica luego que la burguesía francesa se ha unido al zarismo, que Rusia ha dejado de ser una amenaza para Europa occidental porque la revolución la ha debilitado. «En estas circunstancias no se puede esperar una guerra en defensa de la libertad nacional en la que se unan el burgués y el proletario.» [*Ibidem,* p. 16.]

> […] Ya hemos visto que los conflictos que, en el siglo XIX, podrían haber llevado a pueblos amantes de la libertad a guerrear contra sus vecinos, han dejado de existir. Hemos visto en todas partes que el militarismo moderno de ninguna manera defiende derechos populares importantes, sino que apoya las ganancias. Sus actividades no apuntan a defender la independencia e invulnerabilidad de su propia nacionalidad, que en ninguna parte se ve amenazada, sino a asegurar y extender las conquistas de ultramar que sólo sirven para acrecentar las ganancias capitalistas. En la actualidad, los conflictos entre estados no podrían dar lugar a guerra alguna que el proletariado no tenga el deber de repudiar enérgicamente. [*Ibidem,* p. 23.]

En vista de todas estas consideraciones, ¿cuál será la posición de la socialdemocracia en esta guerra? ¿Declarará, acaso: puesto que se trata de una guerra imperialista, puesto que en nuestro país no gozamos de autodeterminación socialista alguna, su existencia o no existencia nos es indiferente, y lo

entregaremos al enemigo? El fatalismo pasivo jamás puede cuadrarle a un partido revolucionario como el socialdemócrata. No puede colocarse a disposición del Estado clasista existente, al mando de las clases dominantes, ni esperar en silencio a que pase la tormenta. Debe adoptar una política clasista activa, una política que acicatee a las clases dominantes en toda gran crisis social y llevará a la crisis misma a trascender de lejos su alcance original. Tal es el papel que deberá desempeñar la socialdemocracia a la cabeza del proletariado combatiente. En lugar de cubrir esta guerra imperialista con el manto engañoso de la autodefensa nacional, la socialdemocracia debería haber exigido seriamente el derecho a la autodeterminación nacional, lo debería haber utilizado como palanca contra la guerra imperialista.

La exigencia más elemental de la defensa nacional es que la nación tome su defensa en sus propias manos. El primer paso en este sentido es la milicia; no sólo el inmediato armamento de toda la población masculina adulta, sino también, y sobre todo, la decisión popular en todas las cuestiones referentes a la guerra y la paz. Debe exigir, además, la liquidación inmediata de toda forma de opresión política, puesto que la mayor libertad política es la mejor base para la defensa nacional. Proclamar estas medidas fundamentales de defensa nacional, exigir su realización, es el primer deber de la socialdemocracia.

Durante cuarenta años hemos tratado de demostrar tanto a las masas como a las clases dominantes que sólo la milicia es capaz de defender a la patria y hacerla invencible. Y, sin embargo, ante la primera prueba, pusimos la defensa de nuestro país en manos del ejército permanente como si tal cosa, para convertirnos en carne de cañón bajo el garrote de las clases dominantes. Nuestros parlamentarios aparentemente ni se dieron cuenta de que las bendiciones fervientes que derramaron sobre estos defensores de la patria que partían rumbo al

frente constituían, en la práctica, un reconocimiento total de que el ejército imperial prusiano permanente es el verdadero defensor de la patria. Evidentemente no comprendieron que con ese reconocimiento sacrificaban el punto de apoyo de nuestro programa político, que desechaban la milicia y disolvían en la nada el significado práctico de cuarenta años de agitación contra el ejército permanente. En virtud de este acto del bloque socialdemócrata, nuestro programa militar se convirtió en una doctrina utópica, una obsesión doctrinaria que nadie puede tomar en serio.

Los maestros del proletariado internacional analizaron el problema de la defensa de la patria bajo otra luz. Cuando el proletariado de París, rodeado de prusianos en 1871, tomó en sus manos las riendas del gobierno, Marx escribió con entusiasmo:

> París centro y sede de los viejos poderes gubernamentales y simultáneamente centro social de gravedad de la clase obrera francesa, París se ha levantado en armas contra el intento del señor Thiers y su pandilla de *junkers* de reinstaurar y perpetuar el gobierno de los viejos poderes de dominio imperial. París pudo resistir, únicamente porque en el sitio perdió su ejército, porque en su lugar puso una guardia nacional compuesta principalmente de obreros. Era necesario convertir esta innovación en una institución permanente. El primer acto de la Comuna fue, por tanto, la sustitución del ejército permanente por el pueblo armado... Si ahora la Comuna era el verdadero representante de todos los elementos sanos de la sociedad francesa y, por tanto, un verdadero gobierno nacional, era al mismo tiempo, como gobierno proletario, como valiente luchador de la emancipación del trabajo, internacional en el sentido más auténtico de la palabra. Bajo la vista del ejército prusiano, que anexionaba

> dos provincias francesas a Alemania, la Comuna anexionaba a Francia a todos los obreros del mundo[48].

¿Pero qué dijeron nuestros maestros con respecto al papel de la socialdemocracia en la guerra actual? En 1892 Friedrich Engels expresó la siguiente opinión con respecto a las líneas fundamentales a las que debía ajustarse la política de los partidos proletarios en una gran guerra:

> Una guerra en el curso de la cual rusos y franceses invadieran Alemania, sería para este país una lucha de vida o muerte. En esas circunstancias sólo podría asegurar su existencia nacional con los métodos más revolucionarios. El gobierno actual, a menos que se vea obligado a hacerlo, no provocará la revolución, pero tenemos un partido capaz de obligarlo a ello o, de ser necesario, de reemplazarlo: el partido socialdemócrata.
>
> No hemos olvidado el glorioso ejemplo de Francia en 1793. Nos acercamos al centenario de 1793. Si el deseo de conquista de Rusia, o la impaciencia chovinista de la burguesía francesa detienen la marcha victoriosa, aunque pacífica, de los socialistas alemanes, estos están preparados –que nadie lo dude– para demostrarle al mundo que los proletarios alemanes de hoy no son indignos de los *sansculottes* franceses, que 1893 será digno de 1793. Y si los soldados del señor Constans llegan a poner el pie en suelo alemán saldremos a su encuentro con las palabras de *La Marsellesa:*
>
> *Contra nosotros la tiranía*
> *levanta su sangriento estandarte.*
> *¿Oís en los campos*
> *el rugir de fieros soldados?*

---

[48] Karl Marx, Discurso ante el Consejo General de la Internacional, 1871.

> En fin, la paz garantiza el triunfo del partido socialdemócrata en unos diez años. La guerra significará su victoria en dos o tres años o su liquidación total para los próximos quince a veinte años.

Cuando Engels escribió estas palabras tenía en mente una situación muy distinta a la de hoy. Él veía el acecho del antiguo zarismo. Ya hemos visto la gran Revolución rusa. Pensaba, además, en una verdadera guerra de defensa, en una Alemania atacada desde el este y el oeste por dos fuerzas hostiles. Por último, sobrestimaba la madurez de la situación alemana y la posibilidad de la revolución social, como los verdaderos combatientes, que tienden a sobrestimar el verdadero ritmo del proceso. Pero, con todo, sus frases demuestran con extraordinaria claridad que, para Engels, defensa de la patria en el sentido socialdemócrata no era el apoyo al gobierno militar de los *junkers* prusianos y su Estado Mayor, sino una acción revolucionaria, cuyo modelo eran los jacobinos franceses.

Sí, los socialistas tienen el deber de defender a su país en las grandes crisis históricas, y en esto yace la gran traición del bloque parlamentario socialdemócrata. Cuando anunció el 4 de agosto «en esta hora de peligro no abandonaremos a la patria», negó al mismo tiempo sus propias palabras. Porque en verdad ha desertado a la patria en el momento de mayor peligro. El más alto deber de la socialdemocracia para con la patria exigía que denunciara el verdadero trasfondo de la guerra imperialista, que rompiera la trama de mentiras imperialistas y diplomáticas que tapa los ojos del pueblo. Era su deber hablar fuerte y claramente, proclamar ante el pueblo alemán que la victoria sería tan funesta como la derrota, oponerse al amordazamiento de la patria mediante el estado de sitio, exigir que sólo el pueblo

decidiera el problema de la guerra y la paz, exigir que el Parlamento se reuniera en sesión permanentemente durante la guerra, imponer un control vigilante del Parlamento sobre el gobierno y del pueblo sobre el Parlamento, exigir la eliminación inmediata de toda desigualdad política, puesto que sólo un pueblo libre puede gobernar adecuadamente su país y, por último, oponer a la guerra imperialista, apoyada en las fuerzas más reaccionarias de Europa, el programa de Marx, Engels y Lassalle.

Tal era la bandera que debería haber ondeado sobre Alemania. Esa hubiera sido una política verdaderamente nacional, verdaderamente libre, acorde con las mejores tradiciones alemanas y de la política de clase internacional del proletariado.

La gran hora histórica de la guerra mundial exigía obviamente una acción política unánime, una actitud tolerante y amplia que sólo la socialdemocracia puede asumir. En lugar de esto, los representantes parlamentarios de la clase obrera capitularon miserablemente. La socialdemocracia no adoptó una política errónea. Simplemente no tuvo política. Se ha autoliquidado totalmente como partido con concepción del mundo propia, ha entregado el país, sin la menor protesta, a la suerte de la guerra imperialista en el exterior, a la dictadura del sable en el interior. Más aun, ha asumido la responsabilidad por la guerra imperialista. La declaración del «bloque parlamentario» dice: «Sólo hemos votado por la defensa de nuestro país. No aceptamos la menor responsabilidad por la guerra». Pero, en realidad, la verdad es lo opuesto. Los medios para «la defensa nacional», es decir, para la masacre masiva por parte de las fuerzas armadas de la monarquía militar no fueron votados por la socialdemocracia. Porque el presupuesto de guerra no dependía en lo más mínimo de la socialdemocracia. Como minoría que era, se enfrentaba con una mayoría compacta de las tres cuartas partes del Reichstag ca-

pitalista. Al votar a favor del presupuesto de guerra, la socialdemocracia logró tan sólo una cosa. Puso a la guerra el sello socialdemócrata de defensa de la patria y apoyó y respaldó las ficciones propagadas por el gobierno sobre la verdadera situación y los problemas de la guerra.

Así, la profunda alternativa entre los intereses nacionales y la solidaridad internacional del proletariado, la trágica opción que puso a nuestros parlamentarios «con amargura en el corazón» del lado del belicismo imperialista, fue un mero invento de su imaginación, una ficción nacionalista burguesa. En realidad, entre los intereses de la nación y los intereses de clase del proletariado, en la guerra y en la paz, existe la más completa armonía. Ambos exigen llevar adelante la lucha de clases con toda energía, aplicar el programa socialdemócrata con toda decisión.

Pero, ¿qué debía hacer nuestro partido para dar peso y énfasis a nuestra oposición antibélica y a nuestras consignas acerca de la guerra? ¿Llamar a una huelga general? ¿Llamar a los soldados a negarse a cumplir con el servicio militar? Así se plantea generalmente el interrogante. Contestar con un simple sí o no sería tan ridículo como decidir: «Cuando estalle la guerra iniciaremos una revolución». Las revoluciones no se «hacen» ni las grandes movilizaciones populares se producen según recetas técnicas que los dirigentes partidarios guardan en sus bolsillos. Pequeños grupos de conspiradores pueden organizar un tumulto [un *putsch*] para cierto día y a cierta hora, pueden darle al pequeño núcleo de sus partidarios la señal de empezar. Las movilizaciones de masas en medio de grandes crisis históricas no se pueden iniciar con medidas tan primitivas.

La huelga de masas mejor organizada puede fracasar miserablemente en el momento en que los dirigentes dan la señal, puede ceder completamente ante el primer ataque. El éxito de los grandes movimientos populares, sí, hasta el pro-

pio momento y las circunstancias de su iniciación, están sujetos a una serie de factores económicos, políticos y psicológicos. El grado de tensión entre las clases, el nivel de inteligencia de las masas y el grado o madurez de su espíritu de resistencia: todos estos factores, incalculables, constituyen premisas que ningún partido puede crear artificialmente. Tal es la diferencia entre las grandes convulsiones históricas y las pequeñas manifestaciones de protesta que un partido bien disciplinado puede llevar a cabo en tiempos de paz: acciones efectistas, bien organizadas, que responden obedientemente a la batuta esgrimida por los dirigentes del partido. El gran momento histórico exige métodos que llevarán a la movilización revolucionaria al triunfo y crea e improvisa armas nuevas, enriquece el arsenal del pueblo con armas desconocidas, que los partidos y sus dirigentes ni siquiera habían oído mencionar.

Lo que debería haber podido brindar la socialdemocracia, en tanto que vanguardia del proletariado consciente, no eran preceptos ridículos y recetas técnicas, sino una consigna política, claridad respecto de los problemas políticos e intereses del proletariado en época de guerra.

Porque lo que se ha dicho respecto de la huelga de masas en la Revolución rusa también puede decirse de cualquier movilización de masas:

> Si bien el propio periodo revolucionario exige la creación, el cálculo y el pago de los costos de la huelga de masas, los dirigentes socialdemócratas tienen una misión enteramente distinta que cumplir. En lugar de preocuparse del mecanismo técnico de la huelga de masas, es el deber de la socialdemocracia asumir su dirección política, inclusive en medio de una crisis histórica. Formular la consigna, determinar la dinámica de la lucha, plantear las tácticas del conflicto político de modo que en cada fase de

> la movilización la suma total de fuerzas activas del proletariado, disponibles y ya movilizadas encuentren su expresión en la posición del partido, que la decisión y vigor de la táctica socialdemócrata jamás sea más débil que la fuerza que las respalda, antes bien se adelante a ella, tal es el problema importante que se le plantea a la dirección del partido en una gran crisis histórica. Entonces, esta dirección se convertirá, en cierto sentido, en dirección técnica. Una línea de acción decidida, coherente y progresiva de parte de la socialdemocracia generará en las masas seguridad, confianza y una voluntad combativa inquebrantable. Un curso débil, vacilante, basado en la subestimación del poder del proletariado, frena y confunde a las masas. En el primer caso, la acción de masas estallará «por su cuenta» y «en el momento apropiado»; en el segundo, el llamamiento a la acción por parte de los dirigentes suele ser ineficaz[49].

Mucho más importante que el aspecto técnico, externo, de la movilización, es su contenido político. Así, por ejemplo, la escena parlamentaria, el único escenario internacionalmente conspicuo y de largo alcance, podría haber sido una poderosa fuerza motriz para el despertar del pueblo, si los diputados socialdemócratas la hubiesen utilizado para proclamar fuerte e inequívocamente los intereses, problemas y demandas de la clase obrera.

¿La posición antibélica de la socialdemocracia habría contado con la aprobación de las masas? Imposible responder a ese interrogante. Pero carece de importancia. ¿Acaso nuestros diputados les exigieron a los generales prusianos una garantía absoluta de su victoria antes de votar por el presupuesto de

---

[49] Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido político y sindicatos,* Madrid, Siglo XXI de España, 2015.

guerra? Lo que es válido para los ejércitos militares es igualmente válido para los ejércitos revolucionarios. Van a la guerra cuando las circunstancias lo exigen, sin garantías previas de triunfar. En el peor de los casos el partido se habría visto condenado, en los primeros meses de guerra, a la ineficacia política.

Quizá su posición viril habría desatado contra nuestro partido las duras persecuciones que se ganaron Liebknecht y Bebel en 1870.

«Pero, qué importa eso –dijo Ignaz Auer con toda sencillez en su discurso acerca de la conmemoración de Sedán en 1895–. El partido que ha de conquistar el mundo debe mantener en alto sus principios sin contar los peligros que esto pueda acarrearle. ¡El partido que actúe de otra manera está perdido!» El viejo Liebknecht dijo:

> Nunca es fácil nadar contra la corriente. Y cuando la corriente viene con la rapidez y fuerza de un Niágara es más difícil aun. Nuestros camaradas viejos recuerdan aún el odio de ese año de vergüenza nacional, bajo las leyes antisocialistas de 1878. En esa época millones consideraban a los socialdemócratas asesinos y viles criminales por su actuación en 1870; el socialista había sido un traidor y un enemigo a los ojos de las masas. La furia elemental del «alma popular» puede ser opresiva, avasallante, asombrosa. Uno se siente impotente, como si se tratara de un poder superior. Es una verdadera *forcé majeure* [fuerza mayor]. No hay un enemigo concreto. Es como una epidemia en el seno del pueblo, en el aire, en todas partes.
>
> No obstante, no se puede comparar el estallido de 1878 con el de 1870. Este huracán de pasiones humanas que dobla, rompe, destruye todo lo que encuentra en su camino, y junto con él la terrible maquinaria del militarismo en plena y horrible actividad; y nosotros nos hallamos entre los en-

> granajes de hierro, cuyo roce significa la muerte inmediata, entre los brazos de hierro que amenazan a cada rato con atraparnos. Al lado de esta fuerza elemental de espíritus liberados estaba el mecanismo más completo para el arte del asesinato que se había visto en la historia de la humanidad; todo en la más frenética actividad, cada caldera a punto de estallar. En ese momento, ¿cuál es la voluntad y fuerza del individuo? Sobre todo cuando uno sabe que representa a una pequeña minoría, sin respaldo popular.
>
> En esa época nuestro partido se hallaba en estado de desarrollo. Estábamos ante una prueba durísima, cuando aún no poseíamos la organización necesaria para enfrentarla. Cuando llegó el movimiento antisocialista, en el año de la vergüenza de nuestros enemigos, en el año de honor de la socialdemocracia, ya teníamos una organización fuerte y arraigada. Todos y cada uno de nosotros sentíamos un poderoso apoyo que nos fortalecía en el movimiento organizado que nos respaldaba, y ninguna persona cuerda podía concebir la destrucción del partido.
>
> De modo que en esa época nadar contra la corriente era una hazaña nada despreciable. Pero lo que ha de hacerse, se hará. De modo que apretamos los dientes ante lo inevitable. No era momento para caer presa del temor [...] Por cierto que Bebel y yo [...] jamás hicimos caso de las advertencias. No retrocedimos. ¡Debíamos mantenernos firmes, costara lo que costase!

Se mantuvieron firmes, y durante cuarenta años la socialdemocracia se alimentó de la fuerza moral con la que había enfrentado un mundo de enemigos.

Lo mismo habría ocurrido ahora. Al principio no hubiéramos logrado nada excepto salvaguardar el honor del proletariado, y miles y miles de proletarios que están muriendo

en las trincheras en la más espantosa oscuridad mental no hubieran muerto en medio de la confusión espiritual, sino con la certeza de que aquello que lo había sido todo en sus vidas, la Internacional, la socialdemocracia emancipadora, era algo más que un sueño.

La voz de nuestro partido hubiera caído como un baldazo de agua sobre la embriaguez chovinista de las masas. Hubiera protegido al proletariado inteligente del delirio, le hubiera dificultado al imperialismo la tarea de envenenar y obnubilar la mente del pueblo. La cruzada contra la socialdemocracia hubiera despertado al pueblo en un lapso increíblemente breve.

Y a medida que prosiguiera la guerra, a medida que creciera el horror del derramamiento de sangre y la masacre sin fin, que la pezuña imperialista se hiciera más evidente, que la explotación por parte de los especuladores ávidos de sangre se tomara más desvergonzada, cada elemento vivo, honesto, progresista y humano de las masas se habría agrupado junto al estandarte de la socialdemocracia. La socialdemocracia alemana, en medio del torbellino enloquecido del colapso y la decadencia, hubiera parecido una roca en medio de un mar proceloso, el faro de toda la Internacional, guiando y dirigiendo a los movimientos obreros de todos los países del mundo. El inigualado prestigio moral de los socialistas alemanes hubiera actuado sobre los socialistas de todas las naciones en poco tiempo. Los sentimientos de paz hubieran corrido como un reguero de pólvora y la consigna popular de paz en todos los países hubiera acelerado el fin de la masacre, hubiera disminuido la cantidad de víctimas.

El proletariado alemán seguiría siendo el faro del socialismo y la emancipación humana.

Tarea muy digna, por cierto, de los discípulos de Marx, Engels y Lassalle.

VIII. Lo que la guerra puede dar al proletariado

A pesar de la dictadura militar y la censura de prensa, a pesar de la caída de la socialdemocracia, a pesar de la guerra fratricida, la lucha de clases surge de la Unión Sagrada con fuerza tremenda: de la sangre y el humo de los campos de batalla se levanta la solidaridad del movimiento obrero internacional. No en un esfuerzo débil por tratar de levantar artificialmente a la Internacional, no en juramentos aislados de mantenerse unidos cuando termine la guerra. No, aquí, en la guerra, de la guerra, se levanta con nuevo poder e intensidad el reconocimiento de que los proletarios de todos los países tienen los mismos intereses. La guerra mundial destruye todas las mentiras que ella misma creó.

¿Victoria o derrota? Esa es la consigna del militarismo todopoderoso en las naciones beligerantes, y los dirigentes socialdemócratas se han hecho eco de la misma. Victoria o derrota se ha convertido en la gran aspiración de los obreros de Alemania, Francia, Gran Bretaña y otros países, al igual que para las clases dominantes de esas naciones. Cuando truenan los cañones, todos los intereses proletarios ceden ante los deseos de victoria –para su país, es decir, de derrota del enemigo–. Y, sin embargo, ¿qué puede traerle la victoria al proletariado?

Según la versión oficial de los dirigentes de la socialdemocracia, aceptada rápidamente y sin críticas, la victoria

alemana significaría para Alemania una expansión industrial ilimitada; la derrota, la ruina industrial. Esta concepción coincide, en términos generales, con la que se sostenía durante la guerra de 1870. Pero la etapa de expansión capitalista que siguió a la guerra de 1870 no fue producto de la guerra, sino más bien de la unificación política de los distintos estados alemanes, aunque esta unificación tomó la forma de la figura deformada que Bismarck llamó Imperio germano. El ímpetu industrial provino de la unificación, a pesar de la guerra y los distintos escollos reaccionarios que la siguieron. Lo que consiguió la guerra fue implantar la monarquía militar y el gobierno *junker* prusiano en Alemania; la derrota de Francia, en cambio, provocó la caída de su Imperio y la instauración de una República.

Pero hoy la situación es diferente para todas las naciones afectadas. Hoy la guerra no actúa como fuerza dinámica capaz de proveerle al capitalismo joven y en ascenso las condiciones políticas indispensables para su desarrollo «nacional». La guerra moderna cumple este papel únicamente en Serbia, como fragmento aislado. Reducida a su significación histórica objetiva, la guerra no es sino la competencia armada de un capitalismo plenamente desarrollado que lucha por la hegemonía mundial, por la explotación de los remanentes de las áreas no capitalistas del mundo. Esto otorga a la guerra y a sus consecuencias políticas un carácter enteramente nuevo. El alto grado de desarrollo industrial mundial de la producción capitalista se refleja en el extraordinario avance tecnológico destructivo de los instrumentos de guerra, así como en el grado de perfección prácticamente uniforme que ha alcanzado en todos los países beligerantes. La organización internacional de la industria bélica se refleja en la inestabilidad militar que vuelve la balanza, a través de estadios y variaciones parciales, a su verdadero punto de equi-

librio y posterga la decisión final para un futuro cada vez más remoto. Por otra parte, la indecisión de los resultados militares provoca una afluencia constante de reservas nuevas al frente, provenientes tanto de las naciones beligerantes como de países hasta hoy considerados neutrales. En todas partes la guerra encuentra material suficiente para los deseos y conflictos imperialistas, o crea ella misma combustible para alimentar la hoguera que se extiende como un incendio forestal. Pero cuanto mayores sean las masas y el número de naciones arrastradas a la guerra mundial, mayor será su duración.

Todos estos factores demuestran, antes de que se llegue a la victoria o derrota, cuál será el resultado de la guerra: la ruina económica de todas las naciones participantes y, en medida creciente, de las naciones formalmente neutrales, fenómenos no observados en las guerras anteriores de la era moderna. Cada mes de guerra que transcurre confirma y fortalece este efecto y quita así, por adelantado, los frutos que se espera dará la victoria militar. Esto no lo podrá alterar, en última instancia, ni la victoria ni la derrota; por el contrario, probablemente la solución no será de tipo militar y aumenta la probabilidad de que la guerra termine en virtud del cansancio general total. Pero aun una Alemania victoriosa, en esas circunstancias, aunque los agitadores belicistas imperialistas lograran llevar el asesinato en masa hasta la destrucción total de sus adversarios, aunque se cumplieran sus sueños más osados, lograría a lo sumo una victoria a lo Pirro. Sus trofeos serían una serie de territorios anexados, empobrecidos y despoblados, y la ruina bajo su propio techo.

El observador más superficial no puede dejar de observar que la nación más victoriosa no puede contar con reparaciones de guerra que compensen las heridas. Tal vez vean en la mayor ruina económica de Gran Bretaña y Francia, los paí-

ses más cercanos a Alemania en virtud de sus vínculos comerciales, de cuya recuperación depende su propia prosperidad, un sustituto y un agregado a su victoria. Tales son las circunstancias bajo las que el pueblo alemán se vería obligado, aun después de una guerra victoriosa, a pagar al contado los créditos de guerra «votados» por el Parlamento patriota; es decir, tomar sobre sus hombros la carga inconmesurable de los impuestos y una dictadura militar fortalecida como único fruto tangible y permanente de la victoria.

Si tratáramos ahora de imaginar las peores consecuencias de la derrota, encontraríamos que, con la única excepción de las anexiones imperialistas, serían en todo idénticas a las consecuencias inevitables de la victoria que pintamos más arriba: las consecuencias de la guerra actual poseen una envergadura tal y están tan profundamente arraigadas, que el resultado militar poco puede alterar las consecuencias definitivas.

Pero supongamos por un momento que la nación victoriosa se encontrara en una situación tal que fuera capaz de evitar la gran catástrofe para su propio pueblo, que pudiera arrojar todo el peso de la guerra sobre los hombros del enemigo vencido, pudiera estrangular el desarrollo industrial de este mediante toda clase de impedimentos. ¿Puede el movimiento obrero alemán abrigar esperanzas de desarrollarse mientras la actividad de los trabajadores franceses, ingleses, belgas e italianos se ve impedida por el retraso industrial? Antes de 1870, los movimientos obreros de los distintos países crecieron en forma independiente. La acción del movimiento obrero de una sola ciudad bastaba para controlar los destinos del movimiento obrero en su conjunto. Las batallas de la clase obrera se libraron y resolvieron en las calles de París.

El movimiento obrero moderno, su ardua lucha cotidiana en las industrias del mundo, su organización de masas, se basan en la colaboración de los trabajadores de todos los paí-

ses donde impera la producción capitalista. Si es cierto el axioma de que la causa del trabajo sólo puede prosperar donde exista una vida industrial activa y vigorosa, esto es válido no sólo para Alemania, sino también para Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Rusia e Italia. Y si el movimiento obrero de todos los estados capitalistas europeos se estanca, si la situación industrial provoca bajos salarios, sindicatos debilitados y un poder de resistencia minado, el sindicalismo alemán no tiene posibilidades de florecer. Desde este punto de vista la pérdida experimentada por la clase obrera en su lucha será idéntica, sea que el capital alemán se fortalezca a expensas del francés, o el inglés a expensas del alemán.

Veamos las consecuencias políticas de la guerra. Aquí la diferenciación debe ser menos difícil que en el aspecto económico, porque las simpatías del proletariado siempre tienden a asumir la causa del progreso contra la reacción. En esta guerra, ¿cuál de los bandos representa el progreso, cuál la reacción? Es claro que no se puede responder de acuerdo a los rótulos que designan superficialmente el carácter político de las naciones beligerantes como «democracia» y absolutismo. Debe juzgárselas exclusivamente en base a la dinámica de sus respectivas políticas mundiales.

Antes de poder determinar qué le puede aportar la victoria de Alemania al proletariado alemán, debemos estudiar los efectos que ejercerá sobre la situación política general de Europa. La victoria definitiva de Alemania significaría, en primer término, la anexión de Bélgica, además de algunos territorios en el este y en el oeste y parte de las colonias francesas; el mantenimiento de la monarquía Habsburgo y la anexión de algunos territorios nuevos a su corona, por último, la instauración de una «integridad» ficticia para Turquía bajo protectorado alemán, o sea la conversión de Asia Menor y Mesopotamia, de algún modo, en provincias

alemanas. Consecuencia posterior sería la efectiva hegemonía militar y económica de Alemania en Europa. Estas son las consecuencias que se pueden esperar de una victoria militar absoluta de Alemania, no porque concuerde con los deseos de los agitadores imperialistas sino porque surgen inevitablemente de la posición política mundial asumida por Alemania, del conflicto de sus intereses con Francia, Gran Bretaña y Rusia que, en el curso de la guerra, ha crecido mucho más allá de sus dimensiones originarias. Basta recordar estos hechos para comprender que en ningún caso podrían lograr un equilibrio político mundial permanente. Aunque esta guerra puede significar la ruina de todos los participantes, sobre todo para los derrotados, los preparativos de una nueva guerra mundial, bajo la dirección de Gran Bretaña, comenzarían al día siguiente de la declaración de paz, para sacudir el yugo del militarismo prusiano-germano que pesaría sobre Europa y Asia. La victoria alemana sería el preludio de una próxima Segunda Guerra Mundial y, por la misma razón, la señal para iniciar una nueva carrera armamentista febril, para desatar la más negra reacción en todos los países, sobre todo en Alemania.

Por otra parte, el triunfo de Francia y Gran Bretaña probablemente significaría para Alemania la pérdida de sus colonias, además de Alsacia y Lorena, y con toda seguridad la bancarrota de la posición política mundial del militarismo alemán. Pero esto significaría la desintegración de Austria-Hungría y la liquidación de Turquía. Por reaccionarios que sean estos estados, por más que su liquidación corresponda a las necesidades del avance progresista, en el contexto político actual la desintegración de la monarquía Habsburgo y la liquidación de Turquía significarían la entrega de sus pueblos al mejor postor: Rusia, Gran Bretaña, Francia o Italia. Esta gran redistribución del mundo y el cambio en la rela-

ción de fuerzas en los Balcanes y el Mediterráneo precederían al mismo fenómeno en Asia: la liquidación de Persia y la redivisión de China. Esto traería el conflicto anglorruso al igual que el anglojaponés al centro de la escena política mundial y significaría, en relación directa con la liquidación de esta guerra, otra nueva guerra, quizá por la posesión de Constantinopla; la provocaría inevitablemente en un futuro cercano. De modo que la victoria de ese bando también conduciría a una nueva y febril carrera armamentista de todas las naciones –encabezadas, desde luego, por la Alemania derrotada– e iniciaría una era de dominio general del militarismo y la reacción en toda Europa, cuya meta final sería una nueva guerra.

De modo que el proletariado, de querer volcar su influencia sobre uno u otro platillo de la balanza en bien del progreso y la democracia, se colocaría entre Escila y Caribdis, considerando la política mundial globalmente. Dadas las circunstancias, el problema de la victoria o la derrota se vuelve, para la clase obrera europea, una elección desesperada entre dos derrotas, tanto en sus aspectos políticos como económicos. Por eso, los socialistas franceses caen en una locura peligrosa si creen que pueden herir de muerte al imperialismo y al militarismo y allanar el camino para la democracia pacífica derrotando a Alemania. El imperialismo y su sirviente, el militarismo, reaparecerán después de toda victoria y de toda derrota en esta guerra. Sólo cabe una excepción: que el proletariado internacional intervenga para derribar todos los cálculos previos.

La lección importante que debe extraer el proletariado de esta guerra es el hecho inmutable de que no puede ni debe hacerse eco de la consigna «victoria o derrota», ni en Alemania ni en Francia, tampoco en Gran Bretaña o en Austria. Porque es una consigna real únicamente para el imperialismo, y se

identifica, ante los ojos de todas las grandes potencias, con la ganancia o pérdida de poder político mundial, de anexiones, de colonias, de supremacía militar.

Para el proletariado europeo en tanto clase, la victoria o derrota de cualquiera de los dos bandos sería igualmente desastrosa. Porque la guerra en sí, cualquiera que sea su resultado militar, es la peor derrota que puede sufrir el proletariado europeo. Si la acción revolucionaria internacional del proletariado logra liquidar la guerra y obligar a una paz rápida, esta será la única victoria posible. Y sólo esta victoria puede rescatar a Bélgica e imponer la democracia en Europa.

Que el proletariado consciente identifique su causa con la de cualquiera de los dos bandos es una posición insostenible. ¿Significa eso que los intereses proletarios exigen una vuelta al *statu quo,* que no tenemos otro plan más que la esperanza de que todo vuelva a ser lo que era antes de la guerra? Las condiciones imperantes jamás fueron nuestro ideal, jamás han sido la expresión de la autodeterminación de nuestro pueblo. Además, es imposible reinstaurar las condiciones prebélicas, aunque no cambien las fronteras nacionales. Porque antes de su término formal, esta guerra ha provocado cambios enormes, en el reconocimiento mutuo de las fuerzas respectivas, en alianzas y en conflicto. Ha modificado enormemente las relaciones entre países, entre las clases que componen la sociedad, ha destruido viejas ilusiones y esperanzas, ha creado nuevas fuerzas y problemas nuevos en medida tal, que será imposible volver a la Europa anterior al 4 de agosto de 1914, así como es imposible volver a la situación que imperaba antes de una revolución aunque esta no haya triunfado. El proletariado no puede retroceder, sólo avanzar en pos de una meta que trasciende hasta las condiciones creadas más recientemente. Sólo en este sentido es posible que el proletariado oponga

su propia política a la de ambos bandos de la guerra imperialista mundial.

Pero a esta política no le pueden preocupar las recetas para la diplomacia capitalista elaboradas por los partidos socialdemócratas individualmente, o juntos en conferencias internacionales, para determinar cómo hará el capitalismo para concertar la paz en forma tal que asegure un proceso futuro pacífico y democrático. Toda demanda de desarme total o gradual, de abolición de la diplomacia secreta, de partición de las grandes potencias en entidades nacionales más pequeñas, o cualquier otra proposición similar, es totalmente utópica mientras la clase capitalista permanezca en el poder. Para el capitalismo, en su fase imperialista actual, deshacerse del militarismo, de la diplomacia secreta y de la centralización de muchos estados nacionales es tan imposible, que sería mucho más coherente unificar estos postulados en una sola consigna: «abolición de la sociedad capitalista de clases». El movimiento proletario no puede reconquistar el lugar que se merece mediante consejos utópicos y proyectos para debilitar, domeñar o liquidar al imperialismo en el marco del capitalismo mediante reformas parciales.

El verdadero problema que la guerra mundial les ha planteado a los partidos socialistas, de cuya solución depende el futuro del movimiento obrero, *es la disposición de las masas proletarias para luchar contra el imperialismo.* El proletariado internacional no adolece de falta de postulados, programas y consignas, sino de falta de hechos, de resistencia efectiva, del poder de atacar al imperialismo en el momento decisivo, es decir, de guerra. No ha podido poner en práctica su vieja consigna de guerra contra la guerra. He aquí el nudo gordiano del movimiento proletario y de su futuro.

El imperialismo, con su política de fuerza bruta, con la cadena incesante de catástrofes sociales que provoca es, por

cierto, una necesidad histórica de las clases dominantes del mundo contemporáneo. Sin embargo, nada podría ir en mayor detrimento del proletariado, que el que este arribara a la menor ilusión, a partir de la guerra actual, de que es posible un desarrollo idílico y pacífico del capitalismo. Hay una sola conclusión que el proletariado puede extraer de la necesidad histórica del imperialismo. Capitular ante el imperialismo significará vivir para siempre a su sombra, alimentándose de las migajas que caigan de las mesas de sus victorias.

La historia avanza por medio de contradicciones, y por cada necesidad que trae al mundo, trae también su opuesto. La sociedad capitalista es, sin duda, una necesidad histórica, pero también lo es la rebelión de la clase obrera en su contra. El capital es una necesidad histórica, pero en la misma medida lo es su sepulturero, el proletariado socialista. El dominio mundial del imperialismo es una necesidad histórica, que la Internacional proletaria lo derribe también lo es. Las dos necesidades históricas coexisten en constante conflicto. Nuestra necesidad es el socialismo. Nuestra necesidad recibe su justificación en el momento en que la clase capitalista deja de ser la portadora del progreso histórico, cuando se convierte en un freno, en un peligro para el desarrollo futuro de la sociedad. La guerra mundial demuestra que el capitalismo ha alcanzado esa etapa.

La avidez capitalista por la expansión imperialista, como expresión de su máxima madurez en el último periodo de su vida, tiene una tendencia económica a transformar todo el mundo en naciones donde impera el modo de producción capitalista, a barrer todos los métodos productivos y sociales perimidos precapitalistas, sojuzgar todas las riquezas de la tierra y todos los medios de producción al capital, convertir a las masas trabajadoras de todos los pueblos de la tierra en esclavos asalariados. En África y en Asia, desde las regiones

más septentrionales hasta el extremo austral de Sudamérica y en los mares del Sur, el capitalismo destruye y liquida los remanentes de los viejos grupos sociales comunitarios, de la sociedad feudal, de los sistemas patriarcales y de la antigua producción artesanal. Pueblos enteros son aniquilados, antiguas civilizaciones destruidas, y en su lugar se instalan las formas más modernas del lucro.

Esta bárbara marcha triunfal del capitalismo en todo el mundo, acompañada por la fuerza, el pillaje, la infamia en todos sus aspectos, tiene un rasgo bueno: ha creado las premisas para su propia liquidación final, ha implantado el dominio capitalista en el mundo, cuyo único sucesor puede ser la revolución socialista mundial.

Tal es el único rasgo cultural y progresivo de la llamada gran obra cultural llevada a otros países primitivos. Para los economistas y políticos capitalistas, progreso y cultura es ferrocarriles, cerillas, cloacas y almacenes. En sí estas obras, injertadas en las condiciones primitivas, no significan cultura ni progreso, porque se las paga demasiado caras con el repentino desastre económico y cultural de los pueblos que deben beber el amargo cáliz de miseria y horror de dos órdenes sociales, del terratenientismo agrícola tradicional y de la explotación capitalista supermoderna y supersofisticada al mismo tiempo. Las consecuencias de la marcha triunfal capitalista a través del mundo no pueden llevar el sello del progreso en un sentido histórico, más que en su carácter de creadora de las condiciones materiales para la destrucción del capitalismo y la abolición de la sociedad de clases. También en este sentido, el imperialismo actúa a favor nuestro.

La guerra mundial actual es una divisoria de aguas en la historia del imperialismo. Por primera vez las bestias feroces que Europa lanzó sobre el resto del mundo han saltado, de un solo salto, al seno de las naciones europeas. El mundo

lanzó un grito horrorizado cuando Bélgica, esa pequeña joya valiosa de la cultura europea, cuando los venerables monumentos artísticos del norte de Francia, cayeron hechos pedazos por el ataque avasallante de una fuerza ciega y destructora. El mundo «civilizado» que contempló con calma la masacre de decenas de miles de héroes a manos de este imperialismo, cuando el desierto de Kalahari se conmovió con el grito de los sedientos y los estertores de los moribundos, cuando diez años más tarde, en Putumayo, cuarenta mil seres humanos fueron torturados a muerte por una pandilla de piratas europeos, y lo que quedaba de todo un pueblo fue golpeado hasta la locura, cuando la antigua civilización china fue entregada a la destrucción y anarquía, a sangre y fuego, de la soldadesca europea, cuando Persia se ahogaba en el nudo corredizo del imperialismo que se estrechaba inexorablemente en torno a su garganta, cuando en Trípoli los árabes fueron masacrados bajo la espada del yugo capitalista que también arrasaba sus hogares: este mundo civilizado se acaba de enterar de que las fauces de la bestia imperialista son mortíferas, que su aliento es el tenor, que sus garras se han hundido en los pechos de su propia madre, la cultura europea. Y este reconocimiento tardío llega a Europa bajo la forma distorsionada de la hipocresía burguesa, que lleva a cada nación a reconocer la infamia únicamente cuando viste el uniforme de la otra. Se habla de la barbarie germana, ¡como si todo pueblo que se organiza para el asesinato no se transformara en una horda bárbara! Se hablan de los horrores perpetrados por los cosacos, como si la guerra misma no fuera el mayor de todos los horrores, como si la alabanza de la masacre humana en un periódico socialista no fuera la esencia misma del cosaquismo mental.

Pero los horrores de la bestialidad imperialista en Europa han tenido otra consecuencia, a la que el «mundo civiliza-

do» no ha vuelto sus ojos cargados de honor, ni sus corazones desbordantes de pena. Es la destrucción en masa del proletariado europeo. Jamás se ha visto una guerra que liquidara naciones enteras; jamás, en el siglo pasado, la guerra se extendió por todas las grandes naciones de la Europa civilizada. Millones de vidas humanas fueron tronchadas en los Vosgos y en las Ardenas, en Bélgica, en Polonia, en los Cárpatos y en el Save; millones han quedado irreparablemente lisiados. Pero las nueve décimas partes de esos millones provienen de las filas de la clase obrera de las ciudades y el campo. Es nuestra fuerza, nuestra esperanza la que ha caído, día tras día, ante la guadaña de la muerte. Eran las mejores, las más inteligentes, las más educadas fuerzas del socialismo internacional, los portadores de las tradiciones más sagradas, del más alto heroísmo, el movimiento obrero moderno, la vanguardia del proletariado mundial, los obreros de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Alemania y Rusia los que están siendo amordazados y masacrados en masa.

Sólo de Europa, únicamente de las naciones capitalistas más viejas, puede venir, en su debido momento, la señal para iniciar la revolución social que liberará a las naciones. Solamente los obreros ingleses, franceses, belgas, alemanes, rusos e italianos juntos pueden dirigir el ejército de los explotados y oprimidos. Y cuando llegue el momento, solamente ellos pueden exigirle al capitalismo que rinda cuentas de siglos de crímenes perpetrados contra los pueblos primitivos; sólo ellos pueden vengar la destrucción de un mundo entero. Pero para el avance y triunfo del socialismo necesitamos un proletariado fuerte, educado y dispuesto, masas cuyas fuerzas residen en los conocimientos, tanto como en el número. Y estas mismas masas están siendo diezmadas en todo el mundo. La flor de nuestra fuerza juvenil, cientos de miles cuya formación socialista en Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Alemania y Ru-

sia es el producto de décadas de educación y propaganda, otros cientos de miles dispuestos a recibir las lecciones del socialismo, han caído y se pudren en los campos de batalla. El fruto de los sacrificios y el trabajo de varias generaciones quedan destruidos en pocas semanas, la flor del ejército proletario internacional es arrancada de raíz.

El derramamiento de sangre de junio aplastó al movimiento obrero francés por una década y media. El derramamiento de sangre de la Comuna volvió a retrasarlo en más de una década. Lo que vemos ahora es una masacre como el mundo jamás ha conocido, que reduce a la población trabajadora de todas las naciones principales a los viejos, las mujeres y los inválidos; un derramamiento de sangre que amenaza desangrar al movimiento obrero europeo.

Una guerra más, y la esperanza del socialismo quedará enterrada bajo la barbarie imperialista. Es algo más que la destrucción de Lieja y de la catedral de Reims. Es un golpe que no atenta contra la civilización capitalista del pasado, sino contra la civilización socialista del futuro, un golpe mortal contra la fuerza que lleva al futuro de la humanidad en su vientre, la única que puede trasmitir los preciados tesoros del pasado a una sociedad mejor. Aquí el capitalismo muestra su calavera, demuestra que ha sacrificado su derecho histórico de existir, que su dominio ya no es compatible con el progreso humano.

Pero demuestra también que la guerra no es sólo el asesinato en gran escala, sino también el suicidio de la clase obrera europea. Los soldados del socialismo, los obreros de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, se matan mutuamente bajo las órdenes del capitalismo, clavan hierros asesinos en sus pechos, tambalean sobre sus tumbas, se estrechan en abrazos mortales.

«*Deutschland, Deutschland uber alles*» [Alemania, Alemania por encima de todo], «viva la democracia», «viva el zar y

la esclavitud», «diez mil lonas para tiendas, según las instrucciones», «cien mil libras de tocino», «imitación café, envío inmediato»... las divisas suben, los proletarios caen. Y con cada uno cae un luchador del futuro, un soldado de la revolución, un emancipador de la humanidad del yugo del capitalismo, a su tumba.

La demencia no tendrá fin, la sangrienta pesadilla del infierno no cesará hasta que los obreros de Alemania, de Francia, de Rusia y de Gran Bretaña despierten de su delirio; se estrechen fraternalmente las manos y ahoguen al coro brutal de los agitadores belicistas y el grito ronco de las hienas capitalistas en el poderoso grito del trabajo: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Apéndice

Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional[50]

Un gran número de camaradas de distintas partes de Alemania han aprobado las siguientes tesis, que constituyen una aplicación del programa de Erfurt a los problemas contemporáneos del socialismo internacional.

1. La guerra mundial ha aniquilado la obra de cuarenta años del socialismo europeo: destruyendo al proletariado revolucionario como fuerza política; destruyendo el prestigio moral del socialismo; dispersando la Internacional obrera; enemistando a las distintas secciones en la lucha fratricida; ligando las aspiraciones y esperanzas de las masas populares de los principales países capitalistas a los destinos del imperialismo.

2. Al votar a favor del presupuesto de guerra y proclamar la unidad nacional, las direcciones oficiales de los partidos

[50] Rosa Luxemburgo tenía el propósito de presentar las Tesis en la Conferencia de Zimmerwald (Suiza) que reunió a socialdemócratas y demás corrientes opuestas a la guerra; pero en virtud de un error de información respecto de la fecha de dicha conferencia (septiembre de 1915) y el secreto que necesariamente la rodeaba, los amigos de Rosa no pudieron sacar a tiempo de la prisión el borrador de las Tesis para poder presentarlas en Zimmerwald.

socialistas de Alemania, Francia y Gran Bretaña (con excepción del Independent Labour Party) han fortalecido al imperialismo, inducido a las masas populares a resignarse a la miseria y horrores de la guerra, contribuido a desatar el frenesí imperialista sin límites, a la prolongación de la masacre y el aumento del número de víctimas, y asumido su parte de la responsabilidad por la guerra y sus consecuencias.

3. Esta táctica de las direcciones oficiales de los partidos en los países beligerantes, en primer término en Alemania, hasta hace poco cabeza de la Internacional, constituye una traición a los principios elementales del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera y a los intereses democráticos de todos los pueblos. Esto bastó para condenar a la política socialista a la impotencia inclusive en aquellos países donde los dirigentes han permanecido fieles a sus principios: Rusia, Serbia, Italia y, con algunas excepciones, Bulgaria.

4. Esto sólo basta para afirmar que la socialdemocracia oficial de los países más importantes ha repudiado la lucha de clases en tiempo de guerra y la ha suspendido hasta el fin de la misma; le ha garantizado a la clase dominante de todos los países una demora que les permite fortalecer monstruosamente, a expensas del proletariado, sus posiciones económicas, políticas y morales.

5. La guerra mundial no sirve a los intereses políticos y económicos de las masas populares, cualesquiera que sean, ni a la defensa nacional. No es sino el producto de la rivalidad imperialista de las clases capitalistas de distintas naciones en pugna por la hegemonía mundial y por el monopolio de la explotación y opresión de las zonas que aún no se encuentran bajo el talón del capital. En esta era de imperialismo desatado, ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo sirven de pretexto para poner a las

masas trabajadoras populares bajo la dominación de su enemigo mortal, el imperialismo.

6. La política de los estados imperialistas y la guerra imperialista no pueden otorgar la libertad e independencia a una sola nación oprimida. Las naciones pequeñas, cuyas clases dominantes son cómplices de sus socios mayores en los grandes estados, no son más que peones en el tablero imperialista de las grandes potencias, quienes las utilizan, junto con sus masas trabajadoras en tiempos de guerra, como instrumentos para ser sacrificados a los intereses capitalistas después de la guerra.

7. Esta guerra mundial significa, sea en caso de «derrota», o de «victoria», una derrota para el socialismo y la democracia. Cualquiera que sea su resultado –exceptuando la intervención revolucionaria del proletariado– incrementa y fortalece el militarismo, los antagonismos nacionales y las rivalidades económicas en el mercado mundial. Acentúa la explotación capitalista y la reacción en el terreno de la política interna, hace más precaria y formal la influencia de la opinión pública, y reduce los parlamentos al estado de instrumentos más o menos dóciles del imperialismo. Esta guerra mundial lleva el germen de futuros conflictos.

8. No puede garantizarse la paz mundial con proyectos utópicos, en el fondo reaccionarios, tales como tribunales de arbitraje conducidos por diplomáticos capitalistas, congresos diplomáticos de «desarme», «libertad en los mares», abolición del derecho de abordaje, «Estados Unidos de Europa», una «unión aduanera para Europa central», estados tapón y demás ilusiones. Jamás se podrá abolir ni paliar el militarismo, el imperialismo y la guerra mientras la clase capitalista ejerza su hegemonía de clase sin cuestionamientos. La única manera de resistir con éxito, la única manera de garantizar la paz mundial, está en la capacidad combati-

va y en la voluntad revolucionaria con que el proletariado internacional arroja su peso en la balanza.

9. El imperialismo, en tanto que última fase y punto culminante en la expansión de la hegemonía mundial del capital, es el enemigo mortal del proletariado de todos los países. Pero bajo su mando, al igual que en las etapas anteriores del capitalismo, las fuerzas de su enemigo mortal han crecido a la par de las suyas. Acelera la concentración de capital, la pauperización de las clases medias, el refuerzo numérico del proletariado, suscita una resistencia cada vez mayor entre las masas; intensifica, por tanto, la agudización de los antagonismos de clase. Tanto en la paz como en la guerra, la lucha del proletariado como clase debe dirigirse, en primer término, contra el imperialismo. Para el proletariado internacional, la lucha contra el imperialismo es, a la vez, la lucha por el poder, la rendición final de cuentas entre el capitalismo y el socialismo. El proletariado internacional realizará el objetivo último del socialismo solamente si se opone constantemente al imperialismo, si hace de la consigna «guerra a la guerra» el norte y guía de su política en la acción; y bajo la condición de desplegar todas sus fuerzas y mostrarse dispuesto, con su coraje y heroísmo, a realizarla.

10. En este marco, la tarea más importante del socialismo en la actualidad consiste en reagrupar al proletariado de todos los países en una fuerza revolucionaria viva; convertirlo mediante una poderosa organización internacional, con una única concepción de sus tareas e intereses y una única táctica universal apta para la acción política, tanto en la paz como en la guerra, en el factor decisivo de la vida política: así podrá cumplir su misión histórica.

11. La guerra ha aplastado a la II Internacional. Su ineficacia ha quedado demostrada con su incapacidad para impedir la segmentación de sus fuerzas tras las fronteras nacionales

en época de guerra, y dirigir al proletariado de todos los países en una sola táctica y capacidad de acción política común.

12. En vista de que los representantes oficiales de los partidos socialistas de los principales países han traicionado los objetivos e intereses de la clase obrera; en vista de que se han pasado del campo de la Internacional obrera al campo político del imperialismo, constituye una necesidad vital para el socialismo crear una nueva Internacional obrera, que tome en sus manos la dirección y coordinación de la lucha revolucionaria de clases contra el imperialismo mundial.

Para cumplir su misión histórica, el socialismo debe guiarse por los siguientes principios:

1. La lucha de clases contra las clases dominantes dentro de las fronteras de los estados burgueses, y la solidaridad internacional de los obreros de todos los países, son dos normas de vida, inherentes a la lucha de clase obrera, y de importancia histórica mundial para su emancipación. No hay socialismo sin solidaridad proletaria internacional y no hay socialismo sin lucha de clases. La renuncia a la lucha de clases y a la solidaridad internacional por parte del proletariado socialista, tanto en la paz como en la guerra, equivale al suicidio.

2. La actividad del proletariado de todos los países, tanto en la paz como en la guerra, debe ponerse a la altura de su tarea suprema: la lucha contra el imperialismo y la guerra. La actividad parlamentaria y sindical, como cualquier otra del movimiento obrero, debe subordinarse a este fin, de modo que el proletariado de cada país se oponga de la manera más tajante a su burguesía nacional, para que la oposición política y espiritual que los separa sea en todo momento el problema más importante, y se subraye y practique la solidaridad proletaria internacional.

3. El centro de gravedad de la organización del proletariado como clase es la Internacional. Esta decide en tiempo de paz la táctica que deben adoptar las secciones nacionales en cuestiones de militarismo, política colonial, política comercial y la celebración del Primero de Mayo y, por último, la táctica común a aplicar en caso de guerra.

4. Se debe dar prioridad a la obligación de llevar a cabo las decisiones de la Internacional. Las secciones nacionales que no se encuadren dentro de estos principios quedan fuera de la Internacional.

5. La puesta en marcha de las filas del proletariado de todos los países es decisiva en las luchas contra el imperialismo y la guerra. Así, la táctica principal de las secciones nacionales apunta a capacitar a las masas para la acción política y la iniciativa resuelta para asegurar la cohesión internacional de las masas en la acción; construir las organizaciones políticas y sindicales de manera tal que, por su intermedio, se garantice en todo momento la colaboración rápida y efectiva de todas las secciones, y de modo que la voluntad de la Internacional se vea materializada en la acción por la mayoría de las masas obreras del mundo.

6. La misión inmediata del socialismo es la liberación espiritual del proletariado de la tutela de la burguesía, que se expresa a través de la influencia de la ideología nacionalista. Las secciones nacionales deben denunciar en la prensa y el Parlamento que la fraseología hueca del nacionalismo es un instrumento de la dominación burguesa. La única defensa de la verdadera independencia nacional es la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria obrera, a cuya defensa se subordina todo lo demás, es la Internacional socialista.

Índice